

A woman is lying on her back on a white lounge chair, positioned by a swimming pool. She is wearing a two-piece bikini with a vibrant floral pattern in shades of green, pink, and yellow. Her legs are raised and bent at the knees, with her feet pointing towards the top of the frame. She is also wearing dark sunglasses. The background shows the clear blue water of the pool and the white slats of the lounge chair.

Calientes Historias MIX

Zorro Blanco

Calientes Historias MIX

Zorro Blanco

Créditos

Este libro no podrá ser reproducido ni total ni parcialmente, así como transmitido o distribuido o publicado en su versión electrónica, sin el previo permiso escrito del autor, que publica la presente obra en modalidad de autoedición.

Imagen de portada by [Claudio Scot](#) from [Pixabay](#), CC0 Creative Commons - pixabay.com.

© 2024 Zorro Blanco

Todos los derechos reservados.

Índice

[Prólogo](#)

[Aderita, ¡una madre muy caliente!](#)

[La madre de mi mejor amigo](#)

[Descubro a mi tía dormida, ¡y con un pecho fuera!](#)

[La Viuda](#)

[Mi embarazadísima vecina, ¡me lo agradece!](#)

[Desde el portal... ¡Viendo la vida pasar!](#)

[¡La criada tuvo que limpiar la corrida del señorito!](#)

[La embarazada: ¡La más caliente!](#)

[¡Mi madre me graba mientras lo hago con mi vecina!](#)

[Caluroso Verano](#)

[La Isla del Pecado](#)

[Náufragos](#)

[Noches de Insomnio](#)

[La hija de Dorothy](#)

[Cosas que una madre no debería conocer...](#)

[Mi madre, mi mejor amigo y yo](#)

[¡Uno de sus mejores polvos!](#)

[La Terapia](#)

[¡Esos padres traviesos!](#)

[Memorias: Entre el Pasado y el Presente.](#)

[Una madre dispuesta a todo por el futuro de su hijo](#)

[Siete Madres Desesperadas](#)

[¡Pillada con mi mejor amigo!](#)

[La Madrastra](#)

[¿No me estarás viendo las bragas, verdad?](#)

[La Escritora: ¡La más caliente!](#)

[¡Las revistas guarras de papá!](#)

[El Despertar Sexual](#)

[Padre, he pecado...](#)

[Liberándome](#)

[Ellos](#)

[Un guiño del destino](#)

Prólogo

Con estos calores que arrecian en el hemisferio norte, pensé que sería una buena idea recapitular mis obras en forma de “mix de relatos calientes” para refrescar estos calores veraniegos. Del mismo modo que en los 80 triunfaban los recopilatorios de canciones que se ponían en las discotecas por estas fechas.

Fruto de ese pensamiento nace esta recopilación de mis dieciséis primeras novelas, de las cuales he extraído algún fragmento especialmente caliente de cada una de ellas.

Formando una ensalada sexual, podríamos decir, tan apetecible en este tiempo de sudor y calentura.

También pensé que para aquellos lectores o lectoras que no me conocen, qué mejor carta de presentación que una muestra tan variada y rica de mis historias. Y si ya alguna interesa por lo que sea, se puede ampliar su lectura dirigiéndose a la obra en cuestión, citada al comienzo de cada capítulo.

Sin más, como siempre espero que esta recopilación de calientes relatos de mis primeras novelas sea de vuestro agrado. Para mí son como perlas preciosas sacadas de las conchas que las contienen...

Zorro blanco.

Aderita, ¡una madre muy caliente!

La madre de mi mejor amigo

Aderita es mi madre, pelo oscuro y largo, está algo rellenita y tiene grandes pechos y gran trasero. Algo tímida y retraída, madre amorosa ahí estoy yo para ayudarla a cumplir sus fantasías y ponerlas en práctica...

Era una calurosa tarde de sábado cuando mi amigo y yo estábamos viendo una peli en el salón con mi madre. Ella llevaba una bata de casa gastada, de modo que sus muslos carnosos asomaban por debajo de la misma y su escote, generoso, dejaba entrever sus grandes pechos.

Para colmo de males la peli era un poco picante y salió una escena de los protagonistas metiéndose mano y besándose de forma muy caliente.

Entonces vi de soslayo cómo mi madre se abanicaba y abría sus piernas a causa del calor. Estoy seguro de que este gesto tampoco pasó desapercibido para mi amigo.

Yo diría que casi podía ver sus bragas en la penumbra del salón.

Así que decidí levantarme para ir al baño como habíamos pactado tras la señal acordada en la que ella haría justamente eso.

En cambio al doblar la esquina del pasillo me giré y comencé a espiarlos.

—¡Uf qué calor, no Carlos! —dijo mi madre abanicándose con ahínco todo su cuerpo incluyendo sus muslos.

—¡Oh si, Aderita! —dijo él impactado por la visión de las carnes maternas.

—Oye, no he tenido ocasión de disculparme por entrar al cuarto sin llamar el otro día —le confesó ella para subir la temperatura.

—¡Oh, no importa aquello fue un accidente! —dijo él poniéndose nervioso.

—Si, un lamentable accidente. ¿Sabes? No pude evitar fijarme en que tienes una buena herramienta —le confesó para su espanto.

—¡Cómo! —dijo él no pudiendo creer lo que escuchaba.

—¡Que tienes una buena polla tonto! —dijo mi madre para dejándose de indirectas—. Mira te gustan mis tetas, ¡no llevo sujetador!

Mi amigo tuvo que fliparlo cuando ella abrió su bata y ofreció sus tetas en la penumbra del salón.

—¿Quieres tocármelas? —añadió y echándose hacia adelante y sacándolas hacia fuera.

Mi amigo, temeroso, extendió sus manos y tocó sus grandes pechos.

—¿Te gustan? —añadió mi madre suspirando.

Mi amigo no dijo nada y entonces ella cogió su cabeza y la pegó literalmente a sus tetas haciendo qué este desapareciera entre sus grandes melones.

—¡Oh Carlos, para, que puede venir Beltrán en cualquier momento! —dijo ella retirándose de él y cerrando los botones de su bata.

Entonces volví y me senté junto a mi amigo de nuevo...

Lo cierto es que me había puesto muy caliente ver a mi madre insinuarse a mi amigo y tenía el rabo super tieso, aunque en aquella penumbra no se apreciara.

Mi madre seguía a lo suyo abanicándose y con algunos botones de su bata desabrochados, mostrando un generoso escote e incitando a mi amigo, haciendo que subiera la temperatura de todo el salón.

Entonces fue mi amigo el que sintió ganas de ir al baño y se levantó. Tras él fue ella.

—¡Jo mamá! ¡Qué excitante antes os he visto! —dijo nada más salir Carlos.

—¡Nos has expiado! —dijo ella sorprendida.

—¡Si, ha sido muy excitante mamá! Tienes que ir tras él, ¡ve al baño! —le propuse.

—¿Tú crees? —dijo ella dudando de hacer algo tan lanzado.

—¡Si, vamos antes de que vuelva! —le ordené.

Así que se levantó y se fue tras él, yo por supuesto la seguí.

—¡Oh Carlos, no puedo más estoy tan caliente! —dijo mi madre abriéndose la bata y mostrando sus hermosos pechos y sus braguitas a mi amigo.

—¡Oh Aderita! ¿Y Beltrán? —exclamó Carlos para su asombro.

—Le he dicho que iba a echarme la siesta —dijo ella mintiendo—. Vamos no tenemos mucho tiempo, ¡vamos métemela!

Entonces ella bajó los pantalones a mi amigo y levantado una pierna la apoyó sobre el bidé, echando las bragas a un lado mostró su sexo peludo a mi amigo, quien rabo en mano se acercó a ella y se lo clavó.

Ambos, abrazados, improvisaron un coito aéreo, en el que mi amigo se la follaba de pie mientras se aferraba a su culo y ésta le ofrecía sus grandes tetas para chupar.

—No te vayas a correr dentro, ¿eh? —le susurró de forma que pude oírlo.

Esto me transportó a la escena final, donde Carlos gruñó y sacando su polla justo tiempo terminó con su mano soltando corros de leche mientras mi madre le acariciaba la nuca y se separaba para ver mejor el caliente y zafio espectáculo.

—¡Oh Carlos qué bien, esto me lo tienes que repetir más tranquilamente!

Prudentemente me volví justo a tiempo, cuando Carlos regresó al salón me pilló sentándome en el sofá y vi que la peli ya acabada.

—¡Oh tío me marchó ya! —dijo Carlos precipitadamente.

—¡Oh, no te quedas un rato más! —dije yo intentando prolongar aquella situación morbosa.

—No gracias, me apetece echarme un rato.

Y de esta se marchó dejándome sentado en el oscuro salón, tras la follada improvisada del cuarto de baño debió sentir vergüenza de quedarse y optó por huir. Al poco salió mi madre de su cuarto.

—¡Jo mamá, no puedo creerlo! ¡Te lo has follado en el baño!

—¡Oh Beltrán, no me lo recuerdes que me muero de la vergüenza!

—Venga mamá, ha sido muy excitante y caliente, no me digas que no te ha gustado —dije yo tremendamente empalmado sentado a su lado en el sofá.

—Bueno sí, te confieso que nunca había hecho algo así y me he excitado muchísimo.

—¿Pero no te has corrido, no?

—Eso no importa, el ratito que lo hemos hecho me ha hecho gozar mucho. ¿Y a ti? ¿Te ha gustado mirar cómo tu amigo me follaba? —me preguntó para mi asombro.

—¡Me ha encantado mamá! Me he excitado mucho, ¿es un poco raro, no?

—No tiene porqué Beltrán, yo creo que es normal. Después de todo es una escena de sexo en directo y eso siempre es caliente. Además te confieso que también me he excitado sabiendo que nos expiabas, ¿sabes?

—Si, hemos compartido algo muy íntimo mamá, ¡gracias por dejarme espiarte!

—No hay de qué hijo, tú me has ofrecido también la oportunidad de tener una aventura muy excitante con tu amigo.

—¿Te puedo confesar algo mamá? —pregunté en la penumbra.

—Si Beltrán, ¡claro!

—¡Me he masturbado viéndoos!

—¿En serio hijo? —preguntó ella sin poder creerlo

—¡En serio! Mientras te veía con la pierna levantada y él ahí abrazado a ti moviendo el culo desnudo me he excitado un montón, así que me la he sacado y he comenzado a masturbarme en el pasillo —le explico en la penumbra del salón.

—¿Y te has corrido? —insistió con más curiosidad.

—No, ha sido muy rápido pero estaba ya a punto cuando Carlos se ha corrido.

—¡Oh, el pobre! Apenas la ha metido y ha comenzado a moverse dentro de mí, justo cuando empezaba a gustarme no ha podido más y se me ha corrido, me ha dado hasta un poco de pena Beltrán —me confesó mi madre.

—Me lo imagino mamá, me lo imagino —le confesé, sintiendo que yo también era virgen y que la primera vez no aguantaría mucho metiéndosela a la afortunada.

—¡Uf Beltrán! Te voy a confesar yo algo también, ¡qué raro suena esto! Yo tampoco me he corrido y estoy muy excitada, entre el restregón con tu amigo —me confesó recíprocamente.

—Jo mamá, ¿y por qué no nos masturbamos juntos? —me atreví a sugerirle.

—¡Oh Beltrán es que delante de ti no sé si me atrevería! —se lamentó ella—. Creo que me voy a ir a mi cuarto y terminaré allí.

—Está bien, lo entiendo, para mí también suena raro. Con tu permiso también me masturbaré aquí en el sofá.

—¡Vale cariño, que te lo pases bien!

—¡Igualmente mamá! Quizás la próxima vez podamos compartir otro momento de intimidad

como este, ¿no crees?

—Si cariño, la próxima vez tal vez lo hagamos juntos —me promete mi madre antes de desaparecer en la penumbra.

Allí sentado en la penumbra del salón me concentro en los calientes recuerdos de ella follando con Carlos, recuerdo su sexo peludo, la polla de él y cómo la ha follado, sus gemidos y jadeos, y lo rápido que ha acabado todo... Para mí tampoco tarda mucho en acabar y mi fuente se descorcha cuán botella de champán, soltando chorros blancos a borbotones, ¡qué buena paja!

Esta es parte de la historia de mi querida madre, mi amigo y yo, pero no es el eje principal de [La madre de mi mejor amigo](#), sino que, como su propio título indica, el eje principal es su madre y no la mía. ¡Que lío! ¿Verdad? Y es que esta intrincada historia nuestra sólo puede tener un final, un final que no te puedes perder...

Beltrán.

Descubro a mi tía dormida, ¡y con un pecho fuera!

La Viuda

Al llegar al piso de mi tía, me descalzo en la entrada y trato de no hacer ruido pues no quiero despertarla, mientras camino como un gato en la oscuridad del pasillo, "a tientas", extendiendo los brazos con los que voy rozando las paredes pasillo adelante.

Llego al salón y observo que la tele está encendida y débilmente iluminada por el reflejo de la pantalla, observo cómo su tía está sentada en el sofá, con los pies levantados y apoyados sobre cojines en la coqueta mesita baja frente al sofá. Se ha quedado dormida.

Pero en este momento mis ojos vislumbran cómo tiene uno de sus pechos fuera del camisón: ¡Oh, qué hermosa teta! —digo para mis adentros—. Mientras, su tía está dormida, con la cabeza apoyada en su mano derecha y su codo hincado sobre el extremo del sofá.

Estoy impresionado por el tamaño de su teta, pues ya me impresionaban guardadas tras el escudo de la ropa, más si cabe ahora que veo una de ellas en la penumbra del salón, iluminada de tarde en tarde por las imágenes cambiantes de la tele.

Su areola era tan inmensa como su pecho, su pezón era gordo y del mismo color que ésta. Estoy escandalizado y excitado al mismo tiempo, se me pregunta qué hacer, pues mi tía parece profundamente dormida.

Más con el calentón que he pegado con Eva, tengo la excitación a flor de piel. Saco mi dura estaca y allí mismo, de pie en el salón me doy un par de meneos. ¿Y si se despierta? —me pregunto a continuación.

¡Oh qué tentación! Mi tía dormida con un pecho fuera en el salón.

Me acerco a ella por el lado izquierdo y me siento muy despacio, estoy junto a su teta desnuda: ¡Oh, qué tentación! —pienso sofocado—. ¿Y si se despierta? —me vuelvo a preguntar.

Será mejor que se la guarde, me digo mientras con delicado tacto pongo mi mano frente a su enorme pecho, tratando de coger con mis dedos su camisón arrollado en medio de su canalillo, mientras con la otra lo subo para guardarla.

¡Oh, qué suavidad! —me digo mientras le sujeto su pecho para guardarlo y me recreo unos momentos acariciándoselo.

No puedo evitarlo, tengo que hacerlo, me acerco a su pecho desnudo y mis labios rozan su pezón con un suave beso. ¡Oh, qué tentación! Mi tía sigue dormida, así que saco mi lengua y lamo su grueso pezón.

Esto casi la despierta y mueve su mano cuando aparto mi cara para que no me dé un manotazo. Entonces espero, inmóvil como un cazador acechando su presa. Sigue dormida...

Siento mi polla palpar en mi pantalón, así que la saco allí mismo y me masturbo a su lado. Ella sigue dormida y yo me imagino que lo hacemos mientras me la meneo arriba y abajo. ¡Oh qué tentación, cascándomela junto a mi tía dormida en el salón!

Me acerco de nuevo y beso su pezón, sólo lo rozo con mis labios y succiono suavemente. Ella sigue durmiendo mientras yo chupo su pezón y me la meneo súper excitado.

Saboreo su pezón en mi boca, lo chupo dulcemente, me confío tanto que ahora sí que se despierta...

—¡Oh, qué pasa, qué pasa! ¿Quién eres tú? —dice sobresaltada dando un respingo en el sofá mientras yo me apresuro a guardar lo mío bajo el pantalón.

No puedo creer su forma de hablar, está borracha, ¡muy borracha! —añadiría yo.

—¡Soy yo tía! —digo alarmado ante la sorpresa de mi tía, pensando que puede gritar al no reconocerse en la oscuridad.

—¡Oh, claro Gabriel! ¿Ya has llegado? —dice con un deje en su hablar, fruto de su gran borrachera.

—Sí tía ya estoy aquí, es muy tarde, ¿no quieres ir a tu cuarto a acostarte? Yo te ayudaré —le digo ofreciéndome a acompañarla.

—Creo que sí, que debería acostarme —dice sofocada por la borrachera mientras se da cuenta que tiene una teta fuera—. ¡Oh sobrino, creo que tengo algo fuera! —dice riendo mientras se coge la teta no muy delicadamente y se la guarda en el camisón.

Colorado me levanto en la penumbra y tiro de su brazo para de levantarla. Le cuesta aunque lo intenta, finalmente tengo que agarrarla metiendo mis manos bajo sus axilas, así cuando esté erguida se tambalea peligrosamente y amenaza caerse tirándome a mí sobre la mesilla frente al sofá.

—Vamos tía, yo solo no puedo —le digo aguantándola a duras penas.

—¡Oh cariño, estoy un poco mareada! —me dice tratando de mantener el equilibrio.

La acompaño a su cuarto, cogiéndola por la cintura, sintiendo la suavidad de su piel, el calor y el peso de su cuerpo. Está vestida sólo con su camisón, sin nada debajo como ya he podido comprobar antes. Su pecho ha quedado guardado justo antes de su despertar, pero la excitación que siento ahora es algo sin par.

¿Le meto mano? —me pregunto mientras la ayudo a llegar a su cama—. Eres un aprovechado, no osarás hacerlo estando ella borracha, ¿verdad? —me dice la voz de la conciencia.

—¡Oh Gabriel, eres muy bien sobrino! ¿Sabes? —me dice al oído mientras caminamos—. Me alegro que estés aquí, pues me siento muy sola Gabriel —me dice con la sinceridad de los borrachos.

—¡Sí tía, yo también me alegro de estar contigo! —le digo sonriendo.

—¿Sabes lo que pensé cuando te vi majeándote frente al cuadro? —me pregunta y sin esperar confirmación continúa—. ¡Qué buena polla tiene este chico, qué larga! —exclama dando una risotada—. ¡Oh perdona sobrino, no quería ser grosera! —dice alargando en exceso la "ese de grosera".

Lo que oigo me perturba, ¡se fijó en mi polla dura! ¡Oh, qué sinceros son los borrachos! Ya llegamos a la cama, con dificultad, pues ella es más alta que yo, lo he conseguido, la hago sentarse justo antes de desplomarse.

—¡Oh Gabriel! ¡Qué sola me siento! —dice ella de repente echándose a llorar.

Me siento a su lado y le echo en brazo por sus hombros tratando de consolarla, entonces ella se gira y me abraza. Lloro en mi hombro y yo siento el íntimo contacto de su cuerpo caliente, sus pechos mullidos. ¡Oh, qué tentación, mi tía borracha me abraza en su habitación!

—Tranquila tía, duerme ahora —le digo sorprendido por su nuevo ataque de sinceridad.

—¿Quieres que te la chupe? —me pregunta de repente.

Me quedo callado, pues creo que no hay respuesta buena a esa pregunta. Está borracha, muy borracha y pienso si sería lícito aprovecharme de tal situación...

Domingo por la mañana... ¡mi tía no recuerda nada!

El domingo por la mañana estoy muerta y me duele la cabeza. Anoche me pasé con el ron en mi salón. Vi una peli mientras me emborrachaba y creo que me quedé dormida, pero no sé cómo he llegado a mi cama. ¿Acaso me traje Gabriel? —pienso avergonzada.

¡Oh, qué espectáculo tan deplorable debiste dar a tu sobrino! —me digo a mí misma mientras siento que mi vejiga va a estallar por las largas horas durmiendo sin aliviarla.

Voy al baño, me bajo las bragas y me siento. El pis sale a chorro y muy estrepitosamente se mezcla con el agua de la taza, coloreándola de un vivo amarillo. ¡Qué zafio! ¿Verdad? —me pregunto mientras bostezo.

Entonces para mi sorpresa veo a mi sobrino político en la puerta del baño, que por supuesto no he cerrado al entrar, pues he vivido sola, sola durante demasiado tiempo ya.

—¡Oh tía lo siento, no te había visto! —me dice.

Veo que junta las piernas inocentemente ya somos dos los que tenían urgencia esta mañana... —pienso y me sonrío.

—¡Tranquilo Gabriel! ¡Termino ya! —respondo cortando un gran trozo de papel del rollo de la pared.

Él, un poco avergonzado se da la vuelta y se oculta en el pasillo, momento que aprovecho para limpiar mi sexo y subirme de nuevo las bragas. ¡Oye, estos encuentros fortuitos tienen su aquel! Hace demasiado tiempo que no los tenía, me digo a mí misma mientras tiro la bola de papel húmedo a la papelera.

Salgo con mi camisón y le doy paso a mi sobrino, me sonrío, me gusta tenerle por casa aunque tengamos estos pequeños incidentes de la convivencia.

—¿Te apetece un zumo? —le pregunto mientras me voy para la cocina.

—¡Sí! —responde mientras oigo su chorrito caer al agua, pues él tampoco ha cerrado la puerta, pues sin duda también era mucha la urgencia.

Me sonrío mientras saco las naranjas de la nevera, las corto con precisión y el sordo ronroneo del exprimidor me retumba en mis oídos resacosos.

Por fin termino cuando mi sobrino aparece por la puerta de la cocina. Le ofrezco su vaso de zumo y me sirvo otro, está en calzoncillos y yo en camisón y para más inri: ¡no lleva camiseta el muy bribón!

—¿Qué tal la noche?

—¡Oh bien! Salí con un amigo de la uni —me responde con entusiasmo.

—¿Hugo?

—Sí él y dos amigas —me confiesa un poco avergonzado.

—¡Oh estupendo! —le digo sonriendo—. ¿Por cierto anoche me metiste tú en la cama? —le pregunto ahora que hemos roto el hielo.

—¡Oh, bueno sí! Estabas dormida en el salón y... ¿es que no te acuerdas? —me pregunta contrariado.

—Pues no Gabriel, creo que estaba muy borracha —le confieso—. De eso no me acuerdo.

—¡Bueno sí, eso también lo vi! —me dice sonriendo.

—Te podías haber aprovechado de mí —le digo como broma aunque él pone cara de asombro.

—¡Oh tía yo no sería capaz! —me dice el pobre azorado.

—¡Claro tonto! ¡Solo bromeaba! Aunque es cierto que no me acuerdo de nada—. ¿Te dije algo?

—Pues, bueno, no mucho, sólo que estabas borracha... —confesa él sonriente.

—Bueno me alegro, porque a veces cuando me pongo borracha me dan ataques de sinceridad —le confieso.

—Sí eso es verdad —me suelta de repente, ¡te he pillado!

—¿Ah sí, qué te dije? —le pregunto poniéndolo en un aprieto.

Gabriel está muy colorado, lo he puesto entre la espada y la pared. Tal vez no debí preguntarle.

—Bueno tía me dijiste que te sentías sola...

Eso ha dolido, ahora la anonadada soy yo.

—Bueno Gabriel, eso es cierto. Pero ya no, porque tú estás conmigo —le digo cogiendo su mano—. Gracias por acostarme —añado dándole un beso en la mejilla.

Decido invitarle a comer. Así que cogemos el coche y conduzco hasta un buen restaurante, lo conozco porque solía ir a él con mi marido. Me pregunto si ahora que no está, me acordaré de él y de su ausencia a lo mejor no ha sido buena idea —pienso mientras conduzco.

Me he puesto un vestido estampado, mis grandes gafas de sol y el sol luce ciertamente fuerte al medio día. Más para una borracha resacosa como yo. Me miro las piernas mientras vamos de camino, ¡horror! Creo que me descuido un poco en la depilación. En fin, qué le vamos a hacer, tampoco será el fin del mundo.

Nos sentamos y me tapo con la mesa, no quiero que vea mi vello en las piernas, no es mucho pero eso sonroja a cualquier mujer. Pedimos y mientras esperamos conversamos.

—¿Y qué tal la noche? ¿Ligaste? —le digo para romper el silencio.

—Bueno hay una chica que me gusta, pero no me hizo caso —me confiesa un poco dolido.

—¡Oh bueno, fue la primera noche! Vendrán otras —le confieso mientras tomo un sorbo de vino, a ver si se me pasa la resaca metiéndome de nuevo un poco de alcohol en la sangre.

—Al final me enrollé con su amiga, vive cerca de casa y es buena chica —dice de repente.

—¿Ah sí? ¡Qué suerte!

—Sí, aunque bueno sólo fue un lote, nada del otro mundo —me dice como si tal cosa.

—¡Jo chico, lo dices como si estuvieses acostumbrado a más!

—No, no estuvo mal. No me malinterpretes tía. Me gustó mucho, ¿sabes? Pero ella se asustó o algo porque me paró los pies.

—¡Vaya palo! ¿No? —le confieso.

Traen nuestros platos y comenzamos a comer. Durante un rato saciamos nuestra hambre y no conversamos mucho, luego, una vez saciados seguimos con la conversación donde la dejamos.

—¿En serio que no recuerdas nada? —me pregunta él de nuevo.

—¡Pues no Gabriel! Ya te lo he dicho, estaba muy borracha.

—Pues me podía haber aprovechado —me dice ahora él siguiendo con la bromita que empecé yo.

Es entonces cuando me planteo, si no pasó algo y realmente no lo recuerdo. Es inquietante la sensación de no saber, da que pensar.

—¿Entonces pasó algo que yo no sepa? —decido preguntarle, en este juego del gato y el ratón.

—Nada tía, te ayudé a acostarte, sólo eso y nada más —me dice para tranquilizarme.

Realmente le creo, pues es buen chico.

Terminamos el almuerzo y pasamos la tarde paseando por un parque, allí hay unos patos, ¡y hasta cisnes! Lo pasamos bien, simplemente paseando y viendo como las familias hacen lo mismo, vemos cómo los niños les echan pan y se divierten. Yo nunca tuve hijos, no porque no los quisiera sino porque ese don no me fue concedido —pienso y me lamento.

—¿En qué piensas tía? —dice Gabriel fijándose en mí de repente.

—En nada —respondo mintiéndole.

—¿Te gustaría que cenar conmigo alguna noche? Tal vez luego podríamos ir a bailar —me propone mi sobrino.

—¡Sí, eso estaría bien! —respondo sonriéndole.

Volvemos a casa al caer la tarde, realmente ha sido un buen día. Me siento alegre de tenerle aquí.

Ahora vemos una peli en la tele, resulta que es erótica y tiene algunas escenas subidas de tono. Va de un secuestro, un narco secuestra a una chica y trata de que se enamore de él. Viendo las escenas de repente, ¡me siento caliente! ¡Hum, y mi sobrinito está a mi lado! Cuando viene a mi mente el recuerdo su polla, larga y dura frente al cuadro.

—En serio Gabriel, anoche estaba en camión y borracha, por lo poco que recuerdo podrías haberte aprovechado de mí y no recordaría nada. ¿No sentiste deseo de propasarte conmigo? —le pregunto en la penumbra del salón.

Hoy también llevo un camión, aunque llevo el sujetador puesto, pues de lo contrario mis pechos caen escandalosamente por mis costillas y parezco una guarra con las tetas fuera. Él también se ha puesto cómodo y lleva un pijama, camiseta y pantalón, así que estamos viendo cómodamente la peli en el salón.

Tras pensar un rato, Gabriel confiesa...

—Está bien tía, confieso que tenías un pecho fuera cuando te vi. Me sorprendió que estuvieses borracha y te llevé a acostarte en tu cama. Confieso que al ver tu pecho sentí deseo, no soy de piedra tía. Tienes unos bonitos pechos.

Me dice mientras miramos la tele, sé que es sincero y eso me conmueve.

—Está bien Gabriel, te creo, yo te confieso que cuando te vi desnudo frente al cuadro, también sentí deseo, ¡tienes un bonito pene! —le digo ahora yo.

—¿En serio? —pregunta él sorprendido.

—¡Sí, eres muy guapo Gabriel! Estoy convencida de que harás maravillas con ese pene a la chica que te consiga —le digo expresándole mi admiración por su juventud y belleza.

—¡Tú también eres guapa tía! —me replica él sonriente.

Somos dos almas solas en mi salón, sobre todo yo, sola con mi soledad que ahora se ha visto interrumpida por la visita de mi sobrino político.

—¿Gabriel te puedo hacer una pregunta? —le digo y sin esperar más respuestas se la hago—. ¿Eres virgen?

Mi pregunta le ha sorprendido, tal vez hasta incomodado, no sé si está rojo porque la penumbra me impide apreciarlo, pero yo diría que sí.

—Bueno tía, admito que sí, soy virgen —responde sincero con su sinceridad.

—Y aun así me respetaste anoche, ¡hum, qué interesante! —pienso en voz alta.

—Sí tía, admito que sentí deseo, al igual que tú al verme masturbarme, incluso cuando me preguntaste si quería que me la chuparas —me confiesa dejándome pasmada.

—¿En serio te pregunté eso? —digo con gran sofoco...

—¡Sí tía! Como te he dicho estabas muy borracha —dice él para aclarar las circunstancias.

—Pues no recuerdo nada Gabriel —digo mientras rebusco en mis pensamientos pero, no hay nada...

La sinceridad de mi sobrino me sorprende, hasta me siento un poco abrumada por la escena en la noche pasada, ¿cómo no recuerdo nada? —me pregunto un poco atormentada.

—¿En serio no te acuerdas de nada? —me repite una vez más.

Niego con la cabeza. Realmente es una situación un poco complicada.

—Bueno tía tampoco quería preocuparte. En el fondo no le di importancia, estaba muy borracha —me vuelve a indicar.

—No pasa nada Gabriel, me alegra que me lo hayas contado.

—Si, bueno. Te confieso que no fue fácil, pues tía, como te he dicho soy virgen y reconozco que verte medio desnuda fue turbador.

—¿Sí? —digo interesada.

—Entonces, ¿te hubiese gustado hacerme algo?

—Creo que hubiese estado bien, ¡sí! —dice él decidido.

—¡Oh Gabriel! La vida es muy complicada, ¿verdad? Aunque borracha, si te lo pregunté es porque tenía ganas de sexo, te confieso que llevo mucho tiempo sin estar con nadie y eso a veces pasa factura —le digo mientras me pregunto por qué soy tan sincera con él.

—Bueno, yo no he estado aún con nadie. Supongo que en eso tenemos algo en común.

El silencio se vuelve incómodo en esta íntima conversación.

—¿Y tía, si te hubiese dejado hacerlo y luego lo recordases? ¿Te arrepentirías de ello?

Su pregunta se vuelve más incómoda y difícil de responder. Pienso con calma mi respuesta.

—Bueno Gabriel, de haberlo hecho, como se suele decir: "A lo hecho pecho" —decido responderle.

—Pero eso no es un no, ni un sí —se queja él.

—Pues yo creo que está muy claro —digo mientras le sonrío.

Realmente estoy cansada, así que le digo que me voy a acostar y él decide quedarse a continuar la peli, ¿se masturbará ahora frente a alguna escena subida de tono? —me pregunto mientras lo dejo atrás en el salón.

La idea es turbadora, como turbada está mi mente, pero hoy no tengo fuerzas para más, estoy cansada así que me entrego al sueño de Morfeo y me adentro con su permiso en su reino...

Mi embarazadísima vecina, ¡me lo agradece!

Desde el portal... ¡Viendo la vida pasar!

Hubo un tiempo en el que las preocupaciones eran pocas, las tardes largas y el tiempo corría más despacio. Un tiempo en el que nos podíamos permitir no hacer nada, simplemente dejarlo pasar, esperando algún acontecimiento que mereciese la pena nuestra atención. Un tiempo en el que el placer era un inmenso mar sin explorar, en el que nos adentrábamos tímidamente en cálidos momentos de intimidad.

Teófilo, que así se llamaba nuestro protagonista, y no es que sus padres no lo quisieran, es que su abuelo materno se llamaba así, al igual que su padre y por aquello de guardar las tradiciones, así fue como le pusieron al hijo. Aunque por suerte finalmente le llamaban Teo, que sonaba mejor, más familiar y más guay para los amigos.

Teo gustaba de sentarse en el portal de su bloque con su amigo más íntimo, Nicanor, nombre también peculiar, que finalmente se contrajo en Nica para los amigos.

Pues bien, Teo y Nica, pasaban las mañanas y las tardes de aquel caluroso verano en el portal, viendo la vida pasar. Vestidos con camisetas gastadas y bermudas igualmente desteñidas, con zapatillas de lona sin calcetines, veían a los caminantes deambular por la transitada callejuela del centro de una típica ciudad de los años ochenta, pues nuestra historia, forma parte de un pasado mejor, donde todo era más sencillo, menos acelerado, donde aún pervivía el añejo encanto de un país más inocente, tanto por sus gentes como por sus vidas en general.

A su edad, ambos disfrutaban del sexo en solitario, explorando el secreto e inhóspito, hasta a veces prohibido en su sociedad puritana, terreno del placer. Ambos gustaban de acariciar sus apéndices, los trataban con mimo mientras sus calenturientas imaginaciones los llevaban al campo de lo teórico aún, de lo incógnito, de las relaciones humanas con hembras, a ser posible mayores, más experimentadas, que les enseñaren el arte del sexo.

Con tanta afición lo hacían, que no había día que la cuenta bajase de cinco o seis: una por la mañana, en la duermevela, otra cuando ya se iban a levantar, luego salida a ver al amigo, almuerzo y sobremesa íntima, siesta con otra se estrenaba la tarde, para luego volver a salir en busca del amigo. Y una más por la noche, por aquello de que hacía calor y no se podía dormir. Y un nuevo ciclo empezaba por la mañana. Incluso había días de locura, donde el vicio se confundía con la obsesión, obsesión de placer y sexo desmedidas.

Bendita juventud, donde todo era más fácil y la más leve brisa, que movía una falda a media pierna inspiraban deseos e historias de coitos fugaces y lascivos, desatando la más febril imaginación y repitiendo una y otra vez las fantasías, tan ansiadas como anheladas, terminando en una pequeña implosión de estremecimiento personal y onanístico al revivir ese preciso momento.

Todo comenzó aquella mañana en la que vieron llegar. Cargada con bolsas con un lento caminar, iluminada por los rалlos del Sol a su espalda, su rubia melena encendida como el oro centelleante, con sus caderas contoneándose a cada paso y su vestido trasluciéndose a causa de la contraluz, dibujando una sensual silueta, con caderas anchas y piernas fuertes.

Ya más cerca Teo la reconoció, era Florinda, su vecina, más concretamente su embarazadísima vecina, luciendo su enorme tripa, algo que no despertaba su emoción, pero aquellos grandes pechos, eso eran palabras mayores. Sin duda el niño o niña no tendría falta de alimento al nacer.

Tan alelados quedaron, contemplando aquella figura femenina, que no repararon en que la mujer esperaba que la dejaran pasar. De forma que cuando se dieron cuenta, Teo se levantó y pidió disculpas su vecina.

—¡Oh Florinda perdone! Ya me aparto —dijo el joven levantándose como movido por un secreto resorte que lo hizo erguirse con gracia y rapidez.

—¡Gracias Teo! —dijo su vecina mostrándole una encantadora sonrisa.

—¿Quiere que la ayude con las bolsas? —dijo Teo servicialmente.

Teo, ante su imponente presencia, olió su perfume y se deleitó con la delicadeza del mismo, ¡estaba para comérsela!

—¡Gracias, por el ofrecimiento! Ya me duelen los brazos —dijo su vecina y le entregó las dos pesadas bolsas al joven.

—¡Vale, se las subiré! —dijo Teo, sintiéndose enormemente feliz, pues así tendría oportunidad de acompañarla.

—A cambio os invitaré a tomar algo fresco, ¿os apetece? —dijo Florinda pasando delante de ellos.

—¡Oh, ya es tarde! Me tengo que ir —dijo Nica de repente.

—Vale tío, nos vemos esta tarde, ¿no?

—¡Claro colega! —dijo Nica disparándole con un improvisado revolver formado con sus dedos y su mano.

De modo que Teo quedó con ambas bolsas y su amigo se marchó. Así subieron, las escaleras, primero la dama y luego el muchacho. La casualidad puso delante de sus ojos su hermoso culo y sus anchas caderas, moviéndose graciosos por aquellas escaleras, cubiertos por su vestido como de gasa color beige. Cuyos suntuosos movimientos lo hipnotizaban a cada paso.

No había ascensor en aquel bloque y eran muchos los peldaños hasta coronar la cuarta planta, así que la contemplación de sus caderas se convirtió en un deleite sin par, que poco duró para lo que él hubiese querido. Tiempo habría de recordar cada detalle y aumentarlo mil veces si hacía falta pensando en toda clase de guarrerías con su vecina que, aunque embarazada, ¡la tía estaba realmente buena!

Por fin llegaron a su puerta, ella con la respiración acelerada dado su avanzado estado de gestación, y él también, dado por su avanzado estado de excitación.

Introdujo la llave en la cerradura con soltura, y dando dos giros de muñeca a la izquierda, la abrió, invitándolo a pasar tras ella. Teo la siguió hasta la cocina y allí le dejó las bolsas en sobre la encimera.

— Pasa al salón mientras guardo la compra, ¿vale? —dijo su vecina invitándole a pasar.

Tímidamente Teo se adentró en la penumbra del pasillo, ya que, para evitar el calor, las

persianas se mantenían bajadas y sólo se subían por la tarde, cuando se levantaba el viento fresco de poniente.

Mientras tanto, Florinda tenía una urgencia que atender, la de su castigada vejiga. De modo que entró al baño que había entre antes de llegar al salón e hizo un ansiado pis.

Tal vez por costumbre de vivir sola, no cerró la puerta y el estruendo provocado por su potente chorro al caer, llegó hasta los oídos de Teo, desatando su febril imaginación, que visualizó su vagina desnuda, soltando su carga sobre el agua del inodoro. E intentó imaginarse cómo sería esta, lo que le provocó una erección al instante, por lo que deseó no tener que levantarse ahora, pues su anfitriona se percataría de tamaña osadía.

Entonces Teo la vio pasar, camino del dormitorio y ésta se limitó a sonreírle, ajena a sus calenturientos pensamientos.

— ¡Voy a ponerme algo más fresco! —dijo sin detenerse.

En el dormitorio marital cambió su vestido por un camisón casero de tela manida, pero sin duda más fresca para estar en casa.

Finalmente volvió al salón y sonriendo al poco relajado muchacho caminó hasta la cocina y le sirvió y se sirvió ella misma un refresco de cola 'on the rock'.

Finalmente tomó asiento en el tresillo donde Teo se había sentado en la parte más próxima al balcón junto al salón. Ubicado frente a una coqueta mesita de madera con cristal en el centro, que dejaba ver un mar de figurillas bajo él.

— ¡Qué calor verdad! —dijo ella mientras se sentaba y dejaba la bandeja en la mesilla.

— ¡Oh si, hace ya mucho calor! —dijo Teo sintiéndose estúpido nada más terminar aquella absurda frase según él.

Teo tomó el vaso y dio un largo trago dejándolo medio. Por su parte Florinda tomó unos cuantos sorbos cortos y le hizo gracia el largo trago que Teo dio.

—Tenías sed, ¿eh? —dijo su vecina sonriéndole.

—¡Oh bueno si! —le devolvió la sonrisa.

Tomando un abanico estratégicamente colocado entre los cojines del tresillo, para tenerlo a mano, comenzó a abanicarse con fuerza.

—¡No aguanto este calor en mi estado! —exclamó.

Entonces Teo vio como aleteaba parte de camisón y sintió que su entrepierna palpitaba allí abajo. E inmediatamente cruzó las piernas para evitar que su interlocutora notase su incipiente erección.

¿Te ha gustado mi culo subiendo las escaleras? —se imaginó que le preguntaba Teo en ese momento, aunque todo fue fruto de su imaginación. Pero tal cosa no ocurrió más allá de su mente calenturienta. ¡Qué más le hubiese gustado!

—Y tu madre, ¿cómo está? —dijo Florinda.

—¡Oh bien, bien! En el trabajo, siempre vuelve a eso de las cuatro, pues tarda en cruzar la ciudad en el autobús.

—¿Quieres quedarte a comer? —le interpelló.

—¡Oh no, gracias! —dijo Teo acelerado—. ¡La esperaré! —lo último que deseaba es prolongar aquella tensa situación con su vecina y él empalmado allí abajo.

—¡Bueno como quieras! Prometo no morderte —dijo Florinda cogiéndose graciosamente la inmensa barriga, demostrando una fina ironía.

Aunque Teo no entendió el mensaje, sumergido en un mar de inseguridades en ese momento.

—¡Gracias por subirme las bolsas!

—¡No ha de qué! —dijo Teo con una sonrisa nerviosa.

Un silencio algo incómodo se hizo entre ambos, mientras ella lo observaba y él le rehuía la mirada.

—¿Pareces un poco nervioso, Teo? ¿Te incomoda?

—¡Oh no! —dijo Teo mientras que en realidad lo que pensaba era un: ¡Oh sí!

—No pasa nada, soy tu vecina Flori, Te conozco desde que llegaste de pequeño al bloque.

—¡Sí, claro! Flori rio de nuevo de forma que a él le pareció estúpida.

—¿Te puedo preguntar si tienes novia? —dijo Florinda divertida con el nerviosismo de su vecino.

—¿Novia, yo? ¡No! —exclamó Teo como si fuese un chiste.

—Bueno, aún eres joven —sonrió Florinda.

—Y, ¿cuándo va a tenerlo? —le preguntó Teo intentando salir de la incómoda pregunta, con otra incómoda pregunta para ella.

—¡Ah, pues aún me quedan unas 8 semanas espero, ¡ojalá fuese mañana! —exclamó divertida acariciándose la barriga—. Pero no, aún tengo que esperar.

—¿Y es niño o niña?

—Niño, sonrió ella feliz. ¡Oh, me ha dado una patada! —exclamó tocándose un costado. Ven, ¿quieres poner la mano?

Ni corta ni perezosa Flori, tomó su mano y la colocó sobre su abultada barriga.

Teo sintió escalofríos al tocar su curvado abdomen aunque no sintió nada moverse bajo su mano.

—¿No lo notas?

—Pues no, no noto nada —dijo tímidamente.

—¡Sí, mira por aquí! —exclamó ella moviéndola más abajo, cerca de sus ingles.

Ahora Teo sí sintió algo vagamente, aunque lo cierto era que estaba más pendiente de la posición en que se encontraba su mano que de si el niño daba pataditas o no.

—Parece que le gustas

Florinda dejando ya su mano libre, lo que permitió a Teo retirarla rápidamente por la

vergüenza que le provocaba la situación.

—¿Y el padre, no lo veo últimamente? —dijo Teo.

—No, ahora hace viajes más largos, sube a Francia, Bélgica y pasa muchos días fuera últimamente. Cualquiera día me pongo de parto y él está a mil kilómetros —sonrió ella.

—¡Ah! —asintió Teo —sin nada más que añadir.

De nuevo otro silencio, mientras el refresco ya se había terminado en su vaso.

—¿Quieres más, sítete tú mismo, la nevera está en la botella? ¡Vamos, no tengas miedo! —dijo para animarlo.

Teo se levantó despacio, preocupado por si ella notaría su erección, y disimuladamente metió su mano en el bolsillo, un truco que ya le había salvado de alguna incómoda situación en el pasado.

Allí se sirvió un nuevo vaso y volvió al salón y tomó asiento en el otro extremo del sofá.

—¿Los pies me están matando? ¿Te importa que me tumbe y coloque los pies sobre tus piernas?

El joven no supo qué decir y ante todo no iba a decir que no. Así que se dejó hacer y su vecina terminó con sus tobillos apoyados sobre los muslos de él.

El joven no sabía bien qué hacer y se le veía nervioso, Flori lo notaba y trataba de que se relajase.

—Con el embarazo tengo la circulación muy mal. ¿Me darías un masaje en las pantorrillas? —dijo Flori para más inri.

—¡No sé si sabré! —dijo Teo nervioso.

—¡Claro que sí, tú sólo pon tus manos sobre los tobillos y muévelas hasta la rodilla, eso ayuda a circular la sangre! ¡Adelante no seas tímido! —dijo a modo de arenga.

Así que mientras posaba sus manos en aquellas piernas blancas y suaves, rezaba para que ella no se diese cuenta de su erección. Pues acariciar aquellas piernas implicaba un subidón sin igual para el joven e inexperto muchacho.

Con las manos casi temblando, comenzó sus caricias, primero por arriba y luego por abajo, por las pantorrillas, mientras Florinda mantenía los tobillos sobre sus muslos.

—¡Qué bien, que gustito!

—¿Lo hago bien? —dijo Teo nervioso

—¡Muy bien, ya te dije que era fácil! ¿No te interesaría un trabajo de masajista particular?

Florinda rio, mientras que a Teo únicamente le salió una mueca en la comisura de sus labios.

Siguió con el masaje, mientras ésta se relajaba cada vez más. Abriendo sus muslos inadvertidamente para ella, pero no para el chaval que la masajeaba y que secretamente miraba entre sus columnas de carne, esperando ver entre ellas unas braguitas blancas al final.

Y lo mejor de todo es que, ¡las vio! Y tan pasmado quedó que su vecina advirtió su descuido y cerró el espectáculo visual para el joven.

—¡Uy, creo que me descuidé! —sonrió sin darle mayor importancia.

El chico se sonrojó y apartó la vista mientras su erección instantánea fue patente para él, aunque no es que ella lo advirtiera en el momento.

—Perdona, pero es que tu masaje me está gustando mucho y me he descuidado un momento. ¡No quería incomodarte!

—¡Oh, no pasa nada! —dijo nervioso Teo con risita nerviosa incluida.

De repente Florinda fue consciente de la erección del muchacho y lejos de escandalizarse, esto la divirtió y decidió picarlo un poquito más.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo Flori.

Teo asintió con la cabeza mientras continuaba con el masaje, ahora por iniciativa propia.

—Si no quieres no la contestes, ¿vale? —añadió Flori dándole más intriga con su retardo.

Teo asintió de nuevo.

—¿Tú te masturbas? —preguntó Flori a bocajarro al joven.

—¿Masturbarme? —respondió el chico bastante cortado.

Teo carraspeó intentando mantener la calma.

—¡Perdona, no tenía que haberte preguntado eso! —dijo Flori antes de que el chico rectificara—. ¿Qué edad tienes ya?

—¡Ah pues! Dieciocho —dijo un Teo que para nada aparentaba tal edad.

—¿Entonces ya pensarás en chicas, no?

—Bueno si, a veces —dijo Teo sin ser más específico.

—¿Y no hay ninguna que te guste especialmente?

—Pues bueno, alguna hay —volvió a responder Teo sin ser muy específico.

—Y no piensas en ellas cuando estás solo en la cama, ya me entiendes —le insinuó Flori.

Teo dudó, pero finalmente decidió entrar en la pícaro conversación.

—Sí, soy un chico mayor y pienso en esas cosas, ¿sabe?

—¡Oh claro Teo, es muy normal! Las mujeres también lo hacemos y yo también lo hago, ¿sabes?

El joven no sabía muy bien donde llevaría aquella íntima conversación y se mostraba cauteloso.

—¿Antes me has visto las bragas, verdad?

—Si —dijo Teo tras pensarlo unos segundos y darle cierta emoción a su respuesta sin sospecharlo.

—¿Te masturbarás pensando en mi hoy? Recordando tal vez mis bragas, ¿eh?

—Es que, ¡me da vergüenza! —sonrió Teo.

Flori le sonrió, en el fondo le gustaba la inocencia que demostraba aquel jovencito con ella. Y disfrutaba de la conversación.

—¿Sabes una cosa? Es un secreto, ¿vale? Yo también lo hago y hoy pensaré en ti mirándome las bragas —le confesó de repente.

Teo no supo qué decir ante tal confesión así que no dijo nada.

—¡Me has puesto cachonda con el masaje y con el descuido! No debería decírtelo pero me caes bien, te ves tan inocente —dijo Florinda poniéndose de pie.

—¿En serio? —preguntó Teo muy sorprendido por la íntima confesión de su vecina.

—¡Si! —dijo en un susurro, como si las paredes estuviesen oyendo—. Pero creo que es mejor que no sigamos esta conversación, soy una mujer casada y tengo una reputación, de modo que te tengo que pedir amablemente que te marches.

Entonces Florinda retiró sus piernas del sofá y puso los pies en el suelo y levantándose terminó la conversación.

Teo se levantó también y en lo último que pensó fue en su patente erección, aunque Florinda sí que reparó en ella.

—¡Oh Teo! Veo que también te gusto —exclamó Florinda viendo su erección.

—¡Yo, no he podido! ¡No he podido evitarlo! —balbuceó Teo que pensaba que Flori se sentiría ofendida por el hecho.

—¡No pasa nada Teo! Era de esperar, ha sido culpa mía por provocarte.

—Entonces, ¿no te has enfadado?

—¡No que va Teo, todo lo contrario, me ha encantado conversar contigo! Sólo te pido que te marches, porque si te quedas, puede que hagamos algo de lo que luego nos arrepentiremos— dijo Flori mirándole su erección con descaro mientras discretamente se mordía la uña del dedo índice.

El pasó delante y ella lo acompañó detrás por el pasillo hasta la puerta. Entonces, cuando este fue a abrir, ella se abrazó por detrás y mientras con un brazo rodeaba su pecho, con el otro le metía la mano en el elástico de las bermudas y deslizándola con rapidez le cogía su vástago erecto, sintiéndolo palpar en su mano.

—¡No te muevas! —le ordenó con un susurro en la oreja.

La meneó con fuerza y empujó al chico desde atrás, hasta que éste se apoyó en la puerta cerrada.

Cuando él quedó a su merced, ella tiró de sus bermudas y sus calzoncillos y volvió a empuñar de nuevo su verga erecta desde atrás. Masturbándole con rapidez a su espalda, pegándole su barriga, mientras le abrazaba con la otra mano y le acariciaba su pecho barbilampiño y luego sus glúteos desnudos, Jadeándole desde atrás, muy sensualmente, con su boca muy cerca de su oreja. En un frenesí delicioso, que no duraría más allá de treinta o cuarenta segundos.

Unos segundos inenarrables para Teo. Confundido y aturdido por la violenta pero placentera explosión del deseo de su vecina que, cuán mantis religiosa, abrazó al macho y lo estrujó hasta sacar de él la última gota de su semen.

El chico explotó y su leche regó la puerta cerrada, cada andanada salió con gran potencia de su punta y fue a impactar en ella y luego comenzó a caer chorreando al suelo.

Mientras aún estaba en el éxtasis del orgasmo, Florinda lo giró y lo besó metiéndole la lengua en la boca, al tiempo que ella se tocaba bajo las bragas y un emocionado Teo era testigo de su calentura. Pero en un impulso, abrió la puerta y lo empujó fuera.

—¡Vete, esto no ha estado bien!

Y con esta críptica frase, cerró la puerta tras ella y dejó allí a Teo con las bermudas y los calzoncillos aún bajados.

¡La criada tuvo que limpiar la corrida del señorito!

La embarazada: ¡La más caliente!

Aquella mañana comenzó como una mañana más para Graciela, llegó temprano a la casa de los Velázquez y se cambió en su cuarto de la limpieza, donde entre escobas, paños y productos para el suelo, los muebles y demás útiles, tenía una pequeña taquilla metálica. Donde guardaba sus uniformes y dejaba su ropa de calle al entrar a trabajar.

Se miró en el pequeño espejo en el anverso de la puerta metálica de la taquilla para ajustarse la cofia blanca que iba a juego con el delantal del negro uniforme de falda.

Un poco cursi – pensó–, pero la señora de la casa quería que el servicio vistiera de uniforme dentro de la casa, no fuera que algún invitado confundiera a Graciela con una parienta lejana recién llegada a la casa.

Aunque estos detalles no eran del agrado de Graciela, así como la actitud altiva de la señora, pasaba de ellos y se concentraba en lo importante, pues la paga era buena y el trabajo, dentro de lo que cabe soportable. Algo que por desgracia no todo el mundo puede afirmar hoy en día.

Finalmente salió del cuartito y se presentó a la señora, quien estaba en la terracita de la mansión, tomando su desayuno.

–¿Ordena algo la señora? –dijo al salir por la puerta corredera.

Graciela tenía las manos juntas en su regazo y se acercó a la señora despacio y en actitud sumisa y servicial, algo que sabía que ella apreciaba y por agradecerle prefería asumir a tener que enfrentarse a sus desaires cuando se cabreaba por alguna actitud inapropiada para ella en el servicio.

La señora vestía una bata de seda, lucía una melena rubia de bote que reflejaba los rayos solares y para ser la hora que era ya estaba perfectamente maquillada, pestañas postizas incluidas.

La miró de arriba abajo y asintió condescendiente ante el aspecto impecable de Graciela.

–Estás perfecta Graciela, ¡así se hace! –le dijo tras echarle una ojeada.

Graciela asintió pero no dijo nada, simplemente esperó instrucciones para la mañana.

–Hoy hay que limpiar un poco el suelo y para el almuerzo me apetece alguna ensalada exótica, pero al señor no le gusta, así que para él prepara algo de carne. Tienes lo que necesitas en el congelador.

–¡Perfecto señora! Pues, ¡me pongo manos a la obra! –dijo Graciela con una sonrisa.

–¡Ah una cosa más! Hoy viene a verme una amiga, entorno a la una de la tarde nos gustaría tomar algún pisolabis aquí en la terraza. Sólo una copa de champán y algo para picar, ¿te puedes encargar?

–¡Por supuesto señora! ¿Algo más?

–¡Nada más querida! –dijo la señora desviando su mirada hacia las espectaculares vistas de la ciudad allá abajo junto a las playas.

Graciela no trabajaba sola, tenía a Paca, cuyo nombre real era Francisca, pero la llamaba

Paca, una pequeña indígena que salió de su aldea para buscar fortuna y acabó trabajando en la casa de los señores como interna. Graciela le asigna las tareas que ella no quiere desempeñar y ella las acepta de buen gusto.

Paca era servicial, se vestía en su cuarto y salía al encuentro de su jefa Graciela cada mañana...

—Buenos días señora Graciela —dijo la servicial Paca.

—Buenos días Paca. Hoy tienes que limpiar los suelos, que están muy sucios, ¿de acuerdo? Yo me encargaré del almuerzo, ve al cuarto de limpieza y dime si necesitamos pedir que se compre algo.

—Lo que usted mande señora Graciela —dijo antes de girarse para retirarse y comenzar la faena.

Graciela se disponía a recolectar los ingredientes necesarios para el almuerzo, así que fue al congelador y sacó carne y verduras, luego miró en el frigorífico si había suficientes vegetales para la ensalada y una vez hubo comprobado que tenía todo lo que necesitaba, se relajó unos instantes sirviéndose un expreso de la máquina de la cocina.

Introduciendo una pequeña cápsula por la parte superior y pulsó el botón tras colocar la taza en la inferior. Con un sonoro ruido la máquina pareció protestar antes de comenzar a soltar el agua caliente que inmediatamente se tornó negra al infundir el café de la cápsula a través de la que pasaba a alta presión.

Añadió un poco de leche caliente pero no azúcar, pues le gustaba el sabor amargo del café por la mañana.

Tomó el periódico que repartían por las mañanas y ojeó las noticias de la portada, conviniendo en que: "El mundo está loco"; algo que cualquiera de nosotros pensaríamos al ver toda serie de sucesos en la portada de un periódico que quiere captar lectores...

Tras degustar su café con gran placer, mientras leía por encima alguna de las noticias cuyos titulares llamaron su atención. Se incorporó y comenzó con los preparativos.

En la familia eran tres, el padre, el hijo y la madre, que no era tal sino que era la madrastra. Pues su madre murió hacía unos años y desde entonces el padre rehízo su vida con una mujer mucho más joven que él. Una buena pájara que supo aprovechar la situación y enganchó al padre, aunque pronto su relación se enfrió, pues él buscaba las cosas que ella le dio, pero ella buscaba cosas en él que éste no le podía dar, como una vida llena de fiestas y movimiento, cuando él, trabajaba mucho y llegaba a casa con la idea de descansar.

Mientras picaba las verduras para sofreírlas y hacer un acompañamiento para la carne, pensó en Gabriel, el pequeño de la familia. Lo conoció cuando tenía ocho años y desde entonces ha cuidado de él desde las sombras. Pues como asistente trata de no implicarse en las vidas de la gente para la que trabaja.

Gabriel irá el próximo año a la Universidad. Graciela, lo ha visto convertirse en un joven alto tímido pero apuesto, con pelo negro y corto, gruesos labios y muy alto. No está precisamente en forma ya que se pasa las horas jugando a videojuegos en su cuarto, cuando no se pajea para matar el rato y sentir placer. Bien lo sabe la asistente que recoge su cuarto y encuentra de vez en cuando ropa manchada de semen, cuando no alguna revista porno. Como Graciela sólo ha

tenido una niña en toda su vida, no sabía lo que es criar a un hijo, en ese sentido tener a Gabriel, de alguna manera ha sido un revulsivo para su instinto maternal.

Entre fogones la mañana pasó rápido y pronto tocaron al timbre, mientras tenía el asado en el horno. Consciente de que Paca andaba con el aspirador en los pisos superiores, Graciela se quitó el delantal de cocinar y acudió a la puerta.

– Nada más abrir, aparecieron ante ella unas enormes gafas negras, detrás de las que se ocultaba una altiva mujer.

– ¿Está Juliana? –dijo con voz altiva mientras Graciela se fijaba en su coqueto bolso, con unas iniciales que sólo ella había visto en las revistas de moda. Algo, a todas luces, por encima de su nivel de vida.

– ¡Sí señorita, la está esperando en la terracita! –dijo Graciela servicial.

La invitó a pasar y le señaló dónde podía dejar su bolso y sus cosas, aunque esta la miró de reojo y tal vez pensó que aquel bolso que había mirado con tanto interés a su llegada, podría despertar miradas curiosas del servicio, así que declinó la oferta y pasó con todo su atuendo al interior.

Graciela la condujo hasta la terraza y le anunció la llegada a su señora, que dormitaba a esas horas aún en su hamaca desde el desayuno. Quitó la taza y los platos del desayuno, pues no lo hizo antes para no molestarla y se retiró.

Como le había pedido la señora, o señorita como quería que se refirieran a ella, sacó una botella de champán de la nevera y sirvió dos copas, junto a algunos aperitivos salados.

Cuando apareció con la bandeja por la puerta de la terraza, ambas se sonrieron al verla. Pero ni las gracias le dieron. Así que discretamente salió por la misma puerta que había entrado y cerró detrás suyo para dejarlas en intimidad.

Volvió a la cocina y siguió preparando la comida. Cuando apareció Paca tras la mañana de limpieza.

–¿Puedo tomar un poco de agua fresca de la nevera? –dijo la joven indígena.

–¡Vente para aquí chica! Que vamos a tomar algo mejor –le dijo Graciela.

Y ni corta ni perezosa sacó dos finas copas de cristal de bohemia, y sirvió unos culines del vino espumoso que había dejado enfriando en un cubo con hielo.

–Pero Graciela, ¿tú piensas que es apropiado? –dijo su compañera de servicio.

–Tú calla y bebe, que estas dos cuando vayan por la segunda habrán perdido la cuenta de cuantas copas llevan –le sonrió Graciela.

Así se tomaron ellas también un refrigerio en la cocina aprovechando para hacer una parada en sus tareas, hasta que sonó el timbre que a distancia solicitaba su presencia en la terraza. Graciela tomó la botella y salió para servir un poco más del líquido elemento a las pájaras que departían en aquella coqueta terraza de espléndidas vistas.

Cuando volvió a la cocina, Paca seguía sentada en una silla un tanto espartana en la cocina.

–¡Hum, qué rico está! –dijo la joven Paca.

–¿A que sí? –replicó Graciela tomando su copa para acabar el sorbo que le quedaba–.

¿Quieres un poco más?

–¡Oh no, que esto me mareará y me dará dolor de cabeza! –dijo Paca, antes de que Graciela ignorándola por completo depositara otro chorrito generoso en su copa e hiciera lo propio con la suya.

Departieron un ratito más en la cocina, picaron algunos entremeses salados y Paca le pidió permiso para ducharse, pues la humedad era alta y había sudado mucho durante la limpieza.

Graciela se lo concedió y ella siguió con la comida.

Al rato, como ya estaba todo listo, decidió preguntar a la señora si su invitada se quedaría a almorzar, así que se alisó la falda del uniforme, se miró en un pequeño espejo junto al frigorífico para ajustarse la cofia que llevaba colocada con horquillas sobre su pelo recogido, y salió de la cocina.

Cuando se acercaba al gran salón, cuyos ventanales visillos daban a la terraza, de repente vio en el pasillo la gran silueta de Gabriel, que de espaldas a ella parecía estar expiando a las pájaras de la terraza.

Graciela no supo qué hacer, menos aun cuando detectó el movimiento acompasado del brazo derecho del muchacho... no, aquello no podía estar pasando.

Pensó en retirarse a la cocina, ¿pero qué pasaría si descubrían al joven chico haciendo aquello mientras espiaba a su invitada y a su madrastra?

No, desde luego aquel juego no era un "*win to win*" para ella, sino más bien todo lo contrario.

Ante tal situación sintió curiosidad por ver qué hacían la susodichas espiadas, así que se permitió retirar el visillo de la amplia cristalera que daba luz al salón y echar ella también una ojeada allá afuera. Cuando miró, ¡lo que vio la dejó sin respiración!

Aquello era demasiado fuerte para ser cierto. La señora estaba espatarrada en su tumbona de madera y colchones blancos, mientras la amiga estaba arrodillada sobre un cojín y colocada entre sus piernas su cara se perdía más arriba entre sus muslos.

Graciela maldijo una vez más su suerte, ¿qué hacer a continuación? Desde luego, vaya pájaras estaban hechas aquellas dos –pensó mientras contemplaba la tórrida escena que acontecía allá afuera.

Siembre había oído lo de las mujeres bolleras, pero nunca había podido contemplar a dos en acción. Para una mujer chapada a la antigua como Graciela, aquello fue un shock.

Entonces fue consciente de nuevo de su delicada situación y cuando se fijó en la silueta que a unos metros de ella también hacía de voyeur improvisado, mientras movía lo evidente con frenesí. Este se giró incomprensiblemente, como si hubiese sido consciente por un momento de que algo o alguien le estaba mirando.

¿Cuántas veces nos ha pasado, que miramos atrás y descubrimos que alguien nos estaba mirando? Pues así ocurrió aquel día con el muchacho y Graciela.

El sobresalto fue mayúsculo y del susto probablemente, o porque aquello ya no podía esperar más. Graciela lo vio como verga en mano esta comenzaba a escupir su carga y derramarla sobre el suelo de mármol rojo del gran salón. Una copiosa corrida mientras el chico se tambaleaba amenazando con caerse en cualquier momento mientras con los ojos cerrados,

había decidido aplicar la técnica del avestruz o tal vez por la situación no le había quedado otro remedio, al sentir su final y estallar en un orgasmo fenomenal para el joven chico.

Sea como fuere, en apenas unos segundos todo había acabado. El joven ciervo recuperó el control de su cuerpo y asustado corrió a refugiarse en su cuarto, mientras Graciela se giró y rápidamente corrió a la cocina para coger papel de cocina y tirarse literalmente de rodillas ante la gran corrida antes de que las pájaras allá afuera, se diesen cuenta de lo que había ocurrido.

Tras limpiar el suelo de la multitud de blancos chorros que se confundían con las vetas blancas del mármol rojo, escuchó un alarido allá afuera. Así que curiosa se puso ahora ella a mirar la caliente escena.

Las pájaras se agitaban ahora juntando sus sexos una encima de la otra, restregándose sus conchas con especial frenesí. Graciela no pudo por más que maravillarse de tamaña artimaña e incluso disfrutó viendo como aquellas hembras se jodían la una a la otra como si tuviesen rabos imaginarios.

Hasta que su señora explotó bajo la presión del sexo de su invitada y esta se dejó llevar también alcanzando el éxtasis al unísono, mientras sus bocas se juntaban sensualmente y se comían literalmente sus labios carnosos al tiempo que sus lenguas se entrelazaban disfrutando del dulzor de sus salivas compartidas.

Graciela no perdía detalle, aunque prudentemente decidió quitarse de en medio para no ser descubierta cuando el ambiente se calmó y ambas comenzaron a volver en sí tras quedarse traspuestas con sus orgasmos respectivos...

¡Mi madre me graba mientras lo hago con mi vecina!

Caluroso Verano

¡No podía creerlo! Elisa recibió una llamada de su empresa por un asunto importante que requería su atención, así que nos propuso que nos quedásemos con Luisa durante un par de días hasta que ella volviese. Yo ya me imaginaba durmiendo y follando con ella en aquellas cálidas noches.

El primer día estuvimos en la piscina, como había poca gente, pues casi todo el mundo estaba ya veraneando fuera de la ciudad, estábamos solos con mi madre, de modo que mientras ella leía sus revistas, yo nadaba con Luisa en la piscina y jugaba con un balón en el agua.

Chapoteando la cosa se calentó y acabé manoseando a Luisa bajo el agua, fue muy excitante meter mis dedos bajo su bañador y descubrir lo lubricada que estaba la chica.

Me puse súper cachondo y me empalmé, pegando mi erección a su bañador comencé a embestirla suavemente bajo el agua mientras abrazados, nos besábamos muy acaramelados.

Cuando levanté la vista, descubrí a mi madre mirándonos, parapetada tras sus grandes gafas de sol, que me impedían ver sus ojos, yo sabía que nos observaba, tal vez curiosa, tal vez excitada ante nuestros arrumacos.

Le sonreí y ella me devolvió una pícara sonrisa, tras lo cual, seguí a lo mío. Tan encelado como estaba saqué mi verga bajo el agua y apartándole el bañador se la introduje suavemente a Luisa, quien gimió y se abrazó más fuerte a mí justo en ese momento.

No podía creerlo, ¡la estaba follando bajo el agua! ¡Y era muy excitante hacerlo! Más si cabe, cuando pensé que desde alguna ventana alguien podía estar observándonos, así que cautelosamente comencé a mirar para arriba, buscando algún posible voyeur.

Mi madre debió darse cuenta de lo que pasaba, porque cuando la volvía a ver ella también estaba mirando a las ventanas de los edificios que había a ambos lados de la piscina, en el recinto de la urbanización. Pude ver un gesto de preocupación, y de cierta desaprobación en su cara cuando volvimos a cruzar las miradas. Aunque todo era tan morboso y excitante, que le sonreí y volví a concentrarme en hacerle el amor a Luisa bajo el agua.

Estaba tan suave por dentro, tan caliente y sus labios eran tan carnosos que mientras me besaba y sentía el suave placer de la penetración, me abstraí de todo lo que nos circundaba, fue como si me transportara a un universo donde todo era placer y sensualidad.

Lo hicimos suavemente hasta que sentí que me iba, que no podía aguantar más, así que saqué en el último instante mi miembro de su delicada concha bajo el agua y masturbándolo me corrí mientras miraba hacia abajo.

Así pude ver cómo los chorros de blanca leche comenzaron a ser expulsados de mi glande mientras el placer me inundaba, aquello era también muy excitante, la contemplación de cómo mi placer fluía y se diluía en el agua cristalina. Luisa también observaba, tan curiosa y excitada como yo.

Cuando terminé suspiré profundamente y nos apartamos de la maraña de hilos blancos que se había formado en el agua mientras reíamos a carcajadas por el zafio espectáculo que se

había formado allí abajo.

Seguimos abrazados un rato besándonos y luego nos salimos para secarnos.

—Vaya Ismael, ¿en serio lo habéis hecho bajo el agua? —me preguntó mi madre sofocada por la impresión de que alguien podría habernos visto.

—Sí, ¿pasa algo madre? —dije yo sin darle mayor importancia.

—Pero no piensas que alguien puede haberos visto, ¡qué vergüenza hijo! —dijo escandalizada.

—No pasa nada mamá, ¿tú vigilabas no? —le pregunté divertido mientras ella se enfadaba y suavemente me empujaba en el hombro.

—¡Es que no tienes solución!

—Pero no te habrás corrido dentro de Luisa, ¿no?

—¡No! —dije yo alargando la respuesta lacónicamente—. La he sacado y lo he hecho fuera, bajo el agua, ¡ha sido todo un espectáculo! Si te bañas ahora podrás ver la madeja blanca que se ha formado ahí —afirmé divertido.

—¡Eres un guarro! —exclamó ella horrorizada—. Anda vamos a comer ya, no sea que venga alguien y vea tu obra de arte ahí flotando —añadió recogiendo sus cosas.

Tras la comida echamos la siesta la siesta y aproveché para descansar después del polvo mañanero. Luisa no durmió en mi cama pues hacía calor y no cabíamos los dos, así que mi madre la acostó con ella en su cama de matrimonio, pues nuestro piso era pequeño y no teníamos más habitaciones.

Por la tarde salimos a pasear y nos tomamos algo en una de las terrazas del barrio, donde disfrutamos del ambiente relajado que se respiraba en una ciudad semivacía por las vacaciones.

Durante la cena mi madre estuvo charlando muy animada, tal vez demasiado, pues se tomó algunos vasos de tinto con casera y creo que se le debió subir a la cabeza.

—Bueno Ismael, ¿esta noche te apetece dormir con ella en mi cama? —me propuso para mi sorpresa.

—Sí, ¡es buena idea! En tu cama podremos revolcarnos antes de dormir —dije yo con una gran sonrisa.

—Oye, ¿pero aún tienes ganas después de la piscina?

—Pues claro que sí mamá, ya lo sabes —respondí yo sin pensar.

—¡Oh claro cariño, qué tonta soy! —exclamó ella haciéndose la despistada—. No me explico cómo puedes tener vitalidad para hacerlo todos los días y más de una vez.

—Tengo que aprovechar mientras esté aquí, ¿recuerdas? Tú misma me lo dijiste.

—Sí, es verdad.

Un silencio se abrió entre nosotros mientras mi madre jugaba con su dedo acariciando el filo de la copa de vino tinto que estaba a punto de acabarse y no era la primera que se tomaba precisamente.

—Oye Ismael, no dejes de pensar en lo que me contaste de que su madre te pidió mirar

mientras se lo hacías.

Su afirmación me dejó un poco sorprendido, la verdad. Y decidí rascar un poco más sobre el tema.

—No sé, a mí no me importó la verdad, es más fue hasta morboso. ¿Tú querrías hacerlo también?

—¿Yo? ¡Oh no! —dijo algo escandalizada—. Aunque lo cierto es que hoy cuando os vi en el agua sentí curiosidad mientras lo hacíais, no sé.

—¡Está bien, te dejaré mirar! —dije yo con sonrisa pícara.

—¡Oh, hijo qué vergüenza! Pero esto tiene que quedar entre tú y yo, ¿vale? —me advirtió.

Entonces una idea pasó por mi cabeza, como una estrella fugaz se me encendió la bombilla y no dudé en proponérselo a mi madre.

—¡Vale, pero a cambio tú me grabarás mientras lo hago! —le dije para su escándalo.

—¡Tú estás loco Ismael! —dijo ella avergonzada.

—¡Vamos mamá! Tú mirarás y a cambio me grabarás con ella, si no qué saco yo de dejarte mirar, ¿eh? —le dije para convencerla.

Busqué la vieja cámara y la enchufé directamente a una regleta pues la batería estaba inservible, hice una prueba con mi madre y Luisa: ¡Funcionó!

Mi madre comenzó la grabación mientras yo desnudaba a Luisa para la cámara. Luego la paseé desnuda delante del objetivo guardar su bello cuerpo para la posteridad de mis recuerdos. Ella sonreía todo el rato y se lo tomaba como un juego.

—¡Qué guapa es! —dijo mi madre admirándola mientras grababa.

Luego me desnudé yo y también lucí palmito con mi polla erecta.

—¡Oh, Ismael, pero si ya estás...! —dijo mi madre anonadada al verme de tal guisa.

A continuación la senté en el sofá, me arrodillé ante Luisa y le comí el coño para calentarla.

—¿Está saliendo bien mamá? —pregunté yo para intentar romper la tensa situación.

—¡Oh sí, yo creo que graba bien! —exclamó ella apartando la mirada unos instantes de viejo visor para el ojo.

Ni madre estaba muy callada, sentada en una silla mientras Luisa y yo nos acomodábamos en el sofá. Estaba muy metida en su papel de camarógrafa.

Entonces la tumbé y me abriendo sus piernas me coloqué entre sus muslos, dispuesto a penetrarla. Primero la presioné suavemente con la punta, hasta que esta cedió y comenzó a abrirse y lubricarse para dejarme paso. Lucía gimió con el contacto y disfrutó con cada roce de mi miembro en su ya lubricada raja.

—¿Te gusta? —me atrevía a preguntarle a mi madre una vez más.

—¡Oh sí, está quedando muy excitante! Tienes un buen miembro, ¿sabes? —afirmó para mi sorpresa.

—¿Te gusta? —repetí sonriente sujetándolo mientras lo sacaba de Luisa.

—¡Qué vergüenza hijo, no hagas eso que estoy grabando! —se escandalizó ella tapándose la boca con sus dedos.

Estaba muy nerviosa, en cambio yo estaba muy relajado y disfrutando del momento.

—Voy a cambiar de postura, ahora se lo haré por el culo, ¿vale?

—¡Oh bueno! Tampoco tienes que informarme de nada, ¡que yo no soy la directora ni nada parecido! —protestó ella tan nerviosa como antes.

—Ya lo sé, pero bueno, algo tenemos que hablar, ¿no? Si no resulta un poco violento, ¿no crees?

—Bueno si —admitió ella finalmente.

Puse a Luisa a cuatro patas sobre el sofá, mirando hacia el respaldo, entonces le pedí a mi madre que se acercara.

—¡Saca un primer plano de su culo, acércate, vamos!

—¡Pero hijo, eso es una obscenidad! —protestó ella.

—Tú eres la que quiere mirar no, ¡vamos hazlo!

—¡Está bien, está bien! —obedeció a regañadientes.

Se acercó y comenzó a grabar su trasero y su raja mientras yo separaba sus cachetes y le acariciaba su surco de labios hinchados y muy lubricados. Luisa sonreía mientras miraba hacia atrás y nos veía enfrascados en la grabación. Era muy curiosa y el sexo era algo que le encantaba, se la notaba muy sensual en todo momento.

—Mira qué culito más suave tiene esta niña —dijo para mi sorpresa mi madre acariciándole su trasero mientras grababa.

Ni corta ni perezosa le acarició la raja de su sexo con la yema de su dedo corazón.

—¡Oh, y qué excitada se la ve! —exclamó al tacto de sus jugos.

—¡Métele el dedo! —le ordené.

—¡Cómo dices! ¡Oh, cariño eso no estaría bien! —protestó ella retirando su mano.

—Venga, pásame la cámara y acaríciala mientras yo te grabo ahora —le ordené arrancándosela casi de su mano.

—Pero, no sé si debemos hacer esto Ismael, no está bien —repitió ella avergonzada.

—Será nuestro secreto mamá —susurré yo.

Tardó unos momentos en adoptar su nuevo rol en aquella película casera. Yo paciente esperé hasta que, a través del visor electrónico de la cámara, pude contemplar como mi madre posaba sus manos en el trasero de Luisa y acariciaba su piel suave y aterciopelada. Luego separó sus cachetes como yo ya hiciera antes y paseó sus yemas por el surco lubricado de Luisa, esta gimió y luego volvió a gemir cuando el dedo de mi madre desaparecía en su suave interior.

Yo seguí grabando y contemplé unos segundos más cómo mi madre la penetraba.

—¡Mira cómo le gusta! —dijo sonriendo ésta.

—Ya lo veo mamá, ¿y sabes qué? ¡Que no puedo esperar más! Toma tú la cámara y sigue

grabando —le volví a ordenar.

Solté la cámara y muy excitado arrimé mi verga a su raja y la penetré desde atrás. Mi madre sorprendida se quedó a mi lado grabando la escena desde muy cerca.

—¡Oh Ismael, esto es una obscenidad! ¡Pero qué excitante! —admitió.

Saqué mi verga y la froté contra sus cachetes, con objeto que mi madre la grabara en primer plano y luego la hundí de nuevo en su raja haciéndola desaparecer.

Como el día anterior la penetré con mi dedo en su ojetete mientras la follaba.

—¡Pero hijo! ¿Estás haciendo lo que creo que estás haciendo? —preguntó mi madre escandalizada de nuevo.

—Tranquila mamá que ya verás cómo esto le gusta —le dije yo y agregué—confía en mí.

Seguimos follando un rato. Yo me lo tomé con calma esta vez y lo hacía despacio para no correr el riesgo de correrme rápidamente. Miraba a mi madre y ella parecía ensimismada por la grabación que estaba realizando y tal vez un poco avergonzada.

—Mamá, ¿te gustaría masturbarte mientras nos miras? Por mí puedes hacerlo.

—¿Cómo? ¡Oh no hijo, puedo esperar! —se apresuró a afirmar ella.

—Vamos no seas tímida —insistí yo jocosamente.

—¿Pero hijo qué pretendes? —interpeló ella alejándose de mí.

—No pasa nada —le dije yo intentando incitarla a que diera rienda suelta a sus deseos y se masturbase viéndonos.

—¡Ismael, no seas grosero hijo, que soy tu madre! —protestó ella.

Entonces decidí que ya había sido bastante por hoy y deliciosamente me dejé ir, para ello saqué mi polla y seguí frotándola entre sus lubricados y blancos cachetes, hasta que ya no pude más y me corrí ante el ojo electrónico de la cámara, derramando mi blanco esperma en su culo y espalda, que comenzó a salir primero en alocadas andanadas y al final mansamente de mi glande, mezclándose con el flujo lubricante de su raja y quedando atrapado entre sus cachetes como en una presa.

—¡Oh Ismael, qué grosero! —dijo mi madre más escandalizada que ofendida.

Me limité a sonreír y retirarme dejando a la pobre Luisa toda pringada de mi leche.

—¿No la limpias? —protestó mi madre ahora sí ofendida.

—¡Oh mamá, es que estoy exhausto! —respondí socarronamente.

—¡Desde luego todos los hombres sois iguales! —protestó ella soltando la cámara y yéndose a la cocina a por papel para secarla.

Amorosamente la limpió ante mi mirada en el sofá anexo. Luisa estaba muy sonriente, la verdad es que no noté que se hubiese corrido por lo que cuando mi madre pasó por su coño para secarla esta ronroneó como una gatita en celo.

—¡Mira la pobre, no se ha corrido! —Se lamentó mi madre.

Entonces vi como sus dedos acariciaban su raja, aún de rodillas en el sofá donde la había

tomado antes.

—Pues creo que esta jovencita necesita terminar hijo, ¿no te animas a seguir un poco más con ella?

—¡Uf, mamá, me temo que la tengo ya flácida y no tiene pinta de querer levantarse —le contesté ante la evidencia.

Ni corta ni perezosa mi madre siguió tocándola y mostrando gran deleite por ello mientras Luisa se contoneaba y gemía ante sus atrevidas caricias.

—Pues entonces tendré que terminar lo que tú no has acabado hijo. Así que bueno, me la llevo a la ducha y luego la acuesto conmigo en mi cama sin que te importe, ¿vale? —dijo mi madre tomándola de la mano.

—¿Pero entonces, cuando te la lleves a la cama, qué le harás?

—Bueno, pues este cuerpecito se merece que una experta como yo saque lo mejor de él, ¿no crees? —contestó mi madre melosa.

—¿Y yo, puedo mirar?

—¿Tú, pues no se estabas tan cansado que lo mejor es que nos dejes tranquilas y vayas a dormir?

Sin resignarme a ver el espectáculo dejé el salón y me oculté en mi cuarto, esperando que mi madre y Luisa saliesen de la ducha para ir a su dormitorio.

Cuando las oí salir de la ducha, me asomé por la rendija de mi puerta entreabierta, allí vi como mi madre la besaba en el mismo pasillo, dulcemente chupándole los labios. La escena me pareció muy tierna y al mismo tiempo excitante.

Así que ajenas a mis miradas, en cuanto se metieron en el cuarto anduve por el pasillo sin zapatillas para no hacer ruido y me puse a observarlas en la penumbra de la noche desde la puerta sin que éstas se apercibieran de mi presencia.

Mi madre echó a Luisa en la cama, desnuda, su cuerpo fue iluminado débilmente por la farola que había frente a nuestro piso. Una vez allí abrió sus muslos y se zambulló entre ellos para comerle la raja, según pude comprobar oculto entre las sombras.

Todo era muy sutil, la luz tenue, las sombras dibujándose en la penumbra mientras unos gemidos inconfundibles, los de Luisa, lo inundaban todo mientras mi madre se afanaba por complacerla entre sus blancos muslos abiertos.

Podía imaginarme su lengua recorriendo sus finos labios vaginales, apartando sus suaves pelillos públicos con los dedos para separarlos y así acceder a su néctar, como la abeja separa los estambres para beber de la flor.

Ella también estaba desnuda, yo podía admirar su piel grisácea a la luz mortecina de la farola de la calle, donde se dibujaba su culo redondeado, se arqueaba su espalda y se hundía su espina dorsal provocando una oscura sombra que la recorría hasta la base de su nuca.

Tras un buen rato de disfrute, mi madre se incorporó y gateando por encima de las sábanas pasó su cuerpo hasta colocarse encima de la joven. Se besaron de nuevo en los labios, luego se separaron, un suspiro en el vacío las hizo estremecerse. Luego mi madre la cubrió, como sólo

un macho podría hacer. Con Luisa muy abierta de piernas, mi madre se echó encima suyo y como si fuese el macho comenzó a moverse y restregarse contra su joven cuerpo de piel blanca y nacarada.

Nuevos suspiros se escucharon, el resoplar de las respiraciones agitadas, los cuerpos retozando, tal vez sus rajas entrechocando provocando suaves succiones, el placer de una mujer amando a otra mujer. De una maestra enseñando a su alumna y de ambas disfrutando sin pudor en la intimidad que les proporcionaba aquel dormitorio, ajenas a mí, que me ocultaba entre las sombras, yo era una sombra más, testigo de aquel acto delicado y sublime, una joven doncella iniciada por la sacerdotisa madre, en un mundo de placer lésbico.

Chupó sus pechos y Luisa chupó los suyos cuando mi madre se los ofreció. Luego mi madre se echó hacia atrás y entrecruzó sus piernas con las de Luisa, así siguieron sus frotos sexuales, en lo más íntimo de ellas, ahora sus sexos sí estaban en íntima unión de nuevo, casi podía oírlos restregándose, sudorosos, muy lubricados, deslizándose uno sobre el otro sin fricción.

Gemidos y más gemidos, el cálido ambiente que provocaban hizo que mi verga de nuevo se empalmara y tentado estuve de entrar y unirme a aquel acto sensual e íntimo, pero precisamente por esto último no quise interrumpirlo, no quise profanarlo con mi verga, pues aquellas mujeres, cuan diosas del Olimpo se hubiesen sentido tal vez avasalladas por la irrupción, así que supe contentarme con la mera visión del espectáculo, tiempo tendría de rememorarlos en mis momentos onanísticos cuando Luisa, lamentablemente nos dejase, tras las vacaciones.

El éxtasis llegó, ambas se retorcieron de placer, mi madre especialmente tembló, como un junco agitado por el fuerte viento en el pantano, sin duda apretó sus dientes y frotó su sexo con más fuerza si cabe, cerrando las pinzas de sus piernas para sentir en más íntimo contacto, si es que eso era posible, la suave piel de Luisa, quien soltó unos grititos de satisfacción, pues tal vez para ella también había llegado otro momento especial de la impúdica noche.

Así terminó también la función para mí, el voyeur que la había estado contemplando y admirando. Cuando ambas se acurrucaron una junto a la otra, yo me giré para buscar mi cama, pues mucho era ya el cansancio que también que yo acumulaba.

La Isla del Pecado

Náufragos

15 de febrero de 1621

Me acuerdo de aquella tarde en que estaba tumbada en la playa echando la siesta, mis hijos habían ido de caza y cuando me desperté, me levanté para hacer mis necesidades y fui a ocultarme detrás de unas rocas, pero cuando me acercaba, para mi sorpresa descubrí a Carlos tumbado en la playa junto a las rocas hacia donde yo iba, oculto tras ellas.

Inocentemente creí que descansaba, pero cuando me fijé bien, descubrí que se había bajado los pantalones y su pene estaba erecto mientras él lo tomaba con su mano y se masturbaba, al parecer con gran deleite, acelerando y parando a los pocos segundos, continuando más despacio otro ratito y volviendo a acelerar.

Me causó mucha impresión y me agaché ocultándome rápidamente tras el tronco de una palera que caía a la arena y se alargaba hasta el mar. No me vio, ya que mientras lo hacía mantenía sus ojos cerrados, seguramente como yo hacía, ¡tal vez imaginándome desnuda! — pensé yo escandalizándome.

Entonces, de inmediato, una intensa curiosidad se apoderó de mí y volví a asomarme, parapetada desde mi escondite.

Continué observando cómo asía su miembro y lo movía enérgicamente. Rememoré los primeros encuentros sexuales con mi marido, cuando él, bajo las enaguas de la mesa me forzaba a palpar su miembro y a masturbarlo.

Pero ahora era distinto, o al menos me lo parecía, pues era mi hijo y aunque yo lo hiciera con mi marido, nunca llegué a bien su falo erecto, pues siempre lo hicimos a oscuras o en la tenue penumbra de una vela en la que nuestros cuerpos se dibujaban entre brumosas sombras.

Ahora Carlos, desnudo por completo y plenamente desarrollado, mostraba su cuerpo sin vergüenza, ajeno a mis observaciones y se entregaba a su masturbación igualmente ajeno a ellas. Mis ojos se clavaban en su falo erecto, y admiraban su forma y su tamaño, sin poder apartar la vista de ellos.

Seguí mirando hasta el final, hasta que su joven cuerpo se tensó en el suelo como un arco sobre la arena y dio varios espasmos mientras por su mano resbalaba el líquido de su masturbación, al igual que lo hacía por las mías cuando era yo la que masturbaba a mi marido.

De nuevo los recuerdos volvieron a mí, calientes recuerdos de calientes escenas de mi juventud amorosa junto a mi marido, cuando nos descubríamos mutuamente y nos entregábamos con inmenso pudor al placer y al sexo.

Luego se levantó y fue a la orilla a lavarse tanto sus manos como sus partes.

Estaba tan terriblemente excitada que aproveché el momento y huí, busqué un refugio para entregarme a mi placer de una forma que no imaginaba que pudiese hacerlo.

Llegué a introducir mis dedos en mi sexo, cosa que nunca hacía, pues siempre me hacía sentir fatal imaginarme el pecado que ello implicaba, de forma que me limitaba a acariciarme por fuera y como mucho deslizar un dedo levemente por mi surco.

Pero aquella tarde me vi, fuera de mí, penetrándome con mis dedos como una desesperada, con uno con dos y con hasta tres, mientras con la otra mano me frotaba todo mi sexo.

No contenta con esto, alcancé a ver un fruto tropical alargado, era muy dulce y lo solíamos comer hasta que se terminaron, pero allí quedaba uno. Su forma me recordó la de un falo erecto así que presa de mi excitación lo tomé y lo introduje en mi sexo.

Gocé como ya no recordaba al sentirlo dentro, por mi mente se cruzó una escena del falo que acababa de ver de mi hijo y me imaginé que éste me penetraba. ¡Si, era terrible! Pero estaba tan sola en aquella isla perdida.

Me sentí muy culpable por ello, pero seguí y seguí penetrándome hasta que un placer tan grande se apoderó de mí que me hizo caer de bruces contra el suelo mientras me retorció en un éxtasis ímprobo.

Tras esto, noté que mi sexo me dolía y empecé a pensar que aquella loca idea iba a tener sus consecuencias, como así descubriría después. El fruto me había irritado mis partes íntimas con su roce.

A continuación, me arrepentí de mi pecado, tan intensamente como me había entregado al goce, pero más tarde concluí que tal vez el señor supo poner aquella tarde allí a mi hijo para que yo aliviara mi sufrimiento en aquella isla y me olvidara por unas horas de nuestra desgracia. Esto apaciguó mis pensamientos y me sobrepuse.

13 de junio de 1621

A partir de aquel día, seguí acechando a Carlos, quien casi todas las tardes volvía al mismo sitio para masturbarse. Mientras yo me unía a él espiándolo desde cerca. Me deleitaba contemplando su larga verga, cómo él la movía arriaba y abajo y finalmente, cómo esta escupía su semilla al terminar. Todo un espectáculo para recrear la vista de una mujer sola en una isla desierta.

La vida en la isla se estaba haciendo monótona y salvo por mis deslices por las tardes espiando a mi hijo, el día se resumía en buscar algo que comer y un poco de leña y hojas secas para encender fuego que nos permitiese cocinar y calentarnos en las noches cuando refrescaba.

Como la isla era grande y aún no sabíamos si había indígenas o incluso otros náufragos desdichados como nosotros, nos dedicamos a hacer excursiones para conocerla y así completamos su circunvalación andando por las de las playas o subiendo a las rocas donde no había playa y los acantilados se sumergían en la espuma de las olas que rompían contra ellos.

Ahora estábamos seguros de que estábamos solos, de que la isla era bastante grande y que podía proveernos de suficientes recursos alimenticios y que nadie más había allí, salvo nosotros.

La relación con mi hijo Carlos cambió mucho desde que tomé la decisión de echarlo de mi cama, pues casi no me hablaba y si lo hacía mostraba su mal humor

Pero desde que empecé a espiarlo en sus masturbaciones todo cambió, ahora yo lo mimaba más, de vez en cuando le daba un beso en la mejilla y le decía lo mucho que lo quería, y hasta me permitía acariciarle su fornido pecho desnudo bromeando sobre lo fuerte que estaba. Admito que este acto me excitaba y que no me resistía a hacerlo a pesar de mis remordimientos, sobre todo porque luego lo recordaba en mis masturbaciones y me excitaba

muchísimo.

Él a cambio, me complacía también cazando las aves para la noche, me ayudaba a desplumarlas con agua caliente que el mismo traía del lago y hasta me traía flores para que me las pusiese en el pelo o alguna fruta exótica y deliciosa para comer.

De repente empecé a notar que él también me acechaba, cuando iba a hacer mis necesidades o cuando me bañaba. Lo cual complicó mis expiaciones, pues éramos como el ratón y el gato intentado darse esquinazo, pero buscándose para el almuerzo.

En el fondo esto me divertía, dado el poco trabajo que teníamos en la isla, estos momentos eran como la sal y la pimienta en aquella isla desierta.

Y comencé a jugar con él. Dejaba que de vez en cuando él viese cuando me bañaba cubierta por mi camisón, me mostraba desnuda bajo la tela mojada, sabiendo que mis encantos se transparentaban a través de ella, ¡incluso la pegaba yo misma bajo mis pechos y cintura para que mi figura fuese más evidente! A él se le abrían los ojos y yo le sonreía, esto me divertía mucho.

Ellos se bañaban conmigo también yo notaba como él se excitaba pues sus calzoncillos crecían y crecían y con pudor lo obligaban a meterse bajo el agua para ocultarse de mi vista. Yo lo miraba con descaro y reía, incluso lo invitaba desde la orilla, con mi camisón mojado, a que saliese a frotarme la espalda con el jabón. Él se excusaba para no salir con su patente erección y entonces era Daniel quien lo hacía y me frotaba ante su vista.

Otras veces, estábamos buscando algo que comer y Daniel se alejaba, entonces pedía a su hermano que vigilase y me agachaba para hacer pis pidiéndole que no mirase, aunque la tentación era fuerte y seguramente lo hacía, pues yo me ponía de espaldas a él, por recato, así que seguramente se giraba y de reojo contemplaba mis nalgas desnudas mientras yo hacía mis necesidades.

Esto también dio sus frutos, pues Carlos se masturbaba con más frecuencia, cambiando de sitio para hacerlo, ya no siempre se iba tras las rocas alejadas de la playa, ahora lo hacía en cualquier parte cuando le entraban ganas. Lo cual hacía más divertido espiarlo y acecharlo, aunque no siempre lo encontraba.

Yo seguía durmiendo con Daniel, el dulce e inocente Daniel, y a veces mientras dormía, ¡Dios me perdone! Le acariciaba sus duras y suaves nalgas, luego le palpaba su miembro viril logrando que este creciera bajo la tela de sus calzoncillos, mientras, yo me acariciaba bajo mi camisón.

Noches de Insomnio

La hija de Dorothy

El cuarto de baño de Dorothy era pequeño pero coqueto. Los azulejos de las paredes eran azules y contrastaban el plato de ducha que era del color de la arena en la playa, al igual que el aseo, la taza del váter y el bidé.

Evolet lucía su hermoso cuerpo desnudo cuando su madre la animaba a entrar en la bañera, allí cogió la alcachofa de la ducha y comenzó a regar su cuerpo tras comprobar que la temperatura del agua era la adecuada.

A ella le extrañó que su madre llenara la bañera, pues nunca tomaba baños. Sólo se duchaba y lo hacía sola, por eso aquella noche le extrañó que su madre estuviese presente, e intentó que se marchase, pero Dorothy insistió en quedarse.

Probó el agua y vio que estaba a la temperatura idónea, así que tomó de la mano a Evolet y esta entró a la bañera no sin un poco de forcejeo, pues le molestaban las situaciones nuevas o extrañas como era el caso. Finalmente aceptó sentarse en el agua y tras el contacto con el líquido elemento no pareció desagradarle así que sí, el baño estaba en su punto.

Por su parte Dorothy había meditado durante la tarde acerca de la atrevida sugerencia de su amiga Lindsay. Y aunque no las tenía todas consigo, pensó que por probar no se pierde nada. De modo que comenzó a enjabonar su espalda suavemente, luego sus brazos y sus hombros y pasó a la parte de delante.

Sus pechos eran menudos y su vientre prácticamente liso pues Evolet era muy delgada. Dorothy enjabonó todo su vientre y luego pasó la esponja por su canalillo, dejando para el final sus pequeños y firmes pechos.

Allí se detuvo y con la esponja humedecida y con abundante jabón los acarició con ella en círculos. Evolet pareció estar receptiva ante estas inesperadas caricias y sus pezones se erizaron y se pusieron duros. Tenía las areolas pequeñas y de color marrón, coronadas por sus pezones un poco más oscuros. No pudo evitar que aquellas caricias en sus tetitas le provocaran una media sonrisa dibujada en su cara, un detalle que no pasó desapercibido para su madre.

Cuando Dorothy la vio pensó que le indudablemente aquello le estaba gustando, así que supo que iba por el buen camino...

Bajó la esponja y pasó a sus piernas, primero empezó por los pies, sacando estos del agua y enjabonándolos, bajando por las pantorrillas y luego por sus muslos. Primero uno y luego el otro...

Evolet observaba cada uno de sus movimientos y su mirada la hacía sentir avergonzada, así que Dorothy no estaba segura de si continuar o parar.

Finalmente convino en darse un poco de tiempo y no ir directamente, por lo que siguió frotando su espalda y colocándose tras ella dejó de sentirse observada. De forma que su esponja de nuevo acarició sus pechos y luego fue bajando hasta colarse bajo el agua y llegar a lo más íntimo de Evolet...

—¡Oh! —dijo Evolet con un suspiro al sentir el íntimo contacto.

Dorothy lo oyó perfectamente y sintió un escalofrío recorrerle la espalda en ese preciso momento. Tentada estuvo de retirarse, pero luego se calmó y sin sacar la esponja del agua siguió frotándola entre sus ingles íntimamente.

Un nuevo suspiro de Evolet le indicó que aquello le gustaba, así que el dilema ahora era seguir o parar...

Dorothy aún no lo tenía claro, así que volvió a sus pequeños pero firmes pechos y se concentró en ellos. Ahora pasó de la esponja y usó ambas manos desnudas, cogiéndolos a la vez y masajeándolos directamente.

Sintió el jabón correr por su piel y sus dedos deslizarse por sus senos. Sus pequeños pezones, que ya estaban duros y puntiagudos, se deslizaban por entre sus dedos mientras los acariciaba y de vez en cuando los capturaba con las yemas a modo de pinzas.

—¡Oh! —¡gimió Evolet ahora con más fuerza!

Su madre estaba aturdida y al mismo tiempo confundida, ¿qué hacer ahora?

Tímidamente retomó la esponja y bajándola su vientre y la colocó bajo su sexo, comenzando a frotarlo muy suavemente con ella. Los gemidos de Evolet le decía que seguía por el buen camino, así que Dorothy ya ni se lo planteaba.

No podía creer lo que estaba haciendo, pero allí estaba, casi era media noche, mientras usaba la esponja para frotar el sexo de su hija y así intentar relajarla y que la dejase dormir.

Finalmente abandonó la esponja y usó sus propios dedos para explorar el sexo de Evolet. Usó su índice y su anular para abrir sus labios vaginales, mientras el corazón se paseaba arriba y abajo por el surco abierto entre sus dedos, lo cual arrancó un hondo suspiro de Evolet.

Siguió recorriendo su surco, hundiéndolo suavemente la yema de su dedo corazón en él, buscando el hoyito que daba acceso a su entrada...

Mientras ella exploraba, Evolet se aferraba al brazo que usaba y gemía cada vez más alto. Por su parte, Dorothy comenzaba a tranquilizarse, así que se concentró en hacerla llegar al orgasmo rápidamente, pasando a un masaje clitoriano directo, mientras con la otra mano seguía acariciándole sus pechos con la esponja y eventualmente pellizcándole los duros pezones puntiagudos.

La idea funcionó a las mil maravillas, Evolet respondió con agitación en todo su cuerpo. Su excitación creció rápidamente, a pesar de las pocas caricias que le había dedicado su madre desde que comenzó a ducharla.

Deseando terminar lo antes posible, una desatada Dorothy aceleró la velocidad de sus frotos clitorianos y consiguió el ansiado orgasmo de Evolet, quien se estremeció aferrándose con ambas manos al brazo que su madre usaba para acariciarla tan íntimamente allí abajo. Cerrando con fuerza sus muslos atrapó su mano entre sus ingles y mientras sentía estertores de puro placer, resoplaba agitadamente y apretaba su brazo.

Finalmente se calmó, como ocurre tras la tempestad, entonces la madre aclaró su cuerpo y la secó, para cuando se dio la vuelta Dorothy fue capaz de mirarla a los ojos a ver su reacción, su cara no expresó mucho, pero por unas milésimas de segundo sus labios se curvaron hacia arriba en una media sonrisa de aprobación que inmediatamente su madre identificó con agrado.

La acostó y ésta se empezó a quedar ya plácidamente dormida entre las sábanas nada más tocar su cabeza la almohada.

Saliendo a hurtadillas de su cuarto la madre sintió una emoción inesperada: ¡Qué bien por fin podré dormir! —pensó para sus adentros...

(...)

Dorothy estaba sudada, así que ahora era ella la que necesitaba esa ducha para terminar el día, de modo que se desnudó y entró.

Mientras el agua caliente caía y remojaba su cuerpo desnudo, cerró los ojos y se dejó acariciar por las miles de gotitas que la relajaron y la confortaron.

Sólo entonces fue consciente de lo que acababa de hacer y sintió escalofríos, ¿cómo había podido masturbar a su propia hija? Se sentía avergonzada, pero parecía que había surtido efecto, ¡y por fin esta noche podría dormir!

Pronto comprobó que aquella medida había tenido unos efectos secundarios imprevistos en ella, pues como toda medicina, tenía efectos secundarios.

Cuando se pasó la esponja por sus labios vaginales sintió lo sensibles que los tenía, así como sus pezones. Se había puesto muy caliente y la causa fue la masturbación de su hija.

Esto trajo a su memoria sus primeras veces, cuando al igual que aquella noche se encerraba en el baño y aprovechaba su intimidad para acariciar su joven cuerpo, un joven cuerpo que no distaba mucho del de Evolet.

Se acariciaba sus pechos bien enjabonados, luego bajaba sus manos y hundía sus dedos en su rajita, la que comenzaba a oscurecerse por la afloración inevitable del vello púbico.

Luego se aplicaba la alcachofa con sus potentes chorros en su excitado sexo, para esas alturas, sólo con la fuerza caliente del agua se excitaba mucho, tanto que podía alcanzar el orgasmo. Decenas, tal vez cientos de orgasmos disfrutados en la ducha de su casa, hasta bien pasada la pubertad.

A Dorothy le encantaba masturbarse y esta noche, décadas más tarde de aquellos tiernos recuerdos, ¡tenía unas intensas ganas de hacerlo!

Bajó a su rajita excitada y la recorrió con sus dedos, pero lo hizo desde el culo, como antes hiciera a Evolet, pensó entonces qué sensación debió sentir su hija, tal vez la misma que ella sentía ahora rememorándolo y emulándolo. Estaba tremendamente lubricada, le hubiese gustado una polla que la follase en aquel momento pero hacía años que no tenía contacto carnal con varón, después de su divorcio no había mantenido relaciones con nadie.

Por supuesto que Dorothy se masturbaba regularmente, eso es algo que todo el mundo necesita, tanto hombres como mujeres. Pero hoy deseó más que nunca tener una polla que la follase y bueno, a falta de pan buenas son tortas. Introdujo sus dedos en su sexo, primero uno, luego dos y luego hasta con tres se folló. Lo hizo apasionadamente, imaginando que un barón la cubría y la penetraba con su gran polla.

Se sentía muy guarra, se puso en cucullas y se acarició el clítoris con una mano mientras se penetraba con la otra. Hizo un pis entre medio de tanta calentura y luego siguió acariciándose con sus dedos manchados de pis. Se sentía muy guarra y esta última acción la catapultó al un

orgasmo terrible, se estremeció, volvió a perder pis mientras se corría y temblaba de placer, se sentó en el plato de ducha y dio pequeños saltitos mientras apuraba las últimas oleadas de placer.

Se duchó y limpió su sexo a conciencia, pues se sentía muy sucia, luego se aclaró y secó su cuerpo y se fue a acostar, vestida únicamente con sus bragas, pues hacía mucho calor.

¡Y esa noche por fin pudo dormir a pierna suelta!

Cosas que una madre no debería conocer...

Mi madre, mi mejor amigo y yo

Cuando Susana entró a su salón, ni por un momento pudo imaginar lo que allí contemplaría. Una escena que trastocaría sus principios, bien asentados hasta ese momento en su placentera vida...

Había pasado toda la tarde como suele decirse: "de tiendas..." Y estaba algo cansada. Así que pasó a su piso, dejó las bolsas en la entrada, junto a su abrigo y su bolso y tras colgar las llaves en un pequeño retablo junto a la puerta, pasó a la cocina a beber un poco de agua.

Mientras bebía recordaba el incidente de la tarde, algo sorprendente había tenido lugar en aquel probador y ni ella misma podía creerse que tal cosa pudiera sucederle, pero por suerte sólo fue un pequeño contratiempo.

Se preguntaba si su hijo Adri habría vuelto ya del parque, donde solía ir con su mejor amigo Marcos. Así que con ganas de hacer un pis pasó al salón y allí fue cuando se encontró el pastel...

En la televisión estaba apareciendo una voluptuosa mujer, encaramada a un hombre fornido con barba, cuyo gran miembro viril se clavaba en lo más íntimo de ella desde abajo. Esta como una diosa, estaba siendo adorada por él mientras la miraba sumiso y ella, cogiéndose el pelo subía y bajaba clavándose su herramienta obscenamente.

Pero de repente lo su mirada pasó al sofá, donde su hijo Adrián estaba junto a su amigo Marcos y en la penumbra vio claramente como ambos estaban con sendas erecciones "al aire", apuntando estas al techo y cómo súbitamente sus manos, que estaban tocando la que no era la suya, se retiraban rápidamente y guardaban la herramienta propia dentro del pantalón. No sin cierta dificultad pues su erección parecía imposibilitar que tal operación tuviese éxito con la rapidez necesaria...

—¡Mamá, has vuelto! —dijo Adri sorprendido tratando de hacer entrar aquello en su pantalón de nuevo.

—¡Oh Adri, perdonad, tengo prisa voy a hacer un pis! —dijo ella apresurando el paso, sintiendo que había interrumpido algo demasiado íntimo...

Mientras el potente chorro caía en la blanca taza, ella no se lo creía. Con sus codos apoyados en sus muslos, sus braguitas por las rodillas y su vestido por la cintura, cavilaba acerca de las impactantes imágenes que había intuido en la penumbra iluminada por la gran pantalla en el salón. ¿Cómo era posible? —se preguntaba mientras pensaba en su hijo Adri.

Cortó un gran trozo de papel, lo hizo una bola y a continuación lo pasó por su intimidad. Al hacerlo miró allí abajo y descubrió su calentura sobre la celulosa blanca. ¿Estás cachonda? —se preguntó a sí misma en voz alta—. No aquello no era posible, pero tal vez tuviese que ver el incidente del probador, aunque ahora, toda su atención se centraba en la impactante escena del salón.

Se subió sus bragas y a continuación lavo sus manos, se desmaquillo con una esponjilla de algodón y agua miscelar y luego lavó su cara para terminar.

Mientras se secaba con la toalla miraba su rostro reflejado en el espejo. Aquella imagen

denotaba una mujer madura, con experiencias vividas, unas felices y otras no tanto, con placeres disfrutados, rutas prohibidas exploradas y sentimientos encontrados.

Cuando volvió al salón todo parecía en calma. Adri había cambiado el canal de la tele y veía vídeos musicales mientras distraído permanecía sentado en el sofá del salón con una pierna sobre su rodilla, donde antes estuvo en una posición más incómoda.

—¿Se ha ido ya tu amigo Adri? —preguntó Susana.

—¡Oh sí mamá! Verás, respecto a lo de antes...Vdddfad —dijo Adri intentando explicarse.

—Tranquilo Adri, no pasa nada creo que he interrumpido algo y lo siento, ¡créeme! Anda tengo hambre, ¿me ayudas con la cena y comemos algo?

Adri asintió y levantándose la siguió a la cocina.

Allí sacó una bolsa de ensalada de la nevera y comenzó a picar los complementos, un poco de surimi, queso, dátiles y frutos secos. Preparando un bol grande para ambos.

—Verás mamá, siento lo del salón —dijo Adri mientras pelaba unos tomates.

—No te preocupes Adri, ya eres adulto y puedes hacer lo que creas conveniente. No tienes que darme explicaciones si no quieres.

—Sí, pero quiero hacerlo —dijo Adri—. Es que en los últimos meses han pasado cosas entre Marcos y yo, ¿sabes?

Así comenzó su hijo Adri a contarle lo sucedido...

«Un día, en casa de Marcos me enseñó las revistas porno de su padre. Éste tiene muchas y bueno, me regaló una de ellas. El caso es que comenzamos a masturbarnos con estas revistas en su cuarto.

Al principio me daba un poco de corte hacerlo, pero el deseo despertado por aquellas imágenes nos inspiró a ambos. Así que ese día nos corrimos juntos en su cuarto.»

—Ya sé que es un poco fuerte mamá, si te molesta omito los detalles.

—No te preocupes Adri, no me molesta, entiendo que esos detalles son importantes para ti, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí —dijo su hijo antes de continuar con su historia.

«Ese día fue especial, era la primera vez que lo hacíamos y tal vez eso le dio más morbo. Así que otro día repetimos en mi cuarto y también fue bien. Ese día tú además estabas en la casa por lo que le daba un poco más de morbo.

Luego nos atrevimos y alquilamos una peli porno que vimos aquí en nuestra casa y bueno, te parecerá mal que vea porno, ¡pero es que es muy excitante!»

—Bueno hijo. Al final es inevitable, todos lo hacéis, ya descubrí tu revista en tu cuarto —dijo Susana sentándose ya a la mesa.

—¡Ah sí, creí que la tenía bien escondida! —dijo Adrián sonriendo sorprendido.

—Bueno, si te sirve de consuelo fue un accidente —le confesó Susana—. Pero bueno sigue con lo que me estabas contando.

«¡Claro! El caso es que nuestras masturbaciones juntos eran mejores que las que teníamos

por separado, no sé por qué mamá, tal vez sea como cuando se estudia con otra persona y esto te motiva.

Nos comenzamos a masturbar en el parque, dando un paseo por el campo. Al tiempo que nos contábamos historias sobre cómo sería hacerlo con tal o cual profesora, o con tal o cual mujer que conociamos.

Te vas a sorprender, pero Marcos tiene una fantasía sexual contigo, ¿lo sabías?»

—¡En serio! —dijo Susana efectivamente sorprendida—. Pues no me lo esperaba la verdad, pensaba que os gustarían más las chicas jóvenes.

—Te equivocas mamá, nos ponen más las maduritas —rio Adri.

—¡Ah gracias por lo de madurita! —dijo Susana bromeando, en el fondo se sentía así pero no es agradable oírlo en boca de otro—. Pero Adri, perdona que te lo pregunte pero antes, ¿os las estabais tocando el uno al otro?

—Bueno si, a eso iba, es que un día estábamos también aquí en nuestro salón solos, viendo la peli porno que habíamos alquilado y Marcos me hizo una proposición: ¿por qué no nos masturbamos el uno al otro? —me dijo para mi asombro.

—¿En serio? Y tú qué le dijiste —preguntó la madre sintiéndose muy intrigada por la revelación.

—¡Pues que no! —sentenció Adri—. Pero él insistió otro día y también me negué, pues me daba mucha vergüenza. Y me preguntaba qué ocurriría si me gustaba, ¿sería yo gay?

«El caso es que un día en su casa, estando en su cuarto estábamos masturbándonos y casi nos pilla su hermana, que entró de repente. El incidente hizo, no sé, como que fuese más peligroso y nos seguimos masturbando con más ganas si cabe. Entonces él no me lo preguntó, simplemente me la cogió y comenzó a moverla. ¡Yo me impresioné y traté de apartarlo, pero estaba ya a punto y me corrí en el forcejeo sobre el suelo de su cuarto!

Estaba tan sorprendido que casi de inmediato se la cogí también a él y como si de una venganza se tratase lo masturbé hasta conseguir que se corriese también. ¡Estábamos muy excitados!»

—¡Oh Adri, qué impactante! ¿Y luego qué paso? —dijo su madre muy intrigada.

—Pues nada, limpiamos todo y nos despedimos. No dijimos nada, yo creo que estábamos igualmente avergonzados y durante unos días hasta nos costó vernos y quedar después de clases. Pero lo hablamos, él me dijo que no quería ofenderme con aquello, que fue una idea loca que tuvo, pero yo le confesé que me gustó y allí mismo nos masturbamos de nuevo, escondidos entre los setos del parque.

—¡Oh vaya Adri! —dijo Susana sin saber qué hacer a continuación.

—El caso es que hoy hemos repetido aquí en el salón y bueno, ya sabes el resto...

—¡Y os he interrumpido! ¿Qué rabia no?

—Bueno, no importa ha sido un accidente. ¿Te ha molestado pillarnos así?

Susana se detuvo ante aquella pregunta, sin duda todo había confluído hasta aquel momento clave. Lo que dijese a continuación tenía que estar medido, cada palabra, cada gesto de su

respuesta...

¡Uno de sus mejores polvos!

La Terapia

Leonor ya no sentía ningún tipo de vergüenza en aquella sala de espera. La chica que hacía de recepcionista le dijo que hoy el doctor llegaría un poco más tarde y la invitó a tomar un café o una infusión ante lo cual Leonor aceptó.

Pasaron al piso donde se ubicaba la consulta y allí, en plena cocina se prepararon un café y se sentaron en una coqueta mesa de color blanco, al igual que el resto del mobiliario, para tomarlo junto a unas pastas.

La secretaria se llamaba Laura, había estudiado enfermería y como el trabajo estaba tan mal, había aceptado un puesto de secretaria en el gabinete psicológico que dirigía el doctor Fuensanta, pues al parecer era amigo de su padre, que también era médico, en este caso ya jubilado.

Laura se interesó prudentemente por Leonor, le preguntó un poco de dónde era, a qué se dedicaba y finalmente si le estaban resultando provechosas las consultas.

Leonor se alarmó un poco, especialmente por esta última pregunta, pues no deseaba compartir el motivo de sus visitas con su secretaria. Ella debió notar su incomodidad y en seguida la apaciguó advirtiéndole que no le preguntaba por el motivo de sus visitas, sino sólo si le estaban siendo útiles. A lo que Leonor respondió que sí, pues era la pura verdad.

Ella le confesó que el doctor Fuensanta era muy bueno en su campo, ya estaba mayor y sabía mucho de su trabajo. Al parecer había ayudado ya a mucha gente, incluida su propia madre.

Finalmente Leonor se relajó y siguió conversando con aquella chica tan parlanchina.

El doctor llegó y la avisó por el móvil de su llegada, por lo que salieron de la cocina y atravesando el oscuro pasillo que Leonor ya conocía, de cuando fue al servicio la semana anterior, volvieron a la sala de espera donde ya la pasó a la consulta.

— Bueno cuénteme, ¿qué tal la semana? —le preguntó el doctor.

— Bien, muy bien —añadió Leonor más distendida que en días precedentes.

— Me alegro de que vaya tomando confianza conmigo eso siempre es bueno —le dijo el doctor—. Adelante puede continuar por donde desee.

— Muy bien doctor, la verdad es que, la semana pasada al salir de aquí estuve un par de días preocupada, pues lo que le conté era muy fuerte y sentí mucha vergüenza después de hacerlo.

El caso es que, tras terminar de asearme y secarme el pelo aquella noche, salí al pasillo. Seguía desnuda y como una gata me asomé a mi cuarto y allí no hallé a mi hijo, así que aunque me daba el cuerpo de que estaba allí, me asomé a su cuarto y advertí una sombra sobre su cama, por lo que me tranquilicé definitivamente.

Me extrañó que ya no se acostara en mi cama, pero en el fondo me alegré de que hubiese elegido de nuevo la suya, pues tras lo ocurrido deseaba estar a solas.

Al caer en la cama sentí un cansancio tremendo, por lo que me quedé completamente dormida. Tanto es así que al final ese lunes llegué tarde al trabajo. Al levantarme ya no estaba en casa, pues salió antes para ir a la facultad, así que tampoco nos cruzamos esa mañana.

Por la noche volví a casa y me lo encontré preparando la cena. Temí ese primer encuentro, pero al verme me sonrió, me abrazó y ante mi sorpresa me dio un beso en la mejilla. Eso fue todo, me preguntó si tenía hambre y me dijo que pusiera la mesa, pues la cena estaba casi lista.

Cocinó tortilla de espárragos y la verdad es que para mi sorpresa lo hizo bastante bien. Cenamos en el salón mientras veíamos la tele y todo fue aparentemente normal. Al menos eso pensaba yo, incluso pensé que después de lo de la noche anterior puede que se sintiera arrepentido, de ahí el preparar la cena, así que preferí pasar página y ni mencionar el incidente.

Esa noche volvió a dormir en su cama y yo en la mía. Así que todo pareció seguir dentro de la normalidad, salvo por el hecho de que volvíamos a dormir separados.

Yo ya dormía o estaba a punto de dormir, cuando sentí que alguien subía a mi cama, pensé que era mi Isaac, que no podía dormir y venía a acostarse conmigo, pero sentí como se colocaba encima mío. Yo estaba boca abajo, por lo que él se echó encima mío aplastándome con su peso. Sentí su verga dura clavarse en mi culo, presionándome las bragas, sentí sus manos acariciándome los muslos y seguir más arriba hasta tocarme los pechos por el costado.

— ¡No Isaac! —le dije yo un tanto alarmada—. ¡No sigas por favor! —insistí.

Pero él no cejó en su empeño y siguió manoseándome el culo tras levantarse, liberándome así de su peso. Luego introdujo su mano entre mis piernas y me acarició mi sexo a través de las bragas, para acto seguido echarlas a un lado y palparlo a flor de piel.

Pensé en reaccionar de forma violenta y plantarme, pero recordé su reacción la noche anterior y temí un nuevo enfrentamiento y la posterior represalia, amenazándome con subir desnudo a la azotea. De modo que me quedé quieta y adopté una actitud sumisa.

El siguió adelante, me bajó las bragas hasta quitármelas. Me separó las piernas y siguió acariciando mi vagina como si tal cosa, sentí sus dedos humedecidos posarse en mis labios y frotarlos en círculos, los sentí acariciándome las nalgas, clavándome las uñas, bajar por mis muslos para luego subir hasta mis ingles y dedicarse de nuevo a introducirse en mi sexo.

Luego me subió el camisón hasta el cuello y empezó a acariciarme la espalda, sentado en mi culo me sobaba los pechos a través de los costados, introduciendo sus dedos bajo ellos buscó mis pezones y trato de cogerlos.

Como no conseguía acariciarlos bien, conmigo boca abajo, me hizo darme la vuelta e inclinándose sobre mí me chupó los pezones hasta ponerlos duros, siguió después tocándome los dedos en él, pues ya estaba húmedo. Yo seguía en actitud pasiva, pero mi cuerpo empezaba a reaccionar ante aquellas íntimas caricias.

Tuvo la osadía de coger mis manos y a llevarlas a su miembro, lo tenía duro y erecto, yo rehusé tocárselo pero él insistió más enérgicamente, así que cedí también en eso. Aunque se cansó rápido, pues yo no estaba por la labor de darle placer, así que abriéndome las piernas se colocó entre mis muslos y me penetró.

Sentí su pene entrar hasta el fondo, mi sexo estaba muy lubricado a raíz de sus caricias y sus penetraciones con los dedos, por lo que no le fue difícil hacerlo.

Yo me limité a dejarlo follarme, inerte debajo de él, mientras sentía su respiración en frente mío, en la penumbra y el peso de su cuerpo sobre mí.

La verdad es que empecé a sentir pavor ante lo que estaba ocurriendo, pues sentía miedo de reprimirlo y no sabía si lo que hacía, dejándome follar era la mejor opción.

A diferencia de la noche anterior donde me lo hizo bestialmente y se corrió a los pocos segundos de entrar. Aquella noche lo hacía muy despacio, incluso llegando a detenerse en algunos momentos, para acariciarme los pechos o chupármelos. De manera que el coito se me hizo eterno.

Finalmente se corrió en mi interior, acelerando el ritmo de sus embestidas a medida que se acercaba a su orgasmo, y empujando más fuerte cuando éste llegó y comenzó a temblar encima mío. Siguió penetrándome hasta que escurrió la última gota en mi interior. Tras lo cual se relajó y se dejó caer encima mío. Yo seguí inerte debajo suya, sintiendo todo su peso aplastándome, hasta que decidió levantarse y salir de la habitación.

Yo me quedé allí, acurrucada entre las sombras. No podía creer lo que había pasado, me había buscado una segunda vez y no pude negarme a sus intenciones, tuve que ceder presa sobre todo por el miedo de que me amenazara de nuevo con suicidarse. Nadie es capaz de saber hasta dónde una madre está dispuesta a llegar con tal de cuidar a su hijo.

El caso es que todo acabó ahí, al final me levanté y fui al baño. Mientras me aseaba pensé que esta no sería la única vez que volviera a mi cama, de eso estaba segura, así que al día siguiente fui a la farmacia y comencé a tomar la píldora.

Ese día, de nuevo me sorprendió apareciendo por mi trabajo para comer juntos. Él estaba tan normal, como si nada pasara. Yo la verdad es que alucinaba con este hecho, ¿pero qué podía hacer yo, sino aguantar con la esperanza de que se cansara de hacerlo o de que no obtuviera el placer que deseaba y dejara de molestarme? Al menos eso era lo que yo deseaba en aquellos momentos. Mientras tanto sólo podía fingir normalidad, sin llegar a hablar de lo que ocurría.

Esa noche también se repitió la historia, me acosté y al poco rato apareció en mi cama.

Esta vez optó por... comérmelo. Así que acarició como la noche anterior, me quitó las bragas y la camiseta y desnuda se acomodó entre mis muslos y comenzó a lamerme. Yo no estaba por la labor pero al sentir su lengua entrar en mi interior, no pude evitar sentir como me excitaba, pues ninguna mujer puede ser ajena a ese tipo de caricias. Así que asustada lo aparté de mi sexo y le insistí en que pasara a otras cosas.

Él me penetró y de esa forma yo me relajé y lo dejé seguir haciéndolo hasta que se corrió como la noche anterior. Esa vez ya estaba más tranquila, pues sabía que no me dejaría preñada por un casual.

Me estuvo follando todos los días de esa semana. Yo ya lo esperaba y le dejaba hacerlo hasta que se corría y se marchaba. Poco a poco me insensibilicé a sus caricias y a sus coitos y acabó siendo como una rutina en la que me dejaba follar y “él obtenía su porción de queso”, como el ratón que vuelve al laberinto a por su recompensa.

Ese fin de semana salió con sus amigos y yo me quedé en casa, pues no me apetecía salir, no suelo hacerlo mucho. Así que cuando lo vi salir respiré aliviada. Pero volvió pronto y cuando lo hizo se sentó en el salón conmigo y me dijo que un amigo le había pasado unos vídeos interesantes en un pen drive, así que lo conectó a la televisión e insistió en verlos conmigo.

En la pantalla comenzó a reproducirse una escena, en la que una mujer madura y chico bastante joven estaban sentados en un sofá. La escena mostraba que ellos a su vez estaban viendo otro vídeo y esto me pareció curioso, mi hijo y yo viendo a otra pareja que a su vez ve un vídeo. No se veía lo

que ellos a su vez estaban contemplando, pero salían subtítulos en inglés y aunque los idiomas no son lo mío no me fue difícil intuir lo que pasaba.

Al parecer eran madres japonesas que veían pelis porno con sus hijos y terminaban masturbándolos, haciéndoles felaciones o fornicando directamente con ellos. Yo los miraba curiosa, pues no podía creer que estuviese viendo un reflejo de la situación con mi propio hijo, pero con diferencias.

La madre japonesita se empezaba a poner cachonda y a sonsacar al hijo tímido, justo al contrario que nosotros dos. Empezaba a meterle mano, a acariciar su pene, enseñarle sus pechos o insinuársele, para terminar haciéndole una felación o masturbándolo a la vez que se tocaba ella.

Llevábamos ya un par de escenas, yo las miraba con curiosidad, tal vez fuese por la novedad o por lo impactante del motivo o por sentirme de alguna manera identificada con ellas. Pero lo cierto es que cuando mi hijo se sacó su polla delante mío y comenzó a acariciársela, sentí unas tremendas ganas de empuñársela e incluso de chupársela, como ya hicieran aquellas japonesitas.

El salón estaba iluminado suavemente, por una lámpara de pie, lo suficiente para que pudiese observar su polla erecta con bastante nitidez, hasta ahora no se la había visto más que entre las sombras cuando me violaba y el verla a la luz me impacto, podía verla brillar mientras se meneaba delante mío.

De pronto me cogió la mano y me incitó a acariciarla. Yo me resistí un poco, más que nada por aparentar, pues me moría de ganas de experimentar, a diferencia de otros días en los que me sentí forzada. Finalmente consentí, se la empuñé con mis dedos y comencé a meneársela, sintiéndola palpar en mi mano. Estaba tremendamente dura y yo empecé a ponerme tremendamente caliente, no paraba de mirarla ahí toda erecta.

Él tenía su mano puesta en mis hombros y sentí como comenzó a presionarme, con la intención de que bajase. Claramente adiviné sus intenciones y mientras miraba su verga erecta y lubricada apenas fui consciente de que poco a poco me acercaba a ella hasta que terminé chupándosela frente a la tele.

La sentí entrar en mi boca, la acomodé suavemente con mis labios, la chupé dulcemente y saboreé su sabor salado. A estas alturas ya estaba un poco lubricada, por lo que su glándula resbalaba entre mis labios.

Tenerla en la boca también me trajo el amargo recuerdo de aquella noche en la azotea y durante unos segundos me arrepentí de lo que hacía, pero poco a poco se me fue pasando, y mirando a la tele vi como aquella supuesta madre japonesa hacía lo mismo a su supuesto hijo y yo la imité con mi verdadero hijo.

Isaac no se limitó a quedarse quieto, sentí como llevaba su mano a mi culo y levantándose el camión introducía sus dedos en mis bragas y accedía a mi vagina, deslizando sus dedos por ella, mojándolos en mis flujos, pues ya estaba tremendamente húmeda y lubricada. Los deslizó dentro de ella sin piedad y me penetró con dos y hasta tres de ellos. Seguí chupándosela mientras hacía lo que quería con mi coño, y el placer comenzó a fluir y como si bailásemos un vals, en perfecta conjunción. Seguimos los compases y el ritmo de cada uno, sintiendo placer a cada paso.

La lujuria me embriagó y presa del pánico y una excitación desmesurada me incorporé y sacándome las bragas salté encima de sus muslos, espatarrándome sobre ellos como una puta. Me la

metí hasta el fondo, mientras él me pellizcaba las tetas, me las chupaba y hasta me mordía los pezones y las aureolas, volviéndome absolutamente loca de placer.

No contento con eso me cogía el culo y aparte de ayudarme en los movimientos, me acariciaba el coño intentando meter un dedo además de su polla, hasta se propasó metiéndomelos por el culo. Nunca me lo habían hecho, pero lo cierto es que esa práctica tan obscena no me desagradó en absoluto, a pesar de ser la primera vez que alguien lo intentaba.

El orgasmo me sorprendió montada encima suyo, forcejeé con él, me retorcí y me contorsioné agarrada al respaldo del sofá. Cuando paré de moverme, él me hizo descabalgár y ponerme a cuatro patas sobre el sofá. Entonces pasó a penetrarme de esta guisa, comenzando a darme fuertes embestidas mientras yo, aún atontolinada por mi orgasmo, me sometía sin protestar.

Yo no dejaba de mirar aquellos vídeos tan guarros. El verme reflejada en ellos no sé si lo hacía distinto, pero me sentí como una cerda por hacerlo con mi hijo y por llegar a disfrutar con ello.

Aguantó un poco más pero no mucho más que yo, llegado el momento se aferró con fuerza a mis caderas y clavándome casi las uñas me embistió violentamente una y otra vez mientras el orgasmo lo recorría y con cada embestida me llenaba con su fértil carga.

Esa vez no puedo decir que no me gustase, pues sí que lo hizo ¡y mucho! Había pasado de ser pasiva a estar tremendamente activa.

Tras la corrida me la sacó y me dejó en el sofá, yéndose a su cuarto a acostarse. Yo me quedé allí viendo aquellos vídeos tabú y por segunda vez me corrí masturbándome, sintiendo en mi sexo el olor de sus jugos, mientras mis dedos me estrujaban el chochito hasta sacarle la última gota, como a un limón que ya no da más de sí. Tras esto me fui a acostar y me dormí nada más tocar las sábanas.

El domingo salimos en coche a petición suya y estuvimos comiendo en el campo. Allí echamos la siesta, bajo una encina, y cuando me quise dar cuenta mi hijo estaba metiéndome mano otra vez. Hacía calor y aquel grupo de encinas parecía desierto.

Más preocupada por los mirones que por mi hijo este siguió tocándome y haciendo que yo lo tocara a él. Finalmente terminó a cuatro patas detrás de mí y yo dejándome cubrir como una hembra en celo, como una cochina jabalí en plena naturaleza.

Se corrió en mí de nuevo y lo cierto es que aunque yo no disfruté como la noche anterior, encontré cierto morbo en todo aquello de ser follada por mi hijo en pleno campo.

Cuando terminó le incité a que me comiese el coño o me acariciase con sus dedos mientras yo me masturbaba pero él rehusó aludiendo cansancio, así que me mojé con las ganas.

Es curioso doctor, pensar en que todo empezó como una relación sexual consentida a regañadientes por mí, luego pasó por una etapa de apatía en la que me dejaba hacer y terminó con una búsqueda del incesto, descarnada y descarada por mi parte.

A partir de aquel fin de semana en el que compartimos pelis porno y coito, yo lo buscaba a él o él a mí, según se terciara. Llegamos a hacerlo en los sitios más insospechados y públicos.

— ¿Y dejó de sentirse culpable por ello? —le preguntó el doctor dando por concluida la sesión.

— Si, aunque bueno yo nunca empezaba las relaciones, sólo me acercaba y esperaba a que fuese él quien diera el primer paso.

— ¿Así se sentía menos responsable por lo que hacían? —preguntó.

— Supongo que sí —confirmó Leonor tras una pausa—. En cierta medida creo que así era.

— Ha dicho que llegaron a hacerlo en lugares públicos —le sugirió el doctor esperando que Leonor le explicara este punto.

— Si, un día durante la compra en el súper el se excitó buscando un gel para dar masajes, de esos que pican, o dan frío o calor. Le dije que comprase el que más le gustase y que esa noche lo probaríamos. El caso es que acabó tan caliente que fue tocándome el culo por los pasillos, bueno el culo y metiéndome las manos bajo la falda y perdiendo sus dedos bajo mis bragas.

De repente me dijo al oído que me quitase las bragas. Yo le pregunté que cómo iba a hacerlo allí y él insistió ordenándomelo una segunda vez: ¡Quítate las bragas aquí mismo!

Me puse muy nerviosa ante la idea, pero descubrí que me apetecía tremendamente hacerlo. Tal vez fuera el morbo de ser descubierta lo que me incitó a hacerlo pero obedecí. No había mucha gente en el súper así que me metí en un pasillo y allí mismo me las bajé hasta los tobillos, de modo que al intentar recogerlas levantando mis piernas alternativamente casi me caigo de culo.

Isaac las cogió y allí, delante mío las olió por la zona que había estado en contacto con mi vagina. A mí me hizo gracia y sonreí, pero me dio mucha vergüenza que lo viesen con ellas en la mano, así que se las arrebaté y las guardé en el bolso.

El siguió metiéndome los dedos debajo de la falda y como ahora tenía vía libre, accedía con ellos directamente a mi sexo, luego los sacaba y se los olía descaradamente, incluso me los ofrecía a mí para que los oliese. Esto me pareció muy obsceno, pero admito que el juego funcionó y me puso muy cachonda.

Pagamos la compra y subimos al parking, la guardé, o más bien tiré las bolsas en el maletero. Estábamos ansiosos por llegar a casa. Entonces cuando nos íbamos a subir al coche él me dijo que subiera al asiento trasero.

Yo pensé que estaba loco, pues en el parking continuamente pasaba gente con carritos de la compra, pero él insistió y casi me forzó a entrar de cabeza en el asiento. Así que allí tirada se echó encima mío y sacándosela por la bragueta me penetró desde atrás.

Aquello se convirtió en un acto morboso y tremendamente excitante, sentía sus culadas, sentía su verga dentro de mí, pensaba que alguien llegaría al coche de al lado y nos vería allí follando sin remilgos y tal vez se nos quedase mirando. Esta sensación de peligro hacía que todas las sensaciones se multiplicasen por diez. Respirábamos aceleradamente mientras seguía penetrándome con rapidez, hasta que me sorprendió su corrida.

Fue sentirla y mi orgasmo también llegó, me aferré al asiento trasero del coche y sentí como todo mi cuerpo temblaba con una mezcla de placer y terror porque nos pillasen justo en aquel momento.

Finalmente no ocurrió nada, él salió del asiento y yo me incorporé. La verdad es que sentía mi sexo lleno de él y allí mismo me agaché tras coger un pañuelo de papel de mi bolso para limpiarme y contemplé como su semen cayó al suelo del parking. Aquel acto sucio me gustó, verme allí sin bragas, agachada tras ser follada por mi hijo me provocó un poco de cargo de conciencia, pero nada en comparación con la excitación que sentía por haber cometido aquel pecado, es más si hubiese podido me lo hubiese follado otra vez allí mismo.

El me miraba mientras yo hacía todo esto y cuando me di cuenta y lo miré aún no se había

guardado su polla y esta caía morcillona por su bragueta. En un impulso irresistible me acerqué a ella y se la chupé. Saboreé los restos de su leche en mi boca y disfruté otra vez de la excitación de hacerlo en un lugar público. Hasta que nos pillaron, pasó una pareja entre los coches y nos vio. Me sentí observada pero no avergonzada, me limpié la boca, me puse de pie y entré en el coche por el lado del conductor. Él entró por la otra puerta, arranqué y nos marchamos como si tal cosa.

Creo que ese fue uno de los mejores polvos que he echado en toda mi vida.

¡Esos padres traviesos!

Memorias: Entre el Pasado y el Presente.

Tom y Cathy exploraban su nueva casa, había multitud de habitaciones en las dos plantas de la mansión e incluso un sótano donde se apilaban sin orden ni concierto muebles viejos y cachivaches de todo tipo, todo cubierto de polvo y en el mejor de los casos, protegido por sábanas blancas que por el paso de los años se habían vuelto grises por la capa de polvo acumulada, quedando la tela amarillenta y quebradiza por el paso del tiempo.

Sin duda estaban excitados ante su nueva casa, habían estado correteando por los pasillos adelantándose a sus padres, viendo todas las habitaciones, y habían acabado finalmente en aquel oscuro sótano, que se mostraba misterioso, lóbrego y tenebroso, recordando a las pelis de "gore" donde la chica rubia y guapa bajaba en la oscuridad sin sospechar que el psicópata de turno la aguardaba entre las sombras para degollarla.

Bajaron a tientas y se adentraron en la oscuridad. De repente sus gritos y carcajadas habían cesado y el silencio se abría camino delante suyo. Tom que iba detrás de su hermana intentó asustarla gruñéndole en la oreja, pero ésta no se dio por aludida e intrigada buscó en la pared algún interruptor que encendiera la luz.

Por las rendijas de las ventanas tapadas con maderas por fuera, se colaban haces de luz, que a modo de láseres se proyectaban en el suelo, haciendo brillar multitud de partículas de polvo en suspensión. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Tom vio una luz que colgaba en el centro de la estancia, se acercó y observó que de ella caía un cordón así que con algo de asco lo cogió y tiró de él.

Inmediatamente la luz se hizo, una luz amarillenta y mortecina, atenuada por la capa de polvo que cubría la bombilla, iluminó con luz espectral aquel sótano, iluminando la estancia para ellos.

Allí había un baúl, de madera con remaches de chapa metálicos en las esquinas y tiras metálicas circundándolo para darle mayor firmeza. Estaba colocado en el suelo, junto a una pila de otros objetos y muebles tapados con sábanas, pero a diferencia de éstos, no estaba cubierto.

Cathy fue quien primero reparó en él y acercándose intentó levantar la tapa sin éxito. Tom se acercó a ayudarla y poniéndose en cuclillas concluyó:

—Está cerrado Cathy, debería haber una llave en algún sitio que lo abra —dijo con cierta desilusión.

—¿Qué contendrá, no sientes curiosidad por saberlo? —preguntó Cathy excitada ante la idea de los secretos que contendría.

—No sé, podemos buscar la llave a ver si está por alguna estantería o repisa —propuso Tom.

—¡Perfecto, hagámoslo ahora mismo! —exclamó Cathy ilusionada ante la aventura que se presentaba.

Revolvieron por todos lados, provocando que parte del polvo pasase a estar en suspensión y poco a poco una neblina gris se fue formando en aquel lóbrego lugar y tras mucho buscar y

rebuscar no hallaron indicios de la supuesta llave que abría el cofre, el cofre del tesoro, como ya lo habían bautizado durante su búsqueda.

Una voz se oyó, venía desde arriba, era su madre, quien los llamaba anunciándoles que iban a comer. Así que abandonaron la búsqueda y subieron las escaleras de piedra hasta la primera planta de la casa.

Cuando su madre los vio aparecer una expresión de horror cubrió su cara.

—¡Pero chicos, qué habéis estado haciendo! —exclamó exaltada.

—Nada mamá, sólo estábamos viendo el sótano —contestó Cathy con su voz dulce y aterciopelada.

—¡Pero mirad vuestras ropas y vuestras caras, si tenéis hasta el pelo blanco! ¡Por dios bendito parecéis almas en pena! —añadió su madre.

—¿Pasa algo Karen? —preguntó su padre acercándose desde la puerta principal.

Al verlos su padre no pudo evitar que una carcajada saliese de su boca ante el aspecto que tenían sus dos hijos. Karen se lo reprochó, pues para ella no tenía ninguna gracia. En ese momento Cathy se acercó a un espejo que había junto a las escaleras que subían a la segunda planta y entonces se contempló con extrañeza, a los pocos segundos se unió a las risas de su padre...

—¡Es verdad, mira Tom, parecemos fantasmas! Fantasmas salidos de ultratumba. ¡Buh! —explicó volviéndose a su hermano y poniendo sus manos en forma de garras amenazantes.

Finalmente su crispada madre terminó por relajarse y se unió a las risas de todos. No tuvieron más remedio que cambiarse y asearse como pudieron pues la mudanza aún estaba sin hacer y sólo tenían pequeños equipajes que habían traído consigo.

Los días pasaron, sus muebles y enseres llegaron y tras una limpieza a fondo de la casa, ayudados por gente del pueblo cercano a la que contrataron, terminaron de adecentar aquella vieja mansión. El resultado final fue altamente satisfactorio, la casa lucía un aspecto victoriano esplendoroso al terminar de limpiar la fachada de la enredadera que crecía desde una esquina y que la había cubierto casi por completo.

Y así comenzó su vida en aquel apartado lugar, sin duda un cambio brutal desde la superpoblada New York a aquel pueblecito perdido en el condado de Kansas, cerca de Wichita, la ciudad más cercana a ellos. Pero, ¿cómo habían terminado allí, en un lugar tan apartado, tras vivir en la cosmopolita New York?

Richard, que así se llamaba su padre, antes era bróker en New York, trabajaba 12 horas diarias y apenas veía a su mujer y a su familia. Únicamente se reservaba los fines de semana para ellos y en alguna ocasión ni eso. Trabajó de este modo durante años, perdiéndose muchos momentos familiares y gran parte de la infancia de sus hijos, hasta que un día casi llegó su hora. Un ataque al corazón, mientras trabajaba estuvo a punto de llevárselo por delante. Terminó postrado en un hospital durante semanas.

Cuando salió su cardiólogo le recomendó encarecidamente que cambiase de estilo de vida, de lo contrario no sobreviviría a un segundo ataque. Y así lo hizo, se despidió de su empresa, invirtió sus ahorros y guardó parte de ellos para trasladarse a vivir al campo. Desde allí pensaba

seguir invirtiendo, pero a más bajo nivel su propio dinero, para poder continuar con su vida, pero ahora de una manera completamente distinta, intentando recuperar el tiempo perdido con su añorada familia.

De modo ahora dedicaba algunas horas del día a informarse y mirar la bolsa, cambiar algunas acciones, comprar o vender, pero sin agobios ni presiones. El resto de la jornada lo empleaba en la granja que había comprado y que estaba decidido a cultivar para ocupar el resto de su tiempo y compartirlo con su familia, pues todo aquello le había hecho apreciar el verdadero valor del tiempo.

Karen tenía un trabajo menos estresante que el de su esposo en la ciudad, era secretaria en la empresa donde Richard trabajaba, allí se conocieron y se casaron. Así que cuando le ocurrió el incidente a su marido no dudó en apoyarlo y dejar su trabajo también. De manera que pasó a ser ama de casa y a estar mucho más tiempo con su marido y sus hijos. En el fondo agradeció profundamente este cambio pues su relación de pareja se estaba resintiendo, debido al poco tiempo que pasaban juntos y a las tensiones que esto les provocaba y que les había distanciado tanto que ya apenas tenían relaciones.

En cuanto a sus hijos, Tom y Cathy, eran adolescentes, se llevaban algo menos de dos años y desde pequeños estaban bastante unidos, peleaban con frecuencia pero en el fondo se querían y siempre hacían las paces tras un enfado. Iban al instituto así que con el cambio perdieron sus antiguos amigos y tuvieron que volver a empezar, ahora irían al instituto del pueblo más cercano, pero todavía les quedaban las vacaciones de verano por delante antes de volver a las clases.

Así que, sin otra cosa que hacer, se dedicaban a holgazanear, explorar los alrededores de la finca y a bañarse en pequeño lago cercano, donde había un embarcadero hecho de madera que se adentraba en el agua y que, sin duda sería su diversión preferida en el caluroso verano que ya estaba aquí. Aunque ellos también habían acusado el cambio, en cierta medida el haber vivido siempre en una ciudad y ahora verse rodeados por campos hasta donde alcanzaba la vista, no les desagradaba como se podría pensar, sino todo lo contrario, les gustaba su nuevo hogar.

Trascurridas dos semanas desde su llegada, una calurosa noche en la que Tom no podía dormir, oyó un ruido, como un lamento, o bien un quejido. Curioso, pensó en que alguna ventana al moverse lo habría provocado, pero no corría ni una gota de aire. Entonces volvió a repetirse y esta vez lo identificó como un sonido "humano" de mujer. Pensando en que fuese su hermana que dormía en la habitación contigua, se levantó y se asomó a la puerta que las dividía. Estas habitaciones tenían esa particularidad, aparte de las puertas que daban al pasillo, tenían una puerta que las comunicaba así que la usaban para pasar de una habitación a otra a veces, sin tener que salir al pasillo.

El sonido de su respiración profunda le hizo deducir que su hermana dormía. Estando junto a la cama de su hermana volvió a oír el quejido, con más curiosidad decidió despertar a su hermana y contárselo a ver si ella también lo oía o era solo él que se estaba volviendo loco.

En efecto ella lo oyó igualmente cuando al poco éste se repitió. Así que ambos decidieron investigar, lanzándose al pasillo de madera descalzos. Avanzaron por él hacia el fondo y cuando hubieron avanzado unos metros lo oyeron con más claridad. Sin duda procedía del final, justo

donde estaba el cuarto de sus padres.

Pensando en que alguno se encontrase mal, se acercaron y como sus habitaciones encontraron la puerta abierta con la esperanza de que alguna racha de aire refrescara las habitaciones. Allí, junto a la puerta lo oyeron con más claridad, el sonido procedía del interior y parecía que era su madre quien emitía aquellos "misteriosos" quejidos, por lo que el misterio, en parte, había quedado resuelto, aunque no saciada la curiosidad de sus hijos.

Tom quiso asomarse al marco de la puerta y ver lo que hacían. Tal vez sospechaba ya que pasaba, su hermana en cambio le tiraba del brazo y le indicaba que se fuesen, en cierto modo sintiéndose avergonzada por lo que iba a contemplar su hermano. Después de todo ella era casi dos años mayor que él, más avanzada en su pubertad y por tanto en conocimientos sobre relaciones humanas. Pero no hubo manera, Tom se asomó y allí contempló el panorama...

De espaldas a la puerta, su madre estaba sentada sobre las piernas de su padre, que permanecía tumbado sobre la cama, viendo únicamente sus pies bajo el peso del cuerpo de su madre. La claridad provocada por la luna llena que lucía en aquella calurosa noche de verano y que se colaba por el ventanal del dormitorio marital, iluminaba sus cuerpos desnudos con sus rayos plateados, ella estaba de espaldas a su posición.

Su cabellera rubia y rizada era sujeta por sus brazos, llevados a su nuca, mientras ella, con acompasados movimientos, subía y bajaba flexionando sus rodillas y caderas, cabalgando dulcemente a su esposo, con gran placer por su parte. Giraba su cabeza de un lado a otro y la pegaba a sus brazos mientras se sujetaba el pelo, luego se inclinó hacia adelante y cayó sobre el pecho de su hombre, apoyando las manos sobre las sábanas y levantando más su culo, pasó a follarlo con suaves movimientos de cintura.

Tom, estaba anonadado, el culo de su madre, iluminado a la luz de la luna se mostraba esplendoroso, junto a su espalda bien formada, con las costillas y todos los huesos de la misma marcados. Pero su culo, ¡ay su culo!, le llamó especialmente la atención por cómo este reflejaba los rayos lunares... Aquello era otro cantar, en la posición actual, ligeramente inclinada hacia adelante, cuando subía se le venía con mayor claridad, ¡tan redondo, tan perfecto, tan sensual! Que Tom sintió nacer su excitación en sus calzoncillos.

Cathy mientras tanto estaba detrás suyo, asomada por encima de su hombro. Vencida por la curiosidad al verlo a él mirar el espectáculo, contemplándolo con una mezcla de estupor y curiosidad, cómo sus padres hacían el amor.

Tom intentaba fijar la vista en la parte oscura bajo el culo de su madre, donde sin duda su vagina era atravesada por el falo paterno y en los juegos de luces y sombras creía adivinar las formas, aunque en realidad aquí su imaginación ponía más de su parte que la visión real, pues lo que no estaba iluminado directamente por los rayos lunares se convertía en una mancha negra informe. Cuando su madre subía el trasero, especialmente se marcaba la unión de sus cachetes, para acto seguido volver a caer sobre la verga erecta clavándosela hasta lo más íntimo, enfundándola en su vagina como el sable entra en su vaina.

Cathy tampoco dejó de mirar la escena, aunque se sentía avergonzada por espiar aquel acto de intimidad suprema entre sus padres. Ella era ya toda una mujer, hacía años que tenía el periodo y había empezado a explorar su sexo, especialmente en los momentos húmedos de la ducha, usando la alcachofa y jugueteando con las presiones del agua sobre su clítoris, había

conseguido orgasmos deliciosos. Y ahora que contemplaba un acto sexual pleno, tan solo a unos metros de ella, y aunque pensar que eran sus padres quienes lo hacían le causaba bochorno, en su entrepierna sintió la humedad de su sexo comenzó y la excitación le subió hasta la boca. Ella lo notaba, casi podía olerlo, pues conocía bien el olor de su sexo cuando la calentura que subía desde sus bragas hasta su pituitaria.

Mientras ambos contemplaban el acto, extasiados, la acción comenzó a acelerarse, como si le hubiesen dado al avance rápido de vídeo. Su padre agarró por la cintura a su madre y sujetándola con firmeza, empezó a darle fuertes embestidas desde debajo suyo, provocando sonoras palmadas cuando sus muslos chocaban contra su culo, clavándosela con gran rapidez y fuerza.

A partir de ahí, su madre gimió más fuerte y comenzó a girar la cabeza de nuevo, lanzando su larga melena rubia hacia adelante y hacia atrás, en una explosión de placer supremo. Para finalmente caer abatida y sudorosa de nuevo sobre el pecho de su marido.

Ahora todo era como a cámara lenta, mientras sus caderas y su culo seguían moviéndose despacio, aun con la verga clavada en lo más íntimo de su ser, parecían disfrutar de los momentos finales del acto que ya terminaba, recuperando la respiración tranquila y profunda tras las penetraciones despedidas de hacía apenas unos instantes.

Cathy, al ver que todo había acabado ya, tiró con fuerza del brazo a su hermano y se lo llevó de allí. Ambos volvieron, silenciosamente como gatos en la noche por el pasillo, en dirección hacia sus dormitorios.

—¿Has visto lo que hacían? ¡Qué polvo han echado!, ¿no? —exclamó exultante Tom nada más entrar al cuarto de su hermana. Cathy le ordenó silencio, temerosa de que los oyese.

—No hemos visto nada, ¿me oyes? No se te vaya a escapar delante de ellos —le advirtió.

—¡Si claro, es que es la primera vez que veo follar en directo! —exclamó Tom con sinceridad apabullante.

—No seas guarro Tom, anda y acuéstate, ¿vale? —le apremió empujándole a través de la puerta intermedia hacia su cuarto y cerrándola cuando consiguió hacerlo pasar al otro lado.

Ambos se echaron en sus camas, sin duda rememoraron las sensuales escenas contempladas y a su manera, cada uno las disfrutó. Cathy se acarició su chochito sintiendo especial goce al hacerlo, hundiendo sus dedos en su surco tan húmedo y lubricado, que estos apenas encontraban resistencia, ¡fue delicioso!

Mientras tanto, en el dormitorio anexo, Tom, que tenía su pene tremendamente duro y se lo acariciaba suavemente rememorando el acto que acababan de contemplar. Finalmente abandonó sus caricias, pues aún no llegaba hasta el final de la masturbación, y echado con los brazos hacia atrás, su mente se recreó en cada detalle, en cada momento, en cada sonido, memorizándolos como si temiera no recordarlos mañana y que todo hubiese sido un sueño. Con el tiempo sin duda, así sería, pero hoy era real, ¡y el recuerdo estaba fresco aun en su memoria!

Una madre dispuesta a todo por el futuro de su hijo

Siete Madres Desesperadas

Ralph no fue muy brillante, desde pequeño le costó aprender a hablar, pero yo me esforcé porque fuese aprendiendo cada palabra en su épico de infantil.

Cuando por fin cumplió los cinco años me llamó el director del colegio donde Ralph tenía que cursar sus estudios. Soy viuda desde hace uno diez años, allí tuve que enfrentarme a un cincuentón estirado que trataba de decirme que Ralph no era normal.

— Si pretende usted decirme que Ralph no es un niño normal, ¡no se lo voy a consentir! — exclamé yo muy enojada con el director.

— ¡Claro que es normal señora! Nadie lo pone en duda, sólo decimos que tal vez este centro no sea el más adecuado para que su hijo se desarrolle y estudie.

— ¡Y qué demonios pretende decir con eso! Mi Raph no va a ir a un centro de educación especial para acabar montando neumáticos en un taller sucio, ¡lleno de grasa!

— No es lo que pretendo señora. Mire déjeme que se lo explique, normalmente un niño tiene un coeficiente intelectual entre los 90 y 100 para que digamos entre dentro de la media, pues bien, Ralph está en un 85.

Quedé muy contrariada por su explicación y no supe qué decir en aquel momento, estaba tan enojada que le hubiese dado un puñetazo allí mismo.

— Bueno y esos 5 insignificantes puntos, ¿no se puede hacer nada para que alguien los sume y se convierta en un 90?

Entonces vi brillar los ojos de aquel director, lascivo me miró de arriba abajo, yo vestía muy recatada y me sentí incómoda, pero supe lo que debía darle.

— Bueno señora, son cinco puntos, tal vez podamos tomar té con pastas en su casa alguna tarde de aquí al comienzo de las clases y quién sabe, a lo mejor una evaluación mía muy cercana del chico rectifica ese 85 y lo deja en un noventa.

— Ya parece que empezamos a entendernos —le dije sonriendo—, y no cree que una tarde bien se merece cinco puntos, ¿señor director?

— No sé señora, tal vez deba volver a examinarlo para asegurarme, en una tarde no se puede saber mucho sabe.

Me sentía ultrajada, pero ya que el sistema estaba montado de aquella forma, si quería que mi hijo estudiase en un buen colegio tenía que complacer a aquel odioso director.

— Está bien, digamos que tres es un buen número, un número cabalístico —propuse yo.

— Pero señora, una madre como usted no podrá consentir que por dos tardes su hijo se quede fuera, ¿verdad?

— ¡Ya lo he entendido! Pero usted no sabe que una madre hace con tres tardes lo que una esposa no consigue en cinco años, así que usted verá lo que se pierde —dije yo acercándome y palpando su cremallera por encima del pantalón.

— ¡Oh pues, tal vez podamos empezar aquí mismo! ¿No le parece? —dijo él poniéndose

nervioso.

— Si, me parece perfecto.

— ¿Doris? —dijo comunicándose con su secretaria a través de un interfono—. Será mejor que nadie me moleste voy a estar muy concentrado evaluando los test del hijo de la señora...

— Jones —intervine—, Catherine Jones.

La entrevista terminó conmigo arrodillada ante aquel director lleno de canas chupando su polla mientras este se aferraba a los brazos de su sillón de madera.

— ¡Oh señora Jones! ¿Qué boca tiene usted? —se permitió decirme el hijo de puta.

Seguí chupando con fuerza aquella polla y contuve mi asco por él y por lo que tenía entre los labios. De repente me detuvo, estuvo a punto de correrse —¡Mierda, tenía que habérsela meneado para provocar su corrida y no tener que seguir hoy! —, me dije entre lamentos.

— Vamos señora échese sobre mi mesa, es de roble americano de primera calidad, verá que suave.

Así lo hice, y mientras esperaba sentí como se aflojaba el cinturón y se bajaba los pantalones detrás de mí, para luego aproximarse, subirme el vestido hasta los hombros, bajar mis bragas y frotarme la raja con la punta de su glande.

En aquellos momentos me sorprendió la sensación, hacía ya años que nadie se aproximaba a esa parte de mi y cuando el gordo director me empujó su polla entró en mi raja con suma facilidad.

Ahogué un quejido, temerosa de que la secretaria entrase, y aguanté las embestidas del director mientras se aferraba con fuerza a mis caderas y me clavaba las uñas en mi piel.

La follada no duró mucho, fue instintiva, visceral y rápida, lo cual agradecí cuando por fin sentí sus gruñidos a mi espalda y aminoró la marcha de las embestidas.

Mientras salía del despacho sentí con cierto horror como me caía algo por las piernas y manchaba mis bragas —¡maldito hijo de puta! —, pensé mientras aceleraba el paso para meterme en un servicio.

Allí me limpié mi sexo y descubrí con horror como mis bragas se había manchado de leche así que las dejé allí mismo, en la papelera y me fui a casa con el coño al aire, teniendo la sensación de que todo el mundo podía oler mi sexo y saber que me habían follado apenas hacía media hora mientras iba en el tranvía de vuelta.

¡Pillada con mi mejor amigo!

La Madrastra

Todo empezó aquel día en que iba a jugar al fútbol y finalmente el partido se suspendió por lo que regresé a casa antes de lo previsto. Entonces fue cuando los pillé... No podía creerlo a pesar de que los tenía allí mismo, delante mío, ¡follando!

Ante todo he de decir que mi madre no es mi madre es mi madrastra. Mi verdadera madre murió en un accidente de tráfico, según me enteré más tarde iba bebida al volante y se estrelló contra un árbol, por lo que mi padre, tras pasar el luto conoció a Beyda. Ella me crio desde los cinco años o así, y de mi verdadera madre sólo guardo algún recuerdo difuso perdido en la memoria del inconsciente, a veces sueño con ella, pero para mí no es alguien real, sólo un recuerdo montado por mi mente que se me aparece en sueños. Y el hecho de saber que Beyda no era realmente mi madre tuvo mucho que ver en lo que sucedió aquel día.

Nunca sospeché nada hasta aquel momento, automáticamente pensé en cómo mi mejor amigo era capaz de hacerme algo así, pues me lo tomé como una afrenta personal, después de todo, ¡era mi madre coño!

Nada más entrar escuché los gemidos y alarmado pensé que mi madre se había caído y se había hecho daño, así que subí rápidamente a la segunda planta de la casa y fui a su dormitorio, de donde procedían aquellos gemidos.

La puerta estaba entreabierta y avanzando por el pasillo de repente vi su reflejo en el espejo del aparador que había a los pies de su cama, tras reconocer su cara me paré en seco, pues algo no me cuadró en la imagen parcial que me ofrecían los apenas diez o veinte centímetros de puerta que estaban abiertos.

En aquel espejo se reflejaba su cara tendida en la cama y su cuerpo desnudo, con sus enormes pechos al aire reclinada hacia atrás pero no tumbada por completo, pues debí estar echada sobre los muchos cojines que gustaba tener encima de la cama. Con sus carnosos muslos abiertos y entre ellos una cabeza de pelo negro y rizado, que mi madre agarraba con sus manos, enredando sus dedos entre sus rizos inconfundibles, que en seguida identifiqué como Cael, ¡mi mejor amigo!

Este estaba echado sobre la cama, también desnudo, ¡y se afanaba en comerle el chocho a mi madre! ¡Que no paraba de animarlo diciéndole: ¡Así, sigue, qué bueno!

¡Qué ingenuo fui al pensar que aquellos gemidos eran de dolor! ¡Qué ingenuo fui al pensar que cuando mi amigo me decía que mi madre “estaba buena” estaba de cachondeo! ¡Qué ingenuo al no darme cuenta de miradas o conversaciones entre ellos! ¡Qué ingenuo...!

Me quedé allí en la puerta, viendo la tórrida escena, sin ser capaz de entrar ni de salir corriendo, tan pasmado como un tonto, debía tener la boca abierta y la cara desencajada.

El caso es que una vez que se me pasó la impresión inicial me puse muy nervioso pensando en qué hacía: ¿Entraba y los pillaba *in—fraganti*? ¿O me quedaba allí viéndolos follar?

En aquellos tiempos yo veía pelis porno de nuestros padres con mi amigo. Hasta nos masturbábamos en el mismo salón, pues estábamos muy unidos. Comíamos juntos a veces en su casa y otras en la mía y no parábamos de hablar de tias, culos, tetas y coños.

Para mi aquello era toda una novedad, ¡ver una pareja follando en directo! Vale, ya sé que era mi madre y esto me daba cierta repulsión, ¡pero no dejaba de tener un morbazo colosal!

Y en estas disquisiciones internas estaba cuando mi madre le dijo que lo dejara que ahora se la iba a chupar ella, así que me oculté para que no me viesen ellos a mi reflejado en el cristal del aparador y me asomé con discreción. En parte ya lo había decidido, ¡miraría y ya vería si entraba o no a darle un susto!

Él se echó en los cojines y mi madre se puso con la cabeza en dirección a los pies de la cama. Tomó su polla con una mano y se agachó a chupársela. No se la tragó en un primer momento, prefirió jugar con su glándula entre sus labios, como ya había visto yo tantas veces hacer en las películas porno.

Mi amigo se quedó extasiado desde el primer roce de los labios de mi madre, con la misma cara de panoli que debía tener yo en un primer momento.

Poco a poco la fue metiendo más y más, chupándola hasta entrar en el fondo de su garganta, ¡la verdad es que lo hacía bien! ¡No pensé que fuese tan moderna! Mientras lo hacía el perro de Cael comenzó a meterle los dedos en el chocho pues ella estaba a cuatro patas y su culo lo tenía cerca como para alcanzar tan íntima parte de su anatomía.

Esto le gustó a mi madre que gimió y dejó de chupar unos segundos, gimió y luego pareció tener una idea.

— ¿Cómetelo tú también a mi vale? Hagamos el sesenta y nueve —le dijo mientras se incorporaba y le pasaba una pierna por encima de la cabeza para luego posar sus nalgas cerca de su cara.

Tras esto volvió con energías renovadas a su tarea mientras mi amigo seguro que tenía su chocho en la boca. ¡Y yo allí mirando sin hacer nada! Aunque bueno nada nada, lo cierto es que tenía la polla ya a punto de estallar en mis pantalones de fútbol así que decidí sacarla allí mismo y masturbarme viéndolos, ¿por qué no? Me estaban dando un buen espectáculo, pensé dejando ya atrás el pudor inicial.

— ¿No te corras vale? —dijo mi madre alarmada de repente.

— Vale, entonces follemos ya —pidió mi amigo, que parecía no tenerlas todas consigo.

Mi madre se levantó de nuevo, mostrándome todos sus encantos: gordas tetas, negro coño y cuerpo en general esplendorosamente exuberante y se giró para enseñarme su gordo y redondo culo mientras se colocaba encima de mi amigo, que era tan delgado como yo y se clavaba su polla en su chocho con un gemido de éxtasis hasta hacerla entrar poco a poco y terminar con ella bien adentro. Aquello era fenomenal, ¡un polvo en directo! Yo no paraba de cascármela al otro lado de la puerta en el pasillo.

Luego cambiaron de postura y mi amigo la puso de culo y a cuatro patas en la cama se la calzó desde atrás. Yo los veía perfectamente reflejados en el espejo, pues estaba en paralelo a él. Veía como las tetas de mi madre se bamboleaban, veía como él embestía su culo con fuerza y se aferraba a sus anchas caderas. Veía la cabeza de pelo negro y acaracolado de mi madre moverse con cada embestida mientras se sacudía a un lado y a otro gozando sin parar.

— ¡Creo que no aguantaré mucho! —dijo mi amigo de repente.

— ¡No, no te corras todavía, aguanta! —le gritó mi madre.

— Vale, lo intentaré —dijo él resoplando.

— ¡Sólo un poco más! —dijo mi madre mientras con una mano se frotaba su coño y con la otra se apoyaba en la cama.

Mi amigo tuvo que sacarla un par de veces y descansar, pues se ve que era incapaz de aguantar con ella metida dentro del coño de mi madre todo el tiempo. Y ella decidió cambiar de postura una de esas veces y ponerse ahora debajo para que él la cubriese en la clásica del misionero. Yo seguí allí expiando con ganas de correrme, pero parando para no hacerlo.

— ¡Ya no aguanto más! —exclamó él de repente incorporándose.

— ¡Venga dámela toda! ¡Riégame con tu leche! —dijo ella desde detrás suyo.

Mi amigo se la sacó y comenzó a masturbarse frenéticamente delante de ella. En pocos segundos su polla comenzó a escupir su carga y ésta impactó sobre el vientre, las tetas y se fue concentrando en su ombligo. Al final mi amigo se la acercó a la boca y ella se la chupó con gran placer mientras con sus manos se cogía ambas tetas y se las acariciaba esparciendo la leche que había impactado en ellas.

— ¡Oh has estado fantástico! —exclamó tras sacársela de su boca.

— ¡Tú también! —sonrió mi amigo—. Bueno me voy que prometí a Aday ir a verlo en el partido —dijo el muy bribón, por cierto Aday soy yo....

— ¡Vale, muy bien! Oye, ¿cuándo nos vemos otra vez?

— No sé, a ver si puede ser el viernes, hago rabona en el insti y me vengo aquí.

— ¡Estupendo, te espero ansiosa! —dijo ella soltándole un jugoso morreo de labios.

Yo me escondí en mi cuarto pues mi amigo se estaba vistiendo y en cualquier momento saldría pitando. Mientras tanto yo pensaba: ¿y ahora qué? —y seguía allí esperando a oírle salir, con los nervios a flor de piel.

Cuando oí la puerta de mi casa cerrarse, supe que mi amigo se había marchado. Así que, sigilosamente salí de mi cuarto. Todo estaba en silencio de modo que me encaminé hacia el dormitorio donde había tenido lugar la pillada.

Como un gato, pisaba suavemente el suelo, sin zapatillas para no hacer ruido. Fue entonces cuando volví a oír a mi madre hacer pis en el baño que había contiguo a su dormitorio, así que entré como un gato por su casa y ni corto ni perezoso asomé la cabeza por la puerta.

Cuando me vio, desnuda, dio un grito.

— ¡Pero hijo! ¡Me has dado un susto de muerte! —dijo mientras con una mano se tapaba sus enormes pechos y con la otra.

Desnuda, apenas podía tapar tanta exuberancia, con un brazo tapó sus pechos y con la otra mano su monte de venus.

— Bueno no si hubiese sido Cael, no te habrías asustado, ¿verdad? —pregunté con ironía, sin piedad.

— ¡Cómo dices! —exclamó poniéndose nerviosa.

— Que si hubiese sido Cael en lugar de yo, no te hubieses asustado, ¿verdad?

Mi madre se quedó petrificada.

— ¿Pero... pero, por qué me preguntas eso hijo? —dijo por fin levantándose y girándose hasta alcanzar un albornoz para taparse pudorosamente su cuerpo desnudo.

Al girarse pude contemplar su gran culo y me sorprendió su redondez y tersura, por no hablar de sus hermosos pechos y su Monte de Venus peludo, que aunque tapados, a tan corta distancia distrajeran mi atención y me hicieron sacar detalles sutiles y excitantes de su fugaz visión.

Cubierto ya su cuerpo salió del baño y se dirigió hacia la cama, donde momentos antes se lo habían montado los amantes, el lugar sin duda parecía el campo de batalla, con todo revuelto, incluyendo sus ropas mezcladas con las sábanas y el tanga más allá. Discretamente lo cogió y lo metió en uno de los bolsillos del albornoz.

— Vamos Beyda, deja ya de fingir, nunca pensé que podrías pedirle a mi amigo que se corriera en sus tetas, ¡eso sí que ha tenido gracia! —le espeté a bocajarro.

De nuevo ella se quedó más petrificada que ante la descarnada descripción del zafio acto que había contemplado, tras lo cual se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

— Pero, ¿es que nos has visto? —preguntó temerosa con tanta cautela como le fue posible.

— ¡Pues claro mamá! —exclamé—. ¡Qué buen polvo! ¿no? —le dije sonriendo.

— ¡No me he dado cuenta! —dijo con franqueza—. Por favor, ¡no se lo digas a tu padre! —añadió a continuación con una expresión de incredulidad y estupefacción reflejada en su rostro.

— ¿Ahora te preocupa eso? Y yo que pensé que estarías preocupada por lo que pensaría tu hijo adoptivo al verte follando con su mejor amigo —dije con todo el sarcasmo que fui capaz de sacar de dentro de mí.

La expresión de su cara volvió a cambiar y me miró directamente a los ojos.

— ¡Por supuesto que lo siento Aday! —dijo entre sollozos—. Espero que puedas perdonarme por lo que te he hecho —añadió muy políticamente correcta.

— ¡Ah que te perdone! Vale, ¡ya estás perdonada! —repliqué con sarcasmo explícito.

A continuación ella se desplomó sobre la cama más que sentarse y apartó la incómoda mirada de mí.

— Lo siento hijo, ya sé que es muy fuerte, es tu amigo y entiendo cómo te debes sentir. ¡Oh, no sé cómo he podido! —repetía con cierta exageración a mi entender.

Hasta me dio pena verla tan abatida, pero en realidad lo que tenía por dentro era una mezcla entre rabia y excitación. Así que di los pasos necesarios para acercarme a ella y sentarme al borde de la cama a su lado.

— Venga Beyda, te perdono, no pasa nada, ¿vale? —le dije mientras le cogía la mano.

Entonces ella me miró y por fin pareció calmarse un poco.

—No se lo dirás a tu padre, ¿verdad? —me preguntó de nuevo.

Esto me puso un poco nervioso, pues intuía que todas sus lágrimas no eran más que una

actuación encaminada a ganar mi silencio por medio de la lástima.

— Bueno Beyda, verás yo no tengo inconveniente en olvidar este incidente —le dije con voz rotunda.

— ¿En serio, lo harías? —dijo mientras me besaba la mejilla.

— Si, pero quiero que sigas viéndolo, pues me ha gustado mucho veros follar, ¿sabes? — confesé sin tapujos.

Beyda quedó de nuevo petrificada y girándose hacia mí se apartó un poco escandalizada por mi afirmación.

— Pero, ¡cómo puedes decirme eso! —dijo con cara de espanto.

— Vamos Beyda, he visto cómo gozabas jodiendo con él, ¿por qué iba yo a privarte de un placer así? —le dije pasándole la mano por los hombros.

Ella no podía creer lo que estaba oyendo, a su propio hijo animándola a follar con su mejor amigo y engañar a su marido. Esto sin duda la descolocó.

— Pero hijo, me da vergüenza oírte animarme a hacer algo así con tu amigo —dijo mirando sus manos recogidas en su regazo.

— No pasa nada Beyda, el sexo es como la comida, lo necesitamos. Lo único que pido a cambio es poder mirar mientras lo hacéis, como he hecho hoy —le dije mirándola a los ojos.

Esto ya no pareció gustarle y la expresión de su cara cambió desde la extrañeza hasta la ira.

— ¿Tú mirando? —preguntó ella muy escandalizada—. ¡Imposible, me moriría de la vergüenza! —exclamó acalorada.

— Qué va Beyda, pero si lo haces genial con él, ya te acostumbrarás —le aseguré apretando su hombro con mi mano, intentando convencerla de mi propuesta.

— ¡No lo creo! —me espetó ella rotundamente levantándose y dándome la espalda.

Me quedé sentado en la cama y la dejé que me diese la espalda uno tiempo, esto sin duda la puso algo nerviosa y tensó la situación, nos miramos pero luego apartó la mirada

— Verás Beyda, antes, cuando te he visto desnuda me ha maravillado ver tu culo, tan redondito y terso, le dije mientras inadvertidamente le metía la mano bajo el albornoz y le acariciaba suavemente el cachete derecho.

— ¡Cómo te atreves! —dijo mi madre separándose de mí rápidamente y como por acto reflejo lanzó su mano contra mi cara y una bofetada resonó con estrépito en el silencio de la habitación.

Admito que no me lo esperaba, me sentí tan desconcertado que en un principio no supe cómo reaccionar, hasta que sentí prender la mecha de la furia en mi interior. ¡Cómo había podido hacerlo! —me dije a mí mismo.

Me levanté y la empujé con brusquedad tirándola literalmente encima de la cama. Luego me acerqué a ella y me coloqué entre sus muslos abiertos.

— ¡Tú no eres mi madre! ¿Entiendes? Así que harás lo que yo diga o se lo contaré todo a Danilo —dije, Danilo era mi padre adoptivo.

Fueron unos segundos eternos, los dos respirábamos agitadamente cuando fui consciente de que el albornoz se había abierto y su sexo peludo se dejaba entrever en los pliegues de la tela. Entonces cogí la cinta que lo anudaba y de un tirón deshice el nudo abriéndolo de par en par para mostrar su cuerpo desnudo bajo él.

Ella lo cogió e inmediatamente lo cerró para cubrirse, pero una vez más agarré sus brazos y con furia los separé, llevándome el albornoz con dicha acción y abriendo de nuevo las puertas hacia su cuerpo desnudo frente a mí.

— ¡Tú estás loco Aday!

— Harás lo que yo diga o se lo contaré todo a mi padre, ¡te lo prometo! —bufé en su cara ligeramente inclinado sobre su cuerpo desnudo.

Mis palabras cayeron como una losa en su cara y ésta quedó inmóvil y desnuda frente a mí, ya no se cubrió más.

Entonces bajé mi bragueta e introduje mi mano en ella sacando mi tremenda erección. Al verla, Beyda quedó estupefacta. Luego comencé a masturbarme delante suyo, mientras esta yacía inmóvil, desnuda y boca arriba tumbada en la cama. Respirando agitadamente, sorprendida por mi tempestuosa reacción. Ya no luchaba, sólo observaba, me observaba a mi masturbándome con frenesí encima suyo, observaba cómo empuñaba mi miembro y como, con furia, me la meneaba frente a ella.

Aquello era superior a todo lo que había imaginado, el morbo me hacía tragar una saliva que mi boca no tenía en aquellos momentos de excitación extrema. Los segundos parecieron estirarse y el tiempo detenerse, no tardé mucho en acercarme a mi clímax mientras ella, expectante, yacía abierta de piernas frente a mí, mostrándome su cuerpo desnudo, sus grandes pechos y su coño peludo, respirando agitadamente, seguramente presa aún de la sorpresa por mi atrevida acción.

Finalmente estallé, me dejé ir y los chorros salieron de mi glánde con gran fuerza, impactando por todo su cuerpo. Su barriga, sus grandes tetas y finalmente los últimos, con menos fuerza, en su sexo peludo. La escurrí hasta la última gota mientras ella, atónita era testigo de toda mi corrida.

Sentía que las piernas me fallaban, todo mi cuerpo temblaba tras el tremendo frenesí y el estrés sufrido. Fue como si el orgasmo hubiese sido el final y ahora, cada músculo de él, se aflojará y amenazara con derrumbar toda la estructura.

Ella no dijo nada, quedó inmóvil hasta que hube acabado y luego simplemente cerró su albornoz cubriendo todo el desaguisado sobre su piel y se deslizó por un lado de la cama, levantándose y entrando en el baño para ducharse.

Para cuando terminó, yo ya me había marchado...

¿No me estarás viendo las bragas, verdad?

La Escritora: ¡La más caliente!

La escritora es mi mamá, yo soy Guillermo su hijo y estoy de vacaciones con ella. Estaremos juntos todo el verano en esta casa rural a las afueras de un pueblo pequeño donde ella busca tranquilidad, según dice. A mí la verdad es que me disgusta estar aquí en lugar de estar con mis amigos en la playa o la piscina y debido a esto aún estoy disgustado con ella. Anoche tuvimos una acalorada discusión sobre el asunto y eso que sólo había pasado un día desde nuestra llegada.

Estamos rodeados de olivos y montes donde según dice ella podremos dar largos paseos y hablar. No entiendo su afán por hablar, hablar de qué, después de todo ella pasó todo el año viajando y apenas nos vimos y ahora me trae a esta casa solitaria, vieja y aburrida, con sus paredes de piedra y barro blanqueadas. Definitivamente yo soy un chico de ciudad y creo que eso no lo va a poder cambiarse.

Después de tanto discutir ella terminó llorando —odio que haga eso, yo ya no lloro—, aunque en el fondo me dio pena pues era mi madre y me dolía verla así de apenada. El caso es que cuando se consoló me prometió que si en una semana seguía queriendo irme me llevaría de vuelta con mi padre y podría ir a la piscina y a la playa con mis amigos en la ciudad.

Esta mañana nos hemos levantado muy callados, yo no sé qué decir y ella creo que tampoco. Apenas me ha preguntado qué quería para desayunar y luego, cuando he bajado después de lavarme, me he encontrado que había preparado otra cosa, tostadas con aceite y leche fría con cacao.

Sólo me ha gustado esto último, en principio, aunque después de insistir me probado el pan y me ha gustado, nunca he tomado pan con aceite y lo cierto es que su sabor es delicioso. Según dice es lo típico por aquí, también ha preparado tomate triturado y se lo ha echado a otra tostada y con el nuevo ingrediente me ha gustado aún más, saben mucho estos andaluces.

—Cariño, ¿te apetece pintar?

—¿Cómo dices?

—¿Que si te apetece pintar?, es que el dueño de la casa me ha dicho que perdonase el estado de la casa que tenía que haberla pintado pero que su mujer tuvo un accidente en primavera y no pudo hacerlo, entonces yo le he propuesto que si él traía las brochas y la cal nosotros lo haríamos, ¡vamos será divertido!

—Vaya, y encima de pagarle por estar aquí vamos a tener que pintarle la casa —protesté yo indignado por su ingenua actitud.

—¡Será divertido! Por las mañanas pintaremos y por las tardes daremos paseos y nos bañaremos en el río que no está lejos de aquí. No te lo había dicho pero el dueño me ha comentado que tiene cercada toda la parcela y que parte del río pasa dentro de la misma y podremos bañarnos con intimidad en él, imagínate lo, ¡un río para nosotros solos!

Mi madre parece estar mucho más ilusionada que yo, pero no quiero comenzar otra discusión así que accedo a pintar. Después de todo, ¿qué vamos a hacer aquí todo el día sin ir a ningún sitio?

En una nave contigua a la casa el dueño había dejado todos los apaños para pintar, brochas y cal. Yo desconocía aquella faceta pintora de mi madre, pero al parecer cuando era joven lo hacía en su casa del pueblo.

Ya llevamos una hora pintando, el calor empieza a hacer mella en nosotros, menos mal que el corral son apenas cuatro paredes sin mucha complicación y no tardaremos en acabarlo. Pintamos en silencio y este silencio me hace reflexionar, pienso en mi madre, la veo pintando junto a mí y recuerdo que la echaba de menos. Desde que se divorciaron, apenas pasamos tiempo juntos, el verano y algunos fines de semana. Este año ha sido especialmente intenso pues ha publicado un libro y ha estado de gira, por lo que apenas nos hemos visto.

—¿En qué piensas Guille? —me pregunta mi madre rompiendo el hielo.

—En nada —contesto yo de forma seca.

—Sabes, trabajar es bueno, relaja los músculos y la cabeza, pues mientras trabajas puedes pensar con claridad, por eso te preguntaba en qué piensas.

—Bueno pensaba en lo poco que nos hemos visto este año.

—¡Lo siento hijo, ya sabes que publiqué el libro y he estado muchos meses de viaje!

—Ya lo sé mamá, supongo que es muy bueno para ti.

—Si, se está vendiendo bien, creo que no tendré que publicar otro hasta dentro de dos o tres años. Con lo que ahora nos podremos ver más. Por eso quería que vinieses aquí conmigo para poder estar juntos, ¿lo entiendes? Aunque ya sé que es un fastidio no tener a los amigos cerca, pero hijo piensa que es para poder recuperar el tiempo perdido.

Continuamos el trabajo, mi madre ahora tiene que subirse a una escalera y me pide que se la aguante mientras ella pinta. Tengo la camiseta manchada por el sudor y ella también tiene su camisa mojada porque se ha echado agua por encima mientras bebía. Y para refrescarse se ha desabrochado dos botones de esta e incluso se le ve el sujetador. La verdad es que me da vergüenza mirar, es el tabú de ver desnuda a tu propia madre lo que me hace sentir remordimientos y apartar la mirada, aunque admito que se conserva muy bien y siempre ha sido muy guapa. La encuentro más delgada, se ve que con tanto viaje ha comido poco o mal y ha perdido peso quedándose con una buena figura.

Ahora que sujeto la escalera, me doy cuenta con cierto espanto de que al mirar para arriba sus nalgas se muestran ante mi sin tapujos, puedo ver también sus bragas blancas y durante unos instantes me quedo absorto en su contemplación, pero de nuevo el pudor me hace apartar la vista.

A mis edad me considero sexualmente muy activo, me masturbo varias veces al día, me excito contemplando un par de revistas porno que escondo celosamente entre mis libros que supuestamente he traído para leer. Una de ellas me gusta especialmente pues es muy guarra y se ven unas mujeres impresionantes, junto a escenas muy escabrosas donde los tíos eyaculan en sus caras y cuerpos. Me pregunto cómo conseguirán captar los chorros de semen en pleno vuelo en las fotos, parecen esculpidos en mármol.

Absorto como estoy en mis íntimos pensamientos no tarda en ponérseme dura bajo las bermudas y deseo que llegue la siesta para masturbarme y eyacular, algo que como ya he dicho hago muy a menudo.

De nuevo miro hacia arriba y veo los muslos sudorosos de mi madre que se afana en continuar pintando, también me fijo en lo empapadas que tiene las bragas, especialmente entre cachete y cachete, en lo que sería la raja del culo. Entonces surge lo inesperado y me doy cuenta de que mi madre se ha dado cuenta.

—¡Guille! ¿No me estarás viendo las bragas, verdad? —exclama para mi vergüenza.

Sin saber qué hacer o qué decir miro para abajo sintiendo como el calor que me ruboriza sube hasta mi cara.

—Es broma hombre, no te avergüences, sólo bromeaba. Soy tu madre, no sería la primera vez que me ves en bragas, ¿no? —dice para quitarle hierro al asunto.

Continuamos pintando y por fin baja de la escalera, me siento aliviado, pues ya no sabía dónde mirar y la situación se había tornado muy embarazosa.

Pero ahora que está abajo veo cómo me mira la entrepierna y mi excitación, aunque no es total, creo que lo nota. Instintivamente miro para abajo, para comprobarlo con mis propios ojos y creo que no se nota tanto. Pero cuando levanto la mirada ella me mira y sonrío.

—Me has visto las bragas, ¿verdad? —me pregunta para más inri.

—¡Bueno si, no he podido evitarlo! —admito sin tapujos.

—Bueno creo que esto ha sido algo embarazoso también para mí.

—Un poco —admito.

Ella sonrío de nuevo y me acaricia el pelo.

—No me he dado cuenta de que estaba provocándote hasta que te he visto mirándome desde abajo.

—¡Yo no quería mirar pero es que...! —digo sin ser capaz de continuar la frase.

—No pasa nada Guille, total unas bragas son unas bragas —dice ella mientras sonrío.

No sé para dónde mirar, quiero gritar: "Tierra trágame", pero eso no me sacará de esta embarazosa situación. Por suerte para mí, mi madre se da cuenta de lo incómodo de la situación y propone una salida de esta.

—Oye Guille, qué te parece si preparo unos bocadillos y nos vamos a pasar el día al río, nos podemos bañar allí y hasta echar la siesta, según me ha dicho Cipriano hay sombras de álamos que crecen junto al río y estaremos muy bien.

—Bueno —me limito a decir, pues estoy bastante cortado tras los últimos acontecimientos.

Al terminar, nos ponemos los bañadores sin ducharnos, pues al fin y al cabo nos vamos a bañar ahora mismo, así que emprendemos camino hacia el río.

Creo que debe de estar a un kilómetro más o menos y el paseo se nos hace interminable bajo el intenso sol. Menos mal que vamos provistos de sombreros de paja que hemos encontrado en el cortijo.

Al llegar al paraje comprendo por qué se lo recomendó tanto el casero. En medio de gigantes álamos, que proyectan grandes sombras, vemos una presa natural hecha en el cauce del riachuelo que pasa por allí, que cae en una pequeña catarata en la parte de arriba dejando el

agua mansa permanecer en la poza que forma nuestra piscina privada y salvaje.

—Oye, Guille. Tengo ganas de hacer pis, ¿te importa si lo hago aquí mismo? —dice nada más llegar. Por favor, sé discreto y no mires, ¿vale cariño?

—Está bien mamá, no miraré —contesto yo algo escandalizado.

Mientras, continúo admirando el paisaje, pero no puedo evitar oír el chorro que cae con fuerza en el agujero y siento la tentación de mirar de reojo, pero me da mucha vergüenza, así que lucho por no hacerlo y que se pueda dar cuenta de nuevo. Es extraño, siento morbo ante esta situación y rechazo al mismo tiempo.

—Ya he terminado —dice y mientras me giro la veo terminando de subirse la parte de abajo del bañador.

Casi de inmediato miro al suelo y veo la marca de su pipí.

—Tenía mucho pipí —dice ella sonriendo al verme observar la gran mancha.

No digo nada, creo que es algo raro todo esto, así que me quito la camiseta y le propongo meternos en el agua.

Nada más entrar descubrimos con sorpresa lo fresquista que está y se nos quitan las ganas de meternos del tirón, teniendo que hacerlo poco a poco adaptándonos a su temperatura.

Mientras nos metemos no puedo evitar fijarme en lo duros que se le han puesto los pezones a mi madre, es curioso nunca había reparado en lo grandes que los tiene, y no es que tenga los pechos muy grandes, es ciertamente curioso. Sin duda el frío del agua hace que se le ericen de esa manera tan espectacular, pienso.

—Está fresquista, ¿eh? —dice mi madre mientras se remoja los brazos tímidamente para ir aclimatándose a su temperatura.

—Sí, muy fría, especialmente cuando llega a ... —tengo que detenerme pues iba a soltarle una burrada a mi madre.

—¿Ah los huevecillos? —termina afirmando ella dada mi timidez.

—Sí, a eso —contesto yo mientras nos reímos a carcajada limpia—. Por cierto mamá, a ti también te sienta mal el agua fría, afirmo yo mirando su bikini con regocijo.

Para colmo mi madre parece no haber cogido el chiste y se sonríe, aunque extrañada trata de averiguar lo que ha llamado mi atención de su anatomía. No tarda mucho en darse cuenta lo abultado de sus pezones y entonces su risa cambia volviéndose algo más una risa nerviosa que graciosa.

—¡Qué vergüenza hijo, no lo sabía! —exclama mi madre ruborizándose, ¡touché!

—No te preocupes mamá, es algo natural, ¿verdad?

—Supongo que sí, —afirma intentando estirarse el bikini para disimularlos, pero no funciona.

Nos adaptamos a la temperatura del agua y nos metemos por completo. Una vez dentro descubrimos que no está tan fría, hay rocas en el fondo por lo que hay que tener cuidado donde se pone el pie, De momento nos sentamos junto a la orilla y nos relajamos.

—¿Tienes hambre cariño?

—¡Un montón! —contesto al instante pues tanto pintar ha despertado mi voraz apetito.

Nos salimos y buscamos una sombra a la que extender las toallas. Nos sentamos y comenzamos a devorar los bocadillos que hemos traído. Mi madre me ofrece una cerveza, la he probado y no me gusta mucho, pero no hay otra cosa así que bebo y tras tomar el bocadillo siento que no está tan mala como la vez que la probé, será el calor lo que me hace apreciar su amargo frescor.

Al final decidimos echarnos la siesta, nos tumbamos en las toallas y nos quedamos dormidos.

(...)

No sé cuánto, tiempo he pasado durmiendo, lo que sé es que he descansado muy bien, se nota que el trabajo también da sueño. Mi madre aún duerme en su toalla a mi lado. Me doy cuenta de que la estoy mirando, no puedo evitar el contemplarla.

El bikini le sienta muy bien, con lo seca que se ha quedado parece una modelo. Es rosa, yo diría que hasta un poco provocativo pues su tamaño se podría decir que es reducido, aunque sin llegar a ser escandaloso. Ella duerme plácidamente mientras yo la observo. Sus pezones ya han vuelto a su estado natural.

Su pelo rubio ondea suavemente con el suave viento que corre. Hace mucho calor y el viento está igualmente caliente y es sofocante. Este calor provoca un nuevo efecto inesperado en mí, despertando la impaciente que quiere pedirme guerra, pero no puedo, mi madre está justo a mi lado. Así que olvido a la impaciente esperando que se tranquilice un poco...

He intentado cerrar los ojos y seguir durmiendo, pero la excitación que siento me lo ha impedido. Cuando cierro los ojos veo el culo de ella subida a la escalera, veo sus bragas blancas y sudadas y no puedo quitarme de la cabeza estas imágenes.

Mi mente está confundida, por un lado, siento deseo y atracción sexual hacia su cuerpo y por otro rechazo ante algo prohibido, algo que la sociedad me ha dicho que está mal.

En mi locura sexual desatada, incluso se me ha pasado por la cabeza la idea de acariciarle un pecho mientras duerme, o incluso bajarle un poco el bañador para mirar el secreto que se esconde tras su tela, pero el miedo a que se despierte y se dé cuenta de lo que hago me paraliza y soy incapaz de intentarlo siquiera.

Las imágenes lujuriosas continúan pasando por mi mente sin yo poder hacer nada para evitarlas, sólo repudiarlas al olvido conforme van llegando, o al menos intentarlo, pues el morbo que me producen me hace a la vez desearlas.

Harto ya de psicosis decido levantarme y bañarme en la fresca presa natural a ver si el agua fría aplaca mi dilatada imaginación. Ahora está menos fría la entrar así que en unos segundos estoy chapoteando en el líquido elemento. Mientras tanto mi madre se desperezará de su siesta y saludarme mientras me baño.

Tras unos minutos, mi madre termina de desperezarse y se lanza literalmente al agua estilo “bomba” consiguiendo salpicar mucha a gua. Muy sonriente se acerca hacia mí y comienza una peleilla para darme una ahogadilla, me coge por la espalda e intenta tirarme para atrás, yo me resisto un poco pero finalmente me dejo sumergir. Tras unos segundos salgo de nuevo a la superficie y ahora la agarro yo a ella para pagar su ofensa con la misma moneda, ella se resiste más. La cojo por la cintura desde su espalda y sin querer en el forcejeo aprieto sus pechos y

pego su culo contra mi pene, por unos segundos soy consciente del magreo fortuito que estoy disfrutando, finalmente ella se deja sumergir y yo la libero para dejarla salir.

—¡Qué divertido! —comenta mi madre muy sonriente.

—Sí, el agua está muy buena y el paisaje es espectacular.

—¡Si, es fantástico!

Continuamos jugando en el agua, aunque ya apenas hay contacto corporal, nadamos juntos y echamos carreras de un extremo a otro de la charca. En el fondo del agua crecen algas de río y otras plantas subacuáticas que no conozco, pero en general el agua está bastante limpia, fría pero limpia.

Tras el día en la pequeña presa natural en el río, al atardecer volvemos al cortijo, nos duchamos y nos vestimos para salir a pasear por el campo. El Sol está ya muy bajo en el horizonte y el cielo, después del calor que ha hecho hoy hay calima y esto hace que el cielo no se azul sino más bien se torna pajizo. Subimos a un cerro para ver mejor la puesta de sol y nos sentamos en unas piedras salientes.

—¿Te gusta el espectáculo? —me pregunta mi madre cogiéndome la mano.

—Sí, es una puesta de sol preciosa.

—Merece la pena aburrirse todo el día para ver esto, ¿oh no?

—Lo cierto es que hoy no me he aburrido mamá —le confieso.

—Es que como decías que estar aquí era muy aburrido —insiste ella metiendo el dedo en la llaga de la discusión de la noche anterior.

—Bueno, tal vez me equivocaba —admito yo finalmente.

Mi madre me echa su brazo por el hombro y se acerca más, entonces puedo oler más intensamente su perfume, es delicioso.

—¡Hueles de maravilla mamá! —digo oliendo su pelo más de cerca.

—Vaya, creo que igual me he pasado con el perfume, ¿te gusta?

—Mucho —reitero—, puedes echarte todo el que quieras —bromeo.

Mi madre sonrío y me da un sonoro beso en la mejilla.

—Ciertamente eres un encanto Guille —te he echado mucho de menos este año.

—Oye mamá, ¿sabes que te quedaste más flaca de tanto viajar?

—¿En serio? ¿Me ves más guapa así de delgada?

—¡Oh sí, estás muy guapa mamá! ¿Te has echado novio por ahí viajando? —le pregunto yo de sopetón casi sin pensarlo.

—¡Oh, no! No he tenido tiempo ni para eso hijo, ¿y tú, tienes ya alguna chica que te guste a la vista?

—¿Yo? Tampoco, la verdad es que me da mucha vergüenza hablar con ellas mamá.

Ella me acaricia el pelo y suspira.

—¿Pero por qué, las chicas no muerden? Sólo tienes que hablar con ellas como si lo hicieses

conmigo, sin vergüenza, no tienes nada que temer.

—Sí, pero es que luego a la hora de la verdad me da corte, y más si es una chica que me gusta.

—Entonces, ¿te gusta alguna, no? ¿Y cómo es ella?

Parece que mi madre siente curiosidad por conocer mis escarceos amorosos con las chicas, aunque la verdad es que no hay mucho que contar, salvo claro, las pajas que les dedico en la intimidad, pero eso mejor que quede para mí.

—Bueno sí, me gustan algunas chicas, especialmente las que tienen un grandes melones —digo pensando en las actrices porno de mis revistas dejándome llevar por la confianza, luego me doy cuenta de que he metido la pata por no medir mis palabras.

—¿En serio? ¿Entonces te gustan las chicas con mucho pecho?

—Bueno sí, perdóname mamá no quería ser tan explícito.

—No te preocupes Guille, es normal que te fijes en los pechos de las chicas, todos los hombres lo hacen.

Ella parece muy comprensiva, aunque yo estoy muy colorado, menos mal que está oscureciendo y no se me debe notar. A continuación, nos quedamos cayados, limitándonos a contemplar la puesta de Sol.

Finalmente, mi madre vuelve a interesarse por mi vida sexual.

—Entonces Guille, ¿de verdad no tienes ninguna amiga?

—No mamá, me da mucha vergüenza hablar con las chicas, ya te lo he dicho —digo apesadumbrado.

—No pasa nada Guille, con el tiempo se te pasará. Si quieres yo puedo darte algún consejo, cualquier cosa que quieras saber sobre las chicas me la puedes preguntar con total libertad, ¿vale?

—Gracias mamá, a lo mejor en otra ocasión se me ocurre algo.

El Sol ya ha bajado completamente tras la línea del horizonte, por lo que nos levantamos y volvemos caminando hacia la casa. Ya de camino me surge una pregunta que hacer a mi madre, pero me da un poco de vergüenza, así que dudo en si hacérsela o no durante unos minutos. Finalmente se la suelto...

—Oye, mamá, tengo una pregunta sobre las chicas.

—Adelante, pregúntame lo que quieras.

—¿Las chicas también tienen deseos sexuales a mi edad?

Mi madre se queda un poco extrañada por mi pregunta, hace una pausa y finalmente me contesta.

—Hijo, el deseo sexual a vuestra edad es cuando comienza a despertarse. Es normal que sintáis curiosidad los unos por los otros y que tengáis dudas en lo referente a este tema. El deseo es distinto en los chicos que, en las chicas, por lo que yo se, los chicos tenéis normalmente un mayor deseo sexual a esta edad, las chicas en cambio no tanto. Aunque ellas

es algo distinto menos explícito que en vosotros, es más mental.

Tego que admitir que se ha esforzado por aclarar mis dudas, tras explicármelo espera unos segundos antes de interesarse por si lo he entendido.

—No sé es a esto a lo que te referías hijo, ¿era lo que querías saber?

—Entonces es normal que los chicos pensemos mucho en el sexo, ¿no?

—Sí, es todo tan nuevo para vosotros que os apasiona, supongo que por eso lo “pensáis tanto”.

—Otra cosa mamá, es que algunos amigos dicen, que... bueno que masturbarse es malo, que se te puede caer el cabello, ¿eso es cierto?

—¡No, claro que no! Ese acto es también natural, os sirve para conocer mejor vuestro cuerpo y sobre todo vuestro pene.

—¡Ah, vaya, pues hay mucha gente que piensa que es malo!

Continuamos de regreso, los árboles ya son sombras en la penumbra que empieza a cernirse sobre el campo.

—¿Tú te masturbas mucho Guille? ¿No me refiero a que hacerlo mucho sea malo, sino a si lo haces con mucha frecuencia?

—Bueno mamá, pues lo normal supongo. A lo mejor un par de veces al día. Una por la mañana y una por la noche.

—Si, está bien —contesta ella dándolo por razonable.

Aunque en este punto me he permitido mentir un poco por vergüenza, pues no quería contarle que lo hago hasta cinco veces en un día, no tengo tanta confianza con ella.

—¿Y las mujeres cuanto lo hacéis? —pregunto yo ahora aprovechando para saciar mi curiosidad.

—Pues nosotras algo menos, pero como ya te he dicho, las mujeres viven el sexo de otra manera, a diferencia de los hombres.

—¿Y tú lo haces ahora? Cómo me has dicho que no tienes novio.

—Hombre, pues sí, como estoy sola lo hago de vez en cuando, cuando siento necesidad.

La conversación está llegando a límites realmente morbosos y siento confianza como para continuar preguntando.

—¿Y eso cuantas veces es? —le pregunto yo presionándola a lo mejor en exceso.

—Pues vaya, ¿qué pillín estás hecho eh? Bueno una vez por semana más o menos.

—¡Qué poco, comparado conmigo! ¿no?

—Como ya te he dicho es distinto hijo en la mujer y en el hombre. No se puede comparar.

Desde luego mi madre se está portando, no tenía ni idea de que fuese tan liberal. Ya de pequeño cuando me explicaron de dónde vienen los niños, recuerdo que ella ponía mucho empeño en que lo entendiese y me hablaron de todo, del pene, de la vagina y de cómo se hace el amor.

¡Las revistas guarras de papá!

El Despertar Sexual

Al volver a casa entré contenta y feliz como una lombriz tras la tarde de sexo con Santi. Y entrando al salón me llevé una gran sorpresa. Mi padre, ni corto ni perezoso, ¡estaba pelándose en el sofá mientras veía una revista porno!

Al verme, se sobresaltó y muy nervioso apenas atinó a meter su larga picha en sus calzoncillos.

—¡Clara has vuelto! —dijo mientras intentaba guardar su herramienta.

—¡Papá, no pensaba que...!

Dije yo extasiada mientras la visión fugaz de su gran polla se grababa a fuego en mi mente.

—¡Yo no quería molestarte! —dijo parada en la esquina del salón tras el recibidor.

—¡No pasa nada hija, solo estaba leyendo un poco... —carraspeó y luego cogió la revista porno que tenía abierta sobre el periódico y como si tal cosa la cerró! En ella una chica rubia de enormes tetas se estaba metía un dedo en su hinchado chocho, con una expresión explícita de placer arqueando sus morritos pintados en un rojo carmín, con postura muy sugerente mirando a aquel que la contemplase en aquellas páginas impresas.

—¡Oh, papá! ¿eso es una revista porno? ¿Me la dejas ver? —le dije acercándome y sentándome en el sofá junto a él.

—¡No hija! —espetó en mi jeta.

—¿Pero por qué, ya soy mayor de edad y puedo verla?

Mi padre cogió el periódico y lo enrolló.

—Pues porque hija, es algo íntimo mío y me da vergüenza que lo veas, ¿entiendes?

—Vamos papá, ya sé que los tíos veis porno, clara también me ha enseñado las revistas guarras de su padre.

Tras recapacitar un poco mi padre decidió tenderme el periódico.

—Está bien, si quieres échale un vistazo y me la devuelves, ¿vale? Pero en tu cuarto, por favor —dijo finalmente.

—¡Vamos papá qué tímido eres! El sexo es algo natural como me dijiste, ¿no? —dije yo abriendo el periódico allí mismo y descubriendo el pastel.

Se trataba de la extinta revista “Edad legal”, donde una serie de jovencitas se desnudaban y les hacían fotos. Pasé las páginas y una tras otra aparecieron chicas jóvenes en posturas más o menos sugerentes.

—Pero no se ven pichas —dije yo a modo de protesta.

—Bueno hija, es que esta revista no es porno, digamos que es más light.

—Pues en las del padre de clara salen pollas enormes, así como la tuya —dije yo mirando su bulto en el calzoncillo. ¿Te la estabas cascando, verdad? ¿ún la tienes larga.

—¡Bueno hija, no seas tan descarada! —protestó él.

—Se parece a las de las revistas, papá —continué diciéndole para ponerlo más nervioso.

—¿En serio?

—Y tanto, ¿sabes? Me ha gustado pillarte masturbándote, ha sido algo excitante —le confesé mientras me mordía el labio inferior.

—¡Vamos Clara, no me digas eso que me da vergüenza!

—Te masturbarías delante mío, me gustaría verte corriéndote —me atreví a sugerirle.

—¡No por dios! ¡Eso sería muy inapropiado hija! —protestó.

Así que allí no tenía más que hacer, de modo que me levanté y me despedí de él.

—Bueno, tal vez otro día, ¡me voy a dar una ducha! Esta conversación me ha puesto un poco alterada —le confesé, guiñándole un ojo.

—¡Vale hija, ve!

—Anda, ahora te la puedes sacar y acabarte, no es bueno dejarlo a medias, dicen que luego os duelen los testículos —agregué con descaro y luego me giré y me marché.

En la ducha limpié bien mi sexo y disfruté con unas caricias más, rememorando la visión de mi padre masturbándose. Me preguntaba si en ese momento seguiría cascándosela en el salón hasta acabar. Me imaginaba su enorme picha soltando leche, Santi no la tenía tan larga, pero sí gorda.

Cuando salí me puse un pijama de pantalón corto y una camiseta, sin sujetador, dispuesta para cenar e irme a la cama.

Mi padre me había preparado una tortilla francesa y otra para él. También una ensalada de tomate así que me invitó a sentarme a la mesa.

—¡Oye, hija, perdona lo de antes, me temo que me has pillado en una situación incómoda! —me dijo mi padre riendo un poco por puro nerviosismo.

—No te preocupes papá. Esas cosas son normales, ¿no? Después de todo tú no tienes pareja —dije yo aparentando madurez.

—Bueno sí, es que bueno, la verdad es que no puedo hablar de ello contigo, me da vergüenza, lo siento —volvió a reír nervioso.

—Pues papá, si quieres que te cuente las cosas, como me decías el otro día, creo que tú también deberías hacer lo mismo conmigo, ¿no crees?

—Cierto Clara, eres ya tan mayor —dijo mi padre admirando mi madurez—. Por un momento me sentí muy halagada.

—Hoy he ido a ver a Santi, papá —le dije.

—¿A sí? ¿De nuevo deberes?

—Más o menos —le sonreí.

Entonces le conté que sentía algo por él pero que creía que no era amor. Mi padre escuchó atentamente mis palabras. Le dije que me besó y que la sensación fue extraña pero que eso

reforzaba mi idea de que no era amor.

—Bueno hija, el amor no es como lo pintan en las pelis, ¿sabes? Tienes que darte tiempo, si es amor con el tiempo lo sabrás.

—¿Tú amabas a mamá?

Mi padre se quedó parado, mi pregunta tal vez fue como un cuchillo en su alma.

—Si, la amaba, pero bueno pasó lo que pasó y eso no podemos remediarlo.

—¡La odio por hacerte lo que te hizo! ¡Por hacérselo a ambos! —dije con rabia contenida.

—Pero Clara, ella lo hizo por amor, ya sé que parece una locura, pero se enamoró, aunque eso nos hiciera daño. Lo hablamos y ella me pidió que me quedase contigo porque creía que yo sería un mejor padre que ella madre.

Por momentos sentí que me venía abajo, pero finalmente me contuve.

—Bueno mejor no sigamos hablando de eso. Papá, hoy he visto a Iziar, la madre de Santi y me parece una mujer muy dulce y cariñosa, ¿qué piensas ella?

—¿Estás haciendo de celestina?

—Bueno si —dije sonriendo—. ¿Te gusta físicamente?

—Pues, en fin, esto es difícil hablarlo contigo. Digamos que es gordita, pero parece agradable como tú dices.

—¿Y por qué no les invitamos un día a cenar?

—No sé hija, yo me muero de vergüenza —dijo él poniéndose colorado.

—Venga papá, quien sabe, a lo mejor ya no necesitas autosatisfacerte —me atreví a decirle.

—¡Qué vergüenza hija! No sé cómo he estado para ponerme a hacerlo en el salón.

—¡Vamos papá, no pasa nada! ¿Te has corrido?

Mi padre se quedó un poco callado, no se atrevía a contestar.

—Bueno al final te he hecho caso y he acabado, por el bien de mis testículos —dijo sonriéndome.

—Me hubiese gustado verte, creo que hubiese sido interesante —dije yo suspirando.

—Clara, eso no es posible y lo sabes —me aseguré.

—Que sepas que me he masturbado en la ducha —le confesé—, me ha excitado pillarte haciéndolo, ¿sabes?

—Creo que es mejor que no sigas Clara.

—Está bien papá, creo que me iré a dormir.

(...)

Un día estaba limpiando, recuerdo que era sábado y mi padre preparaba la comida mientras lo hacía. Cuando llegué al salón vi en el revistero algunos periódicos viejos y decidí tirarlos. Al cogerlos cayó al suelo una pequeña revista que estaba entre sus pliegues, al cogerla leí su título: Private.

Era una revista porno, tal vez la que mi padre estaba usando para pajearse días atrás cuando lo pillé in fraganti en el salón. Así que me senté a echarle un vistazo y descubrí que aquellas mujeres eran todas gordas, de carnes exuberantes, grandes tetas, grandes culos, grandes muslos y grandes chochos. Escandalizada sonreí, y pensé en lo mucho que se parecía a la madre de Santi a aquel tipo de mujer.

Entonces mi padre apareció, listo para poner la mesa.

—Clara, ¡por favor no mires esas cosas! —dijo sintiéndose culpable por haberse descuidado de esa manera.

Se acercó e intentó cogerla, pero yo la retiré ante su cara.

—¡Vamos papá ya soy mayor, no pasa nada! El padre de Lisa también ve estas revistas y ella y yo se las hemos cogido prestadas —le dije para su asombro.

Se sentó a mi lado y se dio por vencido

—Es que me da vergüenza que las veas, Clara, es como si vieses una parte de mi que no quiero que conozcas, una parte muy íntima.

—Lo entiendo papá, pero no pasa nada, ¡créeme! Yo lo veo normal y también me excito en cierta medida mirándolas.

—¡Vale! Bueno supongo que esto también nos hará confiar más el uno en el otro, ¿no?

—Por supuesto papá. Oye, estaba pensando que bueno, ¿te gustan así, entradas en carnes?

—No sé, la compré por ver algo distinto. Lo cierto es que ellas también son excitantes.

—Como la madre de Santi, ¿no?

—Bueno si, ella supongo que desnuda será como ellas —admitió mi padre sonriendo.

—¿Oye y por qué no la invitas un día al cine? Yo creo que le gustas.

—¿Tú crees? —dijo él dudando de mi afirmación.

—Estoy segura, invítala al cine, luego llévala a bailar y quien sabe, lo mismo te muestra sus encantos —dije yo riendo.

—Está bien Clara, ¡me estás liando, pero lo voy a intentar! Tú pondrías alguna pega si me enamora de ella.

—¡En absoluto papá!

Entonces decidí aprovechar para sacar otro tema.

—Por cierto, hay algo que me gustaría pedirte. Y sé que te parecerá raro y seguramente me digas que no, pero tengo que intentarlo.

—Está bien hija adelante —dijo él con cautela.

—Santi y yo tenemos relaciones, creo que ya lo sospechabas. El caso es que nos gustaría dar un paso más pero no tenemos condones y a él le da mucha vergüenza pedirlos a su madre o peor ir a la farmacia.

Mi padre sonrió ante mi atrevido razonamiento y esperó mi pregunta pacientemente.

—¿Tú nos podrías dar alguno? Y sabes, para probar y eso... —dije yo mostrando la mejor de

mis sonrisas.

—Clara, sé que te va a parecer raro, pero si. Prometo comprar una caja y te daré algunos para que los uses como quieras con Santi. Porque si no lo hago sé que no parareis y sería peor que tuvieses un accidente y quedaras embarazada por mi culpa.

—¡Gracias papá! —dije dándole un beso.

No creí que mi padre fuese tan moderno, pero creo que como en el fondo se sentía atraído por la madre de Santi, pensó que también le podrían servir a él. Doble fin, ¡doble satisfacción por nuestra parte!

Padre, he pecado...

Liberándome

Cuando terminamos de fregar, me despedí de Faustine y di una vuelta a la manzana para despistarla, entrando a la sacristía donde ya sabía que Fabién estaría.

Me encontré con él en la sacristía y tras saludarnos de nuevo me acompañó al confesionario, como si intuyese que necesitaba hablar de algo.

— Verá padre —comencé tras arrodillarme a su lado—. La otra noche ocurrió algo en mi casa que me trae de cabeza.

— Muy bien hija, ¿y qué fue eso que atrapa tu alma?

— Verá, estábamos mi hijo y yo cenando con una amiga. Una buena amiga y fui partícipe de cómo se tiraban los tejos.

— Bueno, no hay nada de malo en el amor, ¿no?

— No, tiene razón. Pero es que mi hijo la invitó a su habitación delante de mí y ella aceptó.

— ¡Ah, ya entiendo! —se limitó a decir Fabién.

— El caso es que no me supe resistir a la curiosidad y les expié por la puerta.

— ¿Los viste hacer el amor? —preguntó el padre.

— ¡Oh, sí y me sentí culpable después!

— ¡Bueno hija, todos somos débiles a veces frente a la tentación!

— Ya padre, pero es que mientras veía como mi hijo lo hacía con mi amiga, fui más débil y me masturbé mientras los miraba, como una jovencita y bueno, eso ya no lo soy.

Pero esta vez el padre calló, así que proseguí con mi relato.

— Verá padre, es que bueno a veces me masturbo pues no tengo pareja como usted ya sabe. Pero esta vez, el hacerlo mientras veía a mi hijo y a mi amiga obscenamente practicando sexo creo que me hizo sentirme culpable después.

— ¿Por qué dices eso?

— Pues porque vi cosas que yo nunca he hecho, como a mi amiga practicándole una felación a él y este devolviéndole un cunnilingus a ella y bueno, yo siempre he sido clásica en el amor, ¿me entiende?

— ¡Oh si claro! Bueno esas prácticas no es que estén aprobadas, pero somos débiles en el sexo mujer.

— Por eso mientras los veía sentí envidia de ella, ¡no pensé en mi hijo de esa manera claro! Sino porque deseé que alguien me hiciese a mí lo que a ella. Incluso deseé hacer yo también una mamada a ese hombre.

— Bueno mujer la tentación de la carne es fuerte, pero debemos resistirnos a ella —me dijo el padre Fabién intentando aplacar mis ansias recordando aquel acto sexual y explícito entre mi hijo y mi amiga.

— Tiene toda la razón padre, la tentación es muy fuerte y no lo entiendo porque yo hace mucho que ya no tengo la regla y con la menopausia creí haber perdido mis apetitos, en fin, creo que le aburro con estas cosas de mujer —dije yo intentando serenarme.

— No me aburres mujer, estoy aquí para darte consejo si es que puedo. Entonces no pasó nada más esa noche.

— Bueno, básicamente ellos siguieron a lo suyo, ¡pasándoselo bomba! Y yo seguí espiándolos escondida mientras me masturbaba en cucullas, ¡qué obscenidad padre! No tendría que darle tantos detalles, ¿verdad? —dije yo escandalizada.

— No pasa nada mujer, si esos pensamientos te turban mejor compartirlos en secreto de confesión conmigo, no pasa nada.

— ¡Oh padre qué comprensivo es! Le confieso que ese día tuve un orgasmo fenomenal y literalmente se me escapó un poco de líquido, creando un charco en el suelo, así que fui a limpiarlo y cuando estaba en ello va mi amiga y abre dándome con la puerta en la cabeza, ¡qué vergüenza padre! —dije recordando ese doloroso golpe que me di con la puerta.

— ¡Oh vaya hija, esa noche fue movida, eh! —dijo el joven padre sonriendo.

— ¡Oh si padre, a eso tuve que sumar la vergüenza de que mi amiga supiese que había mirado! Luego ella le quitó hierro al asunto y me dijo que no le había importado.

— Ciertamente tu amiga fue comprensiva con tu desliz —comentó el padre Fabián.

El confesionario donde estaba sentada no era como los de antes, únicamente estaba formado por una silla de madera que a un lado tenía un reposapiés donde la persona podía arrodillarse para hablar al lado del padre, por lo que desde él se tenía una visión completa del confesor y se estaba muy próximo a éste.

Así, arrodillada al lado del padre Fabián, me fijé como la bragueta del pantalón oscuro que vestía, aparecía arqueada ante mí e inevitablemente pensé que esto era por la presión de su vástago interior y me alarmé mucho.

Entonces tímidamente extendí mi mano y sin que el padre se percatase a tiempo agarré su erección, confirmando mis sospechas.

— ¡Padre, se ha excitado! —dije sin poder dar crédito a mis ojos.

— ¡Oh hija yo no quería! —dijo él sacudiéndose con rapidez mi mano de su bragueta—. ¡Oh discúlpame! Ahora soy yo el avergonzado —dijo atropelladamente el joven padre mientras se tapaba con la chaqueta oscura la entrepierna.

— ¡Oh no se preocupe padre, en el fondo todos somos humanos! —dije yo comprensiva sin dejar de pensar que a mi lado estaba aquel joven sacerdote empalmado por mi historia y esto me excitó muchísimo, pues recordé mis pensamientos mientras veía a mi hijo follar con mi amiga.

Ni corta ni perezosa volvía a coger su miembro y lo estrujé con mi mano, encontrándolo muy duro bajo el pantalón, aprisionado por sus calzoncillos y su bragueta y comencé a moverlo como por instinto.

— ¡Oh hija no hagas eso! —dijo el padre Fabián sujetándome la mano.

— ¡Oh padre lo siento, es que yo no he podido resistirme! En el fondo estoy tan caliente que admito que verlo excitado por mi historia me ha excitado aún más a mí.

— ¡Vamos hija, si le parece demos por terminada la confesión e intentemos relajarnos ya arreglar el entuerto tomando un café, ¿le parece Claudine?

— ¡Oh bueno! Como usted desee —dije yo aún turbada.

Cuando pasamos la sacristía y atravesamos una puerta que iba a un pequeño salón donde el padre hacía vida fuera de sus obligaciones me fijé en su entrepierna, ¡y seguía empalmado! Lo cual me emocionó muchísimo.

— ¡Oh padre, vamos déjeme saciar mi curiosidad! —dije tirándome al suelo literalmente delante de él y abalanzándome sobre su cinturón para intentar desabrochárselo.

— ¡Pero Claudine! ¡Esto no es nada correcto mujer! —dijo Fabián sujetándome los brazos.

— ¡Vamos padre! ¿No quiere que se la chupe? Nunca lo he hecho, pero deseo probarlo, ¿no lo desea usted también? —dije luchando como una posesa por mi objetivo.

Mientras forcejeábamos no podía creer lo que estaba haciendo, pero algo en mi interior me impulsaba a luchar para conseguirlo, ¡un deseo como nunca antes había experimentado!

— Vamos Claudine, ¡contrólese mujer! —dijo Fabián lanzándome hacia atrás haciendo que me cayese de culo contra el suelo.

Me quejé de dolor y esto alertó al joven padre que en seguida corrió a socorrerme.

— ¡Lo siento mucho Claudine, no quería lastimarla!

— ¡No se preocupe padre, soy yo la que debería pedirle disculpas! —dije sintiendo como el rubor subía por mis mejillas como si fuese una adolescente.

Fabián me ayudó a levantarme y una vez de pie me fije que su erección seguía tan patente como antes. Él me vio y se disculpó de nuevo.

— ¡Mira hija, como dijiste antes soy humano y has mostrado tanta emoción en tu narración que no puedo controlarlo! Por favor sentémonos y hablemos —dijo invitándome a acercarme a un sofá de la habitación donde el padre hacía su vida.

Me acerqué tras él y me senté a su lado, sintiendo como se incomodaba ante mi acción, pero no había más sitio donde sentarse.

— ¡Verás hija esto es complicado para mí! Porque siento la tentación como tú y también soy humano. No quisiera que hicieras nada de lo que arrepentirte, lo entiendes, ¿verdad?

— ¡Oh si padre, no se preocupe! En el fondo creo que siempre le he deseado, es usted tan guapo. ¡Déjeme probar! ¡Deje que se la chupe! —le rogué mientras mis manos volvían a su pantalón.

El padre en ese momento pareció darse por vencido y no me impidió el acercamiento. Así que con las manos temblando por la emoción o los nervios del momento, le desabroché el cinturón y luego el pantalón, bajando su cremallera con delicadeza liberando así su erección bajo un calzoncillo igualmente negro.

Vi como su punta se asomaba por encima del elástico, así que tremendamente excitada, ¡tiré de él y la liberé! Su verga apareció ante mi tesa como una estaca, tambaleándose hacia los

lados con su glande grande y rojo en forma de seta, lo cual me llamó enormemente la atención, pues estaba circuncidado.

Con mi mano se la agarré y la noté algo blanda, ¡así que pensé que aún podía crecer más!

Me arrodille ante Fabién y este abrió sus piernas facilitándome el paso. Muy nerviosa la introduje en mi boca sin pensar y la chupé.

Al entrar la primera sensación fue de rechazo, pues noté su olor a pipí, pero el ansia que me quemaba por dentro me hizo sentir el suficiente coraje para seguir chupándosela a pesar de ello y sentir su cálido sabor en mi boca mezclándose con mi saliva. Tras unos segundos su sabor amargo se suavizó y se transformó en un humus meloso, lo cual me llevó a querer seguir chupándosela apasionadamente, cada vez con más convicción.

— ¡Oh hija, para! —dijo el padre separándose de su verga mientras me sujetaba la frente.

Pero ya era demasiado tarde, su verga comenzó a escupir leche frente a mis ojos y él padre la agarró rápidamente para sacudirla frente a mi cara mientras gruñía como un poseso.

Me quedé atónita frente al espectáculo que había desencadenado, y recibí algún daño colateral en la cara y en mi vestido con cierto horror. Pero preferí esperar a ver terminar el espectáculo de la corrida del padre, y orgullosa contemplé lo que mi boca había provocado en él.

— ¡Oh Claudine, lo siento no he podido controlarme! —dijo un Fabién desolado.

— No importa hijo, ¡se ha portado usted como un verdadero macho! —dije yo divertida por el espectáculo.

Ambos habíamos recibido nuestra ración de semen, aunque los pantalones de Fabién se habían llevado la peor parte, así que me limpié mi mejilla y entonces vi que mi escote también había sido alcanzado, por lo que traté de limpiarme también la rebeca de lana que llevaba y aunque no lo conseguí del todo, al menos lo disimulé.

Infructuosamente Fabién sacó un pañuelo y trató de limpiar su pantalón, pero era tal el desastre que le recomendé que se cambiara.

Fue a un cuarto junto al salón y apareció con pantalones y calzoncillos nuevos para sentarse a mi lado.

— Bueno Claudine, ¡no sé si aún le apetece un café! —dijo con su bonita sonrisa en los labios.

— Bueno padre la verdad es que me ha dejado usted algo "inacabada" —dije yo sintiéndome algo cursi por la palabra.

— ¡Oh vaya, lo siento! Ya le he dicho que no estoy muy puesto en estas cosas...

— Bueno padre no pasa nada, ¿yo me preguntaba si usted tal vez podría corresponderme por ahí abajo? —dije haciéndole una insinuación con la mirada mientras la bajaba hacia mi falda.

— ¡Oh Claudine! La verdad es que confieso que yo tampoco lo he hecho nunca, pero creo que es justo que te compense por lo que me has hecho a mí, ¡así que lo intentaré! —dijo el padre arrodillándose ante mi ahora.

Al oír sus palabras sentí de nuevo la excitación correr por mi torrente sanguíneo. Así que no tarde nada abrir mis piernas y subirme la falda para mostrarle mis bragas blancas de diario,

pues no podía pensar en que lo que estaba a punto de suceder pasaría.

El padre se acercó a mi sexo mientras yo mantenía la falda de mi vestido subida. Entonces sentí su primer mordisco en mis bragas y me estremecí, pues no me esperaba un mordisco precisamente.

— ¡Oh Claudine, lo siento no he podido evitar morderte ahí! —dijo Fabién ante mi sorpresa.

— ¡Oh no se preocupe padre siga! —le rogué.

Luego a ese siguieron otras caricias más suaves con sus dedos por encima de mis bragas. Noté la humedad dentro de mí, ¡y deseé su lengua ahí justamente! Así que sin poder esperar me aparté las bragas y tirando de su cabeza le clavé la nariz en mi sexo.

— ¡Vamos padre vamos! —gemí.

Fabién sacó su lengua y la sentí hundirse en mi raja. Estallando en un mar de éxtasis mi espalda se arqueó y me hizo sacar un poco más mi culo del sofá para darle un mejor acceso a mi sexo.

Su lengua me atravesó los labios vaginales y me lamió entera, de abajo a arriba y cuando llegó hasta mi botón secreto casi me meé en su boca.

— ¡Oh padre qué maravilla, siga, siga! —grité como una fulana.

El padre se esforzó en el cunnilingus y me lamió con fruición ahí abajo, y yo me entregué al goce y al disfrute gracias a su boca, su lengua y los pelillos de su barba, gimiendo como una loca.

Fabién se mostró como un excelente comedor de coños y siguió comiéndome tanto como quise, yo me dejé llevar por su lengua sobre mi sexo, sus besos sobre mi clítoris y sus manos tocándome el culo. Y casi sin darme cuenta el orgasmo me alcanzó como a él, cuando ya no fui capaz de parar, corriéndome en su boca chupadora debajo de mí, mientras me aferraba a su cabeza entre mis piernas levantadas al aire, ¡temblando de puro placer!

— ¡Oh Claudine, creo que tendremos que arrepentirnos de esto que hemos hecho hoy! —se lamentó con cierta amargura.

— ¡Oh padre cuanto lo siento! Yo no quería incitarlo al pecado, pero no he podido resistirme, admito que soy débil —confesé para animarlo.

— ¡Yo también Claudine! Pero bueno, el señor sabrá perdonar nuestros pecados si nos arrepentimos de ellos.

— ¡Eso espero! —dije mintiendo, pues la verdad es que me había encantado.

Ahora sí le acepté un café soluble, que él preparó en la pequeña cocina americana en una pared del salón mientras de reojo nos mirábamos y cruzábamos sonrisas pudorosas.

Al sentarnos de nuevo me ofreció la taza y lo tomé nerviosa, ¿de qué íbamos a hablar ahora? —pensé.

— No es necesario que hablemos si no quieres Claudine, yo no sé qué decirte la verdad —me confesó para mi alivio.

— Yo tampoco padre, esto ha pasado y ya está, no se puede cambiar —admití con cierto alivio.

— Bueno hija, tampoco te martirices por ello, yo intentaré superarlo también. Ante todo, somos dos personas que se comprenden, ¿no es cierto?

— ¡Oh si padre, así me gustaría verlo! —dije yo poniendo mi mano en su rodilla, acto que a él le sorprendió.

— Está bien Claudine, si quieres confesar otro día estaré a tu disposición, ¿vale?

— ¡Vale! —dije yo aliviada de los nervios iniciales tras nuestros zafios actos.

Entonces el padre vio el pañuelo en el suelo, el pañuelo manchado con su semen y lo recogió.

— Mira Claudine, si quieres llévate este pañuelo fruto del pecado que hemos cometido y lávalo para expiarlo. Me lo puedes devolver limpio y así ambos sabremos que nuestro pecado se ha lavado, ¿te parece?

— ¡Oh bueno padre, sí, me lo quedaré! —dije yo con cierta emoción por sus grandilocuentes palabras en ese momento para mí.

— ¡Pues anda, puedes ir en paz hija!

— ¡Está bien, padre! Adiós —dije levantándome.

Cuando salí de allí, con el pañuelo que había empañado la leche de su verga en mi bolso, me sentí aliviada. Era como haber cumplido una fantasía, sabía que el padre me había deseado igual que yo a él, pero comprendía como él que aquello no era posible, así que me conformé con haber disfrutado de cada momento vivido.

Solo me arrepentí de una cosa... ¡no habérmelo follado!

Ellos

Un guiño del destino

Los fines de semana que Daniel no visitaba a sus hijos, intentaba divertirse, aunque lo cierto es que lo hacía solo.

Todos sus compañeros de trabajo estaban casados y los solteros eran demasiado jóvenes para juntarse con ellos. Así que Daniel ocupaba su tiempo en ir al cine... solo, a lo mejor salir al chino a comer... solo, y por último a salir a tomar alguna copa... solo.

Soledad, esa parecía ser su novia y era bastante difícil sacársela de encima. Solo lo conseguía en contadas ocasiones, en las que entablaba alguna conversación con alguna mujer: en un pub, en el cine o en el supermercado. La mayor parte de las veces ella respondía amablemente, pero las cosas no llegaban a fructificar más allá de una amable y corta conversación.

Pero hoy no sería uno de esos fines de semana...

Sus redondas y hermosas curvas se contoneaban ante él. Como buena dominicana estaba orgullosa de su trasero y Daniel lo adoraba, grande, redondo, del color del ébano, lo agarraba con ambas manos mientras ella lo deleitaba con sus movimientos de cintura encima de él.

Le pidió cambiar, le dijo que se pusiera a gatas y se colocó detrás de su hermoso culo y penetró desde atrás. Aferrando sus caderas con fuerza, miraba cómo su vientre rebotaba contra su trasero rítmicamente y se permitió darle algún enérgico azote mientras se movía. ¿Por qué no? ¡A ella le gustaba!

Su interior era como de caramelo, de un rosa fuerte que contrastaba con el oscuro tono de piel de ella. Estar en él era como levitar de puro goce y placer. Daniel siempre repetía y ella le decía que era su cliente preferido.

Cada cierto tiempo la visitaba, en su cuerpo encontraba el desahogo que necesitaba. Sexo por dinero, un intercambio en el que ambos estaban de acuerdo. Podríamos decir que era sexo fácil, sin ataduras ni discusiones, gozaba y luego se marchaba.

Pero Cristina, que así se llamaba ella, en algún momento se convirtió en algo más para él, no solo saciando su sed de sexo, sino convirtiéndose también en su confidente, alguien con quien conversar, que sabía escuchar y que parecía comprender su complicada situación vital. Ella le preguntaba cómo le iba cuando se sentaban en la barra del bar, antes de pasar habitación y él le confiaba sus preocupaciones de las últimas semanas.

Cristina se dedicaba al oficio más antiguo, pero, a pesar de ello, Daniel encontraba en ella el cariño y el afecto que le hacían volver una y otra vez. Y si algún día vez llegaba y ésta estaba ocupada con otro cliente, esperarla y luego la invitaba a una copa. No le importaba que hubiese estado antes con otro, Daniel reconocía que era su oficio y lo aceptaba. Y aunque existiera complicidad entre ellos, él no dejaba de ser un cliente para ella.

El coito ahora era más calmado, intenso pero suave, haciéndole sentir agradables efluvios de placer aferrado a su hermoso culo. Mientras gozaba, se acordaba de cómo se conocieron por primera vez, aquella noche de una fría madrugada de diciembre, cuando su vida era otra.

Extendió sus manos y acarició su espalda. Llegó hasta su cuello, la agarró por los hombros y

tirando hacia atrás hundió su verga una vez más en su caliente cuerpo lo más profundamente que pudo. Cristina gimió ante esta última acción mostrando su agrado, pues, ¿quién ha dicho que una puta no puede disfrutar con un cliente?

Bajó sus manos y cogió sus pequeños pechos, humedeciéndose los dedos capturó sus pezones negros, largos y duros. Los pellizcó suavemente, girándolos entre el índice y el pulgar. De nuevo Cristina gimió en señal de aprobación.

Daniel sabía que Cristina también disfrutaba con él. Ella se lo había confesado en más de una ocasión, pues entre ellos ya había la suficiente confianza y se contaban estas cosas. Tal vez fuera por su familiaridad o por su amistad, pero Cristina mostraba su agrado en cada coito aunque Daniel llegase ya tarde, cuando estaba cansada por las horas de oficio transcurridas.

Cambiaron de posición, Daniel se retiró y Cristina se incorporó. Entonces la abrazó, pegando su pecho contra el suyo, sus manos inmediatamente agarraron su voluptuoso trasero y con fuerza lo asieron pegándola contra él en alarde de pasión. Cristina capturó su boca con sus gruesos labios y sus lenguas se entrelazaron en un largo y húmedo beso.

Esto también le encantaba, Cristina le comía la boca como ninguna otra mujer lo había hecho nunca. Con un beso tierno, jugoso y sabroso. Mientras él, la deleitaba bajo su trasero acariciando su sexo tremendamente húmedo y caliente, penetrándola con sus dedos y frotándolo con delicadeza.

Sus besos se prolongaron por unos momentos y cuando saciaron su sed de saliva, Cristina sintió un arrebató y se arrodilló ante Daniel para hacerle una felación.

Aunque siempre empezaban por unos preliminares como éste, sin condón como a Daniel le gustaba, esta muestra súbita de pasión de Cristina le gustó enormemente y disfrutó una vez más de sus gruesos labios y del calor de su boca arrojando su excitado glande.

Pero Daniel quería más acción así que la liberó de sus obligaciones y echándola en la cama ella lo acogió entre sus muslos, colocándose en la clásica postura del misionero. Entró de nuevo con ansias renovadas, empujándola con las suficientes ganas como para sorprenderla y arrancarle de nuevo algunos gemidos de placer.

Lo mejor de hacerlo así es que podía disfrutar de sus sabrosos labios mientras se adentraba más y más en su caliente interior. Aquello era delicioso y no tardó en sentir como su orgasmo se aproximaba.

Para evitar que todo terminase tan pronto abandonó aquella cueva del placer y la dejó incorporarse. Ahora fue él quien ocupó el lugar de abajo y ella lo cubrió con toda su voluptuosidad, pero antes de que se volviese a clavar su estaca, Daniel la abrazó y le comió sus pezones, tan negros largos y duros, que le encantaba chuparlos, lamerlos y si se terciaba hasta morderlos. A Cristina esto la volvía loca, por lo que volvió a gemir agitándose mientras se enredaba los dedos en su pelo enmarañado.

Ahora era ella la que pedía guerra, lo empujó haciendo que cayera de espaldas en la cama y abalanzándose sobre él como una fiera de la sabana cogió su verga y se la colocó en la entrada de su sexo, haciéndola entrar en su interior. Luego, con rápidos movimientos de cadera lo llevó hasta la desesperación, haciéndolo estallar de placer mientras como una castigadora seguía machacando su maltrecho miembro a golpe de cadera.

— ¡Cristina! —dijo Daniel bajo ella mientras recuperaba el aliento.

— ¡Si mi amor! —dijo ella cariñosa.

— ¡Hoy has estado genial!

Cristina sonrió y se echó a su lado en la cama.

— Está bien papi, ¡ven con mamá! —dijo Cristina acurrucándose a su lado.

Sus labios se unieron en un largo beso, donde Cristina comió los de él con sus carnosos morritos, mientras él se deleitaba con acariciando su cuerpo desnudo.

— ¡Oh cariño qué rico! ¿Tú no me ayudarías a acabarme, no?

— ¡Claro que sí! Ya sabes que siempre estoy dispuesto a quedarme el tiempo que tú quieras —dijo Daniel.

— ¡Ay mi amor, perfecto entonces, méteme tus deditos mientras me chupas los pezones, ¿te parece mi amor?

— ¡Eso está hecho! —dijo Daniel prestándose a tan loable fin.

Echada en la cama, Cristina se acariciaba su botón secreto mientras Daniel cumplía con lo prometido. Sus labios degustaban de nuevo sus frutos maduros, mientras que sus dedos hacían las veces de amantes incansables.

Aunque a Cristina le costó coger el ritmo necesario, finalmente su orgasmo la sorprendió estremeciendo su pequeño cuerpo de arriba a abajo, provocándole espasmos de intenso placer. Tras terminar abrió sus ojos y vio a Daniel allí, mirándola un poco embobado. Se sonrieron y sus labios volvieron a unirse en calientes besos finales.

Satisfechos comenzaron a vestirse y de vez en cuando se miraban y se sonreían. Cuando hubieron terminado, salieron juntos de la habitación y se adentraron en el corto pasillo que los separaba de la zona de bar donde se recibía a los clientes. Antes de cruzar la última puerta, Cristina se volvió y le dio un último y húmedo beso de despedida.

— Volverás pronto cariño —le insinuó melosa colgada de su cuello.

— Ya sabes que sí, temprano siempre vuelvo a ti.

— ¡Mejor que sea más temprano! —protestó ella devolviéndole su blanca sonrisa que contrastaba con el tono oscuro de su piel.

Al acceder al local, se despidieron y Daniel se encaminó hacia la puerta de salida.

Fuera el frío arreciaba, nada más salir Daniel vio como su aliento se hacía visible en forma de humo blanco saliendo de su boca. El cielo helado se mostraba cristalino mientras andaba los escasos metros que le separaban de su viejo coche.

Mientras abría la puerta reparó en la negrura de aquel cielo estrellado. Hacia el este, se había empezado a tornar violeta, sin duda el Sol se aproximaba y en breve comenzaría a empujar a la noche a su temporal destierro, para dar paso a un nuevo día.

Daniel dedicó el Domingo Daniel a descansar, este fin de semana no vería a sus hijos, pues no le tocaba y necesitaba tiempo para sí mismo, para ver sus películas, leer sus libros, tal vez escribir un nuevo capítulo de su actual novela erótica. Ya se sabe, no sólo de pan vive el hombre

y Daniel necesitaba un poco de todo, pues su mente siempre en movimiento estaba.

La semana siguiente pasó tan deprisa como de costumbre y luego llegó otro fin de semana, esta vez lo pasaría con sus hijos. Para variar se los llevó al pueblo para que viesan a los abuelos. Y tan fugazmente como pasó la semana, pasó el nuevo fin de semana y otra semana más. La vida es un frenesí, cuando se llega cierta edad, el tiempo parece que se acelera como si fuésemos en una nave espacial y esta estuviese siempre acelerando para llegar a su destino a años luz de distancia.

Otro fin de semana con "Soledad", su inseparable amiga, Daniel salió a cenar. No le importó comer solo en el restaurante chino que solía frecuentar. Allí otras parejas cenaban, preparándose para salir después a tomar unas copas y quizás finalizar la velada buscando un sitio con más intimidad para entregarse al placer de la juventud.

¡Ah, juventud divino tesoro! Daniel ya no se sentía joven, si por juventud entendemos no haber pasado los cuarenta. Aunque dicen por ahí que la juventud en realidad es un estado mental, en cualquier caso no, Daniel ya no se sentía joven.

Él los observaba, escuchaba sus conversaciones y como un voyeur, disfrutaba regalándose la mirada con aquellas chicas tan guapas y arregladas que olían a gloria: ¡A juventud!

A veces una le pasaba al lado para ir o volver del buffet libre. Entonces la brisa que desataba le permitía deleitarse con su colonia, se imaginaba cómo sería esta desnuda, jese cuerpo joven, esas carnes ansiosas de contacto humano! Tal vez tendría que empezar a pensar seriamente si no se estaba convirtiendo en un viejo verde.

La experiencia, como suele decirse, es un grado. Y Daniel sabía que nada es para siempre y esos excitantes lances iniciales en aquellas parejas jóvenes durarían unos meses, quizás unos años, luego llegaría la monotonía, tal vez el tedio y con él la separación. O la cosa podía acabar peor, llegando a casarse para tener hijos y darse cuenta después de que quizás querían otra cosa para sus vidas.

Aquella misma noche a cientos de kilómetros de distancia...

Melany bebía en una fiesta privada junto a un amigo de las pasarelas. Se conocían de haberse visto en Barcelona, Madrid y Milán. El chico le parecía muy mono, así que estaban tonteando en una esquina mientras la música y el murmullo de muchas conversaciones se entremezclaban.

Como el ambiente no era el más propicio para hablar, acabaron saliendo del apartamento donde un amigo común daba la fiesta y terminaron dando un paseo por la manzana anexa.

A esas horas las calles estaban desiertas. Solo vieron pasar a un empleado de la limpieza, que perezosamente empujaba su carrito con los aperos para barrer las calles y un poco más adelante, un camión con un operario a pie se dedicaba a regar las calles para limpiarlas. La ciudad dormía y sólo algunas personas, por trabajo o placer, le daban vida a las solitarias calles.

El chico no paraba de charlar y hacerla reír, aunque realmente todo lo que decía eran tonterías y chistes fáciles.

Él se sentó en un banco y cuando Melany fue a hacerlo, el chico la cogió por la cintura y la sentó sobre sus piernas. Ella sonrió tras la sorpresa inicial y comprendió que estaba sentada

encima de su erección. Esta ocurrencia del chico la excitó, pues sintió su conchita tan cerca del miembro erecto del hombre, que dicha proximidad la hizo imaginarse sin ropa y en íntimo contacto en aquella misma posición con él.

Para colmo aquel chico descarado, osó recorrer el espacio que separaba sus rodillas desnudas de la intimidad de sus braguitas y con sus manos profanó aquel lugar tan tremendamente cálido e íntimo.

Para ella este lance fue en exceso turbador, sintió la emoción del contacto de su mano con su sexo, ésta le secó la boca ante la expectativa, su deseo se desató en su interior, salió del cofre donde lo guardaba con llave de plata, para recorrer cada centímetro de su suave piel.

Cerró sus piernas en acto reflejo y así cortó el acceso fácil a su delicada intimidad, esto hizo que el chico sacara su mano de ahí y tomase su barbilla, haciendo girar su cara hacia él, buscando su boca para robarle un primer beso.

Melany lo degustó y se entregó a una serie de largos y húmedos besos, mientras sentía que por dentro el ansia y la excitación la consumían, pero debía contenerse, dejar que fuese él quien se aventurase en la exploración de su cuerpo, pues así era como le gustaba a ella.

Aquel chico travieso tuvo la osadía de separar de nuevo sus muslos con cierta brusquedad y acceder por segunda vez a su más tierna intimidad, arropada por su abrigo, escondida bajo la noche.

Sus dedos se detuvieron sobre la blanca tela de algodón que envolvía su joya, la abrió, como el envoltorio de un bombón y la acarició haciendo que sus hábiles dedos se deslizaran sobre su cálido y lubricado interior, provocándole un hondo suspiro, tal vez un leve gemido, ahogado para no parecer una desvergonzada.

No contento con eso, el travieso chico lanzó su otra mano bajo su abrigo y su blusa, llegando hasta su pequeños pechos libres de sujeción, acariciando las suaves montañas que estos formaban, coronadas por unos pezones finos y afilados, que sus dedos se encargaron de pellizcar y acariciar suavemente, mientras sus labios le robaban otra serie de besos, dándole a probar su dulce saliva.

Aquello era ya demasiado Melany sentía que iba a estallar, sintió tal excitación que se corrió secretamente en estos lances preliminares sin que el chico lo notase, así que después zafó de su abrazo y se sentó a su lado en el banco.

Hacía frío, pero en aquel banco la temperatura parecía tropical entre aquellos dos amantes recién estrenados.

Aquel chico, que no se detenía ante nada, se bajó la cremallera de su vaquero y tras desabrochar su botón, extrajo su miembro palpitante al frío de la noche y tomando la mano de ella hizo que se lo agarrase. Melany sintió todo el poderío de aquella arma secreta, la sintió palpar bajo su mano.

— ¿Me la chupas? —le susurró en sus oídos enredándose con su pelo.

Pero Melany no estaba dispuesta a hacer tal cosa, en plena calle, así que soltó su virilidad y girándose lo besó y hasta le mordió los labios.

— Busquemos algún sitio más apropiado —le susurró ella que aún deseaba probar su falo.

— Ok nena —contestó él guardando su miembro apretadamente bajo su vaquero.

Emprendieron de nuevo su paseo, pero esta vez de regreso a la fiesta, pensando en colarse en alguna habitación para gozar de su pasión contenida. Esta vez el paseo fue más sensual, pues sus manos volaban por sus cuerpos posándose traviesamente donde menos se lo esperaba el otro. El chico le agarraba su trasero, le robaba besos y le acariciaba sus pechos, mientras ella igualmente agarraba su trasero y palpaba su tremenda excitación apretada bajo su pantalón.

Llegaron al rellano de la entrada, allí la temperatura era mucho más agradable, así que se enzarzaron en un mar de besos y abrazos, sintiendo que volver a la fiesta no era lo más indicado. Por lo que se ocultaron en la escalera y allí, en la penumbra, el chico le metió la mano por su minifalda y empuñando su tanguita tiró de él con tal brusquedad que hizo saltar sus finas costuras.

Esto sorprendió a Melany aunque aquella muestra de cierta brutalidad la excitó y se dejó llevar por la ardiente situación. Tras quedarse sin bragas, el chico descubrió su trasero desnudo y lo mordió sensualmente mientras sus manos recorrían cada centímetro cuadrado de sus muslos y sus dedos traviesos acariciaban su intimidad allí abajo.

Sentía su lengua recorriéndole la piel, su caliente lengua que llegó hasta a introducirse entre sus glúteos y bajar hasta donde ella nunca hubiese pensado que bajaría. Sintió como éste le comía el culo y esto la excitó tanto que deseó que la poseyera en ese mismo momento. Con brusquedad la giró y la sentó sobre un escalón, allí sus nalgas reposaron sobre su largo abrigo de cachemir.

Con su sexo al aire aquel travieso chico se zambulló en él. Su lengua lo recorrió en todas direcciones recogiendo cuantos jugos manaban de su joya. Melany se sintió desfallecer allí mismo, en aquella oscura escalera mientras aquel chico se afanaba en agradarla, regalándole oleadas de placer.

Pero el macho dominante no estaba dispuesto a que esto quedase ahí, de modo que incorporándose extrajo su verga y se la acercó a la boca. Esta vez no hubo preguntas, esta vez no le pidió permiso, esta vez la condujo directamente a sus labios.

Melany no pudo rechazarlo, aunque le daba algo de asco hacerlo sin que él se lavara la mano del varón puesta en su nuca la obligó y su boca se abrió para que aquel trozo de carne palpitante y caliente entrase.

Su sabor fue amargo al principio, Melany trato de contener las arcadas, pero después éste desapareció y la sensación de tener su verga en su boca la hizo olvidarse de él. La excitación que le produjo el hecho de que aquel cabrón la había forzase un poco a hacer algo que ella no quería en principio, incrementó su excitación y saboreó su miembro tremendamente excitada.

Aunque le mantenía la mano en su nuca, ya no la forzaba como al principio. Melany recorrió aquella barra carnosa con su boca y aprendió a disfrutar de su sabor, de su textura y de su brío. Cuando ya estaba acostumbrada a ella, el chico la liberó, extrayéndola de sus dulces labios.

La levantó y colocándola en el escalón superior, le tomó una pierna y acercando su pelvis la colocó justo delante de su joya, acercó su miembro y frotó su glánde con sus pequeños labios vaginales. La excitación se disparó, pero entonces ella reparó en que aquel desconocido ni siquiera se planteaba el ponerse un condón, así que se lo recriminó y éste, de mala gana, buscó

su cartera y sacó uno. Aunque en la penumbra, Melany no pudo verlo, por sus movimientos intuyó que se lo había enfundado, ahora vendría el coito y Melany lo deseó.

La pasión volvió cuando se abrazaron, cautelosa Melany volvió a palpar su miembro antes de que este la tomara para asegurarse de que se había protegido. Sin más demora le dejó entrar y éste la llenó toda. Y ella, respirando aceleradamente, acusó el esfuerzo de sentir cómo su joya tenía que dilatar a marchas forzadas para dejar entrar al intruso.

El coito de frente les permitía seguir comiéndose la boca y al chico besar sus pechos con su blusa desabrochada. Melany levantó sus piernas y cruzándolas en la cintura del otro, se sostuvo cogida por éste con la espalda apoyada en la pared, sin duda aquella era una deliciosa experiencia tras largos meses de abstinencia sexual. Aunque aquel chico seguía mostrándose brusco y sus movimientos empezaron a ser demasiado intensos para Melany, lo que comenzó a no gustarle, por lo que le lo detuvo y se bajó.

Ahora el chico le pidió que se girase y ella, apoyada en los escalones superiores le ofreció su trasero, para que él entrara desde atrás. No tardó en volver a sentir su presión mientras la agarraba fuertemente por la cintura y la penetraba hasta las entrañas.

El chico empezó a empujarla tan fuerte que aquel maravilloso placer empezó a desvanecerse por el daño que le hacía. Ella protestó pero éste pareció no escucharla y siguió embistiéndola como una bestia, la fuerza de aquel chico era tal que no le permitía zafarse de su abrazo y mientras la zarandeaba adelante y atrás, ella se apoyaba en los escalones superiores con ambas manos, por lo que si se soltaba de una, corría el riesgo de estrellar su cara contra el suelo. Así que lo único que pudo hacer fue esperar a que se corriera.

Ya no hubo más placer para ella, le dolían sus penetraciones, le dolían sus caderas por cómo se las agarraba con las manos y sólo deseo que todo terminase pronto. Pero el tiempo pasa despacio en los peores momentos, así que aquellos segundos se le hicieron eternos.

Finalmente aquel chico estalló y resoplando como un asno soltó su carga en el interior de la desconsolada Melany. Hasta aquel momento había sido todo tan idílico que ella no podía creer el giro que habían dado los acontecimientos.

En cuanto este bajó la guardia ella se zafó de sus manos y girándose le dio una bofetada con todas sus fuerzas. Él alto varón, al no esperar aquella reacción de fiera acorralada, cayó de espaldas y chocó contra la pared. Momento en que Melany saltó por la escalera, aún a riesgo de doblarse los tobillos con sus altos zapatos de tacón y emprendió la huida lo más a prisa que pudo.

Accedió a la calle y rompió a llorar, mientras no paraba de andar y de correr a trompicones. A punto estuvo de darse de bruces contra el suelo en un par de ocasiones, pero finalmente salvó la caída y siguió adelante.

Durante el paseo, recordó haber visto una parada de taxis por allí cerca, pero ahora, con los ojos cegados por las lágrimas y el maquillaje, todas las calles le parecían iguales. Por suerte había comenzado a andar en la dirección correcta y tras alcanzar una esquina divisó un piloto verde de un taxi en la oscuridad de la acera.

Corrió hacia éste y se montó a la velocidad del rayo. El taxista, sorprendido por su rápida entrada, la vio en un estado de agitación tal, que no pudo evitar interesarse por ella.

— ¿Le ocurre algo señorita?

— No nada, lléveme al Hotel Inglaterra, ¡por favor rápido! —le dijo Melany entre sollozos.

Aquel hombre emprendió la marcha y respetó sus ganas de silencio. En poco tiempo estuvieron en la puerta del hotel y cuando ella fue a pagar se le cayó el mundo encima, ¡pues su bolso de mano no estaba! Recordó haberlo dejado en la escalera, donde se había liado con aquel cabrón y con la apresurada salida no se acordó de recogerlo de los escalones donde lo había dejado.

Rompió de nuevo a llorar y el taxista no supo qué decirle más que volver a interesarse por ella. Entonces Melany se lo explicó lo mejor que pudo, obviamente omitió los escabrosos detalles de la escalera y le dijo que se lo había dejado olvidado en la fiesta de donde venía.

— No se apene señorita, que sólo hay una cosa en esta vida que no tiene solución —le dijo el taxista entonando la voz como si le estuviese contando una historia en torno a la hoguera—. Este hotel trabaja con mi compañía, si es tan amable de darme su nombre y número de habitación, ahora llamaré a recepción e informaré de la carrera para que se lo carguen en cuenta —le dijo el amable taxista ofreciéndole un paquete de pañuelos de papel que llevaba en la guantera.

— ¡Gracias, es usted muy amable! —respondió Melany sonándose los mocos de una forma tan natural como poco glamurosa—. ¿Y cuál es esa cosa que no tiene solución según usted? —le preguntó tras reponerse.

— ¡La muerte señorita! Tras la muerte no sabemos si habrá algo o no, ante eso solo podemos tener fe, pero tras eso ya no hay solución.

Melany se sintió conmovida por aquellas palabras sencillas de la sabiduría popular, que suele ser la mejor y se sintió reconfortada por sus palabras de ánimo.

— ¡Usted es joven y guapa señorita! Aún le queda mucho por vivir, suba y acuéstese que mañana vendrá un nuevo día y quien sabe lo que traerá —añadió cuando Melany, aún compungida, abrió la puerta para salir.

Melany se encaminó a la recepción del hotel, donde explicó que había perdido el bolso y la amable recepcionista le preparó una nueva llave para su habitación.

Nada más entrar se desnudó y se metió entre las sábanas, donde de nuevo un llanto incontenible acudió a ella. Siguió llorando suavemente por largo rato sin saber muy bien por qué, sintió resbalar las lágrimas por sus mejillas, claras y cristalinas hasta que éstas terminaron por empapar la almohada, se giró y entre sollozos se fue apagando lentamente hasta quedarse profundamente dormida.